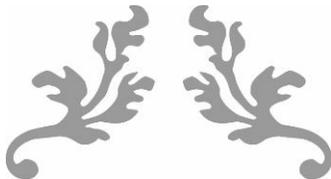


ISABEL CONDE



HOMBRES
por Civilizar

3 NOVELAS DE ROMANCE Y ERÓTICA
CON MACHOS REBELDES



HOMBRES POR CIVILIZAR

3 Novelas de Romance y Erótica con Machos Rebeldes



Por Isabel Conde

© Isabel Conde, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Isabel Conde.

Primera Edición.

Dedicado a;

Laura, por haberme motivado a escribir.

Belén, por enseñarme lo que es amar.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [**Haz click aquí**](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

Índice

Placer y Poder — *Romance, Erótica y Sexo entre la Virgen y el Mafioso Millonario y Dominante*

Álex Maravilla — *Y la Hija de su Mejor Amigo*

Noche Eterna — *Sexo, Pasión y Amor Verdadero*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Placer y Poder

Romance, Erótica y Sexo entre la Virgen y el Mafioso Millonario y Dominante

CAPÍTULO I

Apenas recién cumplí los 18 años, mi madre me advirtió que era hora de valerme por mi misma para sobrevivir. Desde los 15 me vi obligada a dejar los estudios para cuidar de mis hermanos menores mientras ella buscaba la manera de ganarse la vida para darnos de comer.

Mi padre nos había abandonado antes de yo nacer. Crecí entre dos padrastros que sólo nos dieron una vida de maltratos, miseria y desdicha. Hasta que un día mamá recibió una fuerte paliza que casi la nada al otro mundo, entonces saqué toda la rabia que llevaba dentro y me enfrenté al cretino que la golpeó para que nos dejara en paz. Aunque este no volvió más nunca a nuestro humilde hogar, su partida nos dejó en peor situación precaria de la que estábamos, algo que mamá nunca me perdonará.

Ella me echó de la casa con la excusa de que buscara mi destino, pero en el fondo sabía que su decisión era porque no soportaba que le quitara del camino a su marido abusador. Pese a esto, pensé que era lo mejor para mí, sólo que ahora no tenía un techo dónde vivir ni un pan duro qué comer, entonces recurrí a una amiga que vivía en el barrio. Salomé, una morena de unos 23 años que aparentaba 30 y tenía fama de mujer de la buena vida, pero conmigo era especial.

Ese día en el que llegué a su casa hecha un mar de llanto y sin nada en las manos ella me dio alojamiento y comida. Sin embargo, mencionó que lo mejor que podría hacer por mí era ayudarme a conseguir un trabajo. Fui sincera, le dije que nunca había trabajado, sólo me había dedicado al cuidado de niños luego de abandonar la escuela.

-Pero no te preocupes, Candela-, señaló. -Con esa cara de ángel que tienes, ese cabello de princesa y ese cuerpo de sirena puedes conseguir lo que quieras de la manera más fácil. Te prestaré algo de ropa y esta noche me acompañas a una fiesta para que veas cómo podrás resolver tu vida de la manera más fácil-, aseguró Salomé.

No fui tonta. Con su fama y propuestas imaginaba que me lanzaría como carnada a viejos adinerados que buscaban entre prostitutas la manera de saciar su hambre de lujuria, esa que no podían liberar en casa con sus esposas moralistas. La recompensa por darles placer era generosas sumas de dinero, una fortuna para chicas tan necesitadas como yo. La diferencia era que aunque me llenaba de ambición conseguir dinero tan fácil, no quería entregarles mi virginidad a un espécimen como los que estaba viendo en el bar al que me llevó Salomé.

No podía evitar asquearme cuando estos horribles sujetos me devoraban con la mirada. Mi silueta apenas era cubierta con un top rojo de la lycra más barata y una faldita de cuero negro que hacía mis caderas más prominentes de lo normal. A pesar de no tener la alimentación más adecuada, mi

cuerpo no tenía mucho que envidiarle a otras, además, lo virginal me hacía más apetecible ante una manada de hienas hambrientas de carnes tiernas.

Estaba nerviosa, era un mundo nuevo para mí y tenía que enfrentarme a borrachos, putas que peleaban su territorio, olor a cigarrillo y tipos manos largas que no dudaban en meter sus asquerosas manos por debajo de las faldas. Ante esto sólo me alentaba la idea de conseguir dinero para subsistir.

La primera noche fue pesada. Salomé me obligaba a tomar aguardiente para relajarme. Apenas en 20 minutos ya sentía que no podía coordinar muy bien mi cuerpo ni palabras. Estaba ebria y mucho más fácil para cualquiera. De la nada se nos acercó un tipo a la mesa que compartía con ella y uno de sus “amigos”. Le preguntó por mí al oído y ésta, con un guiño de ojos indicó que era hora de comenzar a producir dinero.

El hombre enseguida se me acercó y me pidió que lo acompañara a una mesa solo para nosotros. Aunque tratara de disimular mi angustia por no saber cómo lo iba a complacer, porque no era una experta –hasta ese entonces- y porque no sentía ni el más mínimo entusiasmo por saciar de alguna manera sus deseos sexuales, él lo notaba y le gustaba. Su sadismo se desbordaba por esos ojos negros perversos, típicos de un viejo verde que salía noche tras noche en busca del placer que no conseguía en su cama.

-Así que eres nueva-, me susurró al oído con voz ronca y ansiosa.

-Sí, es mi primera noche aquí-, contesté tajante. Con ganas de que fuera directo al grano para salir de la agonizante situación.

-No te preocupes que no seré malo contigo, sólo déjate llevar por el deseo y ya verás cómo todo se te hará fácil-, agregó.

Yo sonreí con más asco que gracia, pero necesitaba el dinero. Me mentalicé en ser lo más rápida y básica posible con este tipo al que aborrecía. No me provocaba ni mirarlo, pero ya estaba metida en eso y no había marcha atrás. Le entregaría mi alma al diablo por unas monedas.

Luego de la breve conversación que tuvimos me invitó entonces a un cuartito ubicado al fondo del bar, donde había otros cubículos más, listos para otros clientes. La oscuridad en el pasillo apenas permitía ver el reflejo de algunas lentejuelas, humo de cigarrillo y el cachondeo de hombres y mujeres. Tétrico para mí.

Finalmente llegamos a lo que sería nuestro aposento. El hombre me llevaba de la mano con una alegría como la de un púbero que asiste a su primera fiesta de colegio. Nos ubicamos en una pequeña habitación roja, con una silla en medio y al lado una cama en peor estado que la mía propia.

Todo indicaba a que sería una de las peores experiencias de mi vida. Sin embargo, el viejo verde hizo un esfuerzo porque no fuera tan trágica. Me invitaba a beber de su aguardiente directamente de la botella, perfecto para emborracharme más y no recordar nada.

Él se sentó en la silla muy cómodamente y me pidió que le mostrara mi cuerpo. Quería verme el culo y acariciarlo. Tímidamente fue levantando la falda que llevaba puesta, pero en su desesperación me haló de la misma para disfrutarme más de cerca. Sentía cómo sus asquerosas manos apretaban mis nalgas. Las golpeaba y hasta besaba. Yo sólo resistía. Luego me pidió que me sentara sobre él. Quería que sintiera su virilidad, entonces no me quedó más que obedecer.

Al menos ya sabía lo que era tocar una erección. Anteriormente había tenido un noviecito con el que no pasé más de unos besos y toqueteos en algunas oportunidades. Pero a este sí que no quería tocarle nada.

Como pude, me movía para rozarle, excitarlo más y que acabara rápido. Mi ingenuidad me hacía pensar que saldría airosa de la situación, pero el viejo quería más, quería felación y como ya lo había complacido lo suficiente –para mi gusto- le imploré que me entendiera, pero no quería hacerlo.

-¡¿Cómo que no lo harás, perra?! ¡Chúpamelo ahora mismo! ¿Que no sabes que pagué una muy buena cantidad por ti? ¡Estúpida!-, gritó desesperado.

-¡Por favor! No me obligue. Si quiere me toca toda, pero no me obligue a hacer eso-, le dije llorando, tratando de mediar.

-¿Sabes qué? Mejor vete al diablo y que Salomé me devuelva mi dinero, ¡perra!-, volvió a gritar el muy cretino, sin dudar en sacarme de esa horrible pocilga por los cabellos en medio de todos.

Pero de pronto, entre la multitud apareció un tipo de traje todo negro, bien parecido con rasgos de árabe. Al parecer, muy respetado o temido. Pues, apenas preguntó qué sucedía, el silencio fue lo que retumbó en el bar.

-¡Tranquilo, Nayib! No pasa nada. Ya resolvimos el problema-, le dijo Salomé al hombre que acababa de aparecer.

-¡Ah! Con que hay problemas, Salomé-, respondió.

-Bueno, un pequeño percance pero no es necesario que intervengas-, explicó Salomé muriendo de nervios.

-¿Quién es esta niña?-, preguntó mientras me miraba fijamente.

-Es una amiga. Es nueva-, respondió nuevamente Salomé.

-Sácala de aquí. Que nadie le ponga una mano encima o que se atengan a las consecuencias-, sentenció y dio la vuelta.

El viejo me soltó y Salomé me agarró por un brazo para sacarme de ese horrible lugar al que no volví más nunca.

Aunque molesta, Salomé temía que Nayib, el hombre guapo que me acababa de salvar nos hiciera algo. Me explicó rápidamente antes de llevarme con él que era un mafioso que a veces pasaba por el bar a tomarse un par de tragos y colaboraba con algunas de las chicas que trabajaban allí, pero que era de temer, pues, se sabía que no le temblaba el pulso para acabar con quien lo desafiara o hiciera daño a alguien en su presencia, así que me puso nerviosa. No sabía en lo que ahora estaba metida.

Llegamos hasta donde estaba él en su vehículo lujoso del año. ¡Madre mía! Nunca había visto un coche nuevo de esa magnitud. Un Audi RS7 2014 blanco, mientras los escoltaban cinco camionetas negras.

-Permíteme presentarme. Mi nombre es Nayib Abbud. Y tú, ¿cómo te llamas?- preguntó y me estiró su mano.

-Candela... Candela Martínez-, respondí un poco temerosa y le estreché la mano también.

-¿Qué haces metida aquí? No pareces de este tipo de gente-, aseveró.

-Pues, me quedé en la calle y necesito dinero. Es todo.-, respondí y rompí a llorar de los nervios.

-Tranquila, no temas-, agregó y le pidió a uno de sus escoltas que me dirigiera hasta una de sus camionetas.

Este hombre que acababa de conocer me daría cobijo mientras tanto. Le dijo a Salomé que él se encargaría de mí. Ella me pidió que tuviera mucho cuidado y que aceptara lo que me ofreciera, sino, renunciara a la vida. Sus palabras me dejaron angustiada, pero por algo confiaba en Nayib.

Llegamos a un apartamento grandísimo, ocupaba todo el décimo piso de un edificio. Seguía impresionada de ver tanto lujo y riqueza. Estaba acostumbrada a la pobreza y vivir en un barrio. Pero esta no era su casa principal, sólo era uno de sus tantas propiedades, en la cual me dejaría pasar la noche, porque por el trato que me hizo, me ofreció ocupar el de su hogar.

Nayib tenía 36 años y quería casarse. Al momento, le pareció que yo era la candidata perfecta. Joven, atractiva y con deseos de disfrutar de los lujos que sólo un tipo como él podría brindarle a cualquier mujer. Una vida fácil para una chica que nunca había tenido nada. ¿Cómo podía rechazar la oferta?

El único inconveniente es que también estaba expuesta a riesgos contra mi propia vida. Pues, ser una mujer de la mafia no es trabajo fácil. Sin embargo, nada me hizo rechazarle. Tendría todo lo que nunca tuve de la manera más fácil y por el sexo no me preocupaba. Sólo de saber el poder que me daría no me importaba acostarme con él.

Así que en los próximos días tendría una boda discreta a la que sólo asistirían algunos de sus familiares y amigos más allegados. De mi parte no hubo nadie. Nayib no quería que su familia conociera mi procedencia y realmente, a mí me importaba poco que no estuviera nadie de mi ascendencia allí.

Desde ese momento era la señora Abbud. Candela Martínez de Abbud. Desde ese día todo fue excentricidades, propiedades, dinero y la vida que siempre soñé. Pero entre tanto lujo tenía algunas sospechas sobre mi esposo.

No me parecía normal que me escogiera a dedo para casarse sin siquiera conocerme y ocultar mi procedencia a su familia, pero lo más extraño de todo fue que no me forzó a consumir nuestro matrimonio. Bueno, casualmente esa noche tuvo que salir de emergencia al presentársele un negocio sucio súper importante.

“Luego tendremos nuestra noche, pequeña”- fue lo último que dijo antes de marcharse.

Para mí fue lo mejor. Pude disfrutar de una alcoba inmensa, de puta madre, con sábanas del más fino lino blanco, una hermosa decoración de colores pálidos que inspiraban tranquilidad y confort, mientras que un ventanal me dirigía a una espaciosa terraza donde pude disfrutar de la luz de la luna y de todo Madrid. ¡Qué vida la que ahora tenía por delante!

Lo primero que hice fue comprarme demasiada ropa. Vestidos, trajes, zapatos, carteras, gafas de sol y todos los accesorios de moda. Podía gastar dinero sin importar el límite. Era increíble cómo no era necesario pensar en los precios o si alcanzaría el dinero o no. Las tarjetas de crédito que estaba a mi nombre no tenían límites.

También fui a un spa donde me dejaron la piel como una diosa. Recibí unos masajes relajantes y

el siguiente paso fue la peluquería donde me cambiaron el look. Mi melena negra ahora era castaña, mis pestañas eran muy largas al igual que mis uñas. Di un cambio de apariencia que jamás imaginé. Algo que no habría sido posible sin el dinero de mi marido y la asesoría de mi asistente personal.

Mis días pasaron de ser grises a dorados, como el oro de las riquezas. Tenía todo lo que quería a cambio de nada, prácticamente. Ya que, pasaban los meses y Nayib todavía ni se atrevía a pasarme una mano por encima. No lo entendía, ni tampoco insistía tanto. Estaba muy agradecida con él, pero no lo quería, mucho menos lo deseaba y sentía que era algo mutuo.

Además, siempre estaba ocupado con sus negocios. Apenas le veía la cara a la hora de la comida y algunos fines de semana, cuando no desaparecía inesperadamente a algún 'viaje de negocios'. Hasta llegué a pensar que tenía a otra, pero tanto mi asistente como el servicio me decían que no era mujeriego. De hecho, apenas yo era la segunda mujer que le conocían.

La anterior había sido una mujer de su edad y ascendencia, pero nunca formalizaron un matrimonio. Después de su ruptura sólo supieron que se había casado con otro hombre. A pesar de todo, no me creía el cuento del todo. Pero era extraño que por nada del mundo intentara siquiera tener un gesto romántico conmigo. No pasamos más de besos de despedida y era todo un momento incómodo.

Así pasaron tres años. Nuestra convivencia se deterioró. Nayib no me soportaba y yo menos a él. Parecíamos rivales, más que marido y mujer. Sólo me mantenía a su lado el dinero, mientras que a él, la reputación de ser un hombre casado. No le veía otra lógica a nuestra relación. Era un total cretino conmigo. Aunque siempre lo supe, no me esperaba su última jugada. Me pidió la separación.

No obstante, faltaba una semana para firmar los papeles del divorcio, cuando mi marido confesó que había metido la pata demasiado hondo y yo tendría que pagar las consecuencias. Es que me había convertido en el pago. Ahora estaría secuestrada por otro mafioso para saldar sus deudas.

Debí verlo venir. Nayib siempre descuidaba sus negocios por sus escapadas a no sé dónde un con quién. Pero después de todo yo tampoco era una santa, ya tenía 21 años y suficiente experiencia para lidiar con un hombre.

Sólo que este era nada y nada menos que Arthur Adoumieh, la principal competencia de mi marido. Un hombre... Diferente. Inspiraba poder, miedo, y deseo. Podía ver cómo me devoraba con los ojos. Siempre me coqueteó de una manera perversa y la verdad, a mí me gustaba. Y ahora era suya.

De la noche a la mañana mi mundo volvería a cambiar, pero sólo de dirección habitacional y estado civil. Sería la mujer del misterioso Arthur, al que luego descubrí como un hombre sin escrúpulos, ni piedad ni remordimientos. Aunque se preocupaba por mí.

Además, algo me había desearlo. Realmente me atraía, algo que no me había hecho sentir Nayib, de quien sospechaba que podía ser homosexual y sólo me utilizó para ocultarlo. Yo seguía virgen, pero ahora ¿qué me depararía el futuro con este nuevo mafioso?

CAPÍTULO II

Hacía una semana atrás dormía con un tipo que nunca se atrevió a tocarme en tres años de matrimonio. Brindó una vida fácil y sin complicaciones a cambio de nada. Me sacó de la pobreza extrema para convertirme en una dama de sociedad con las mejores ropas, toda la clase y el dinero que quisiera, pero sin amor ni sexo. Ahora las cosas eran distintas.

Aunque seguía con una vida fabulosa, sin preocuparme por la chequera, con quien compartía la vida era un hombre despiadado, sin corazón, al que no le importaba nada ni nadie, pero no dejaría que una mujer como yo lo acompañase en la cama sin tocarme un solo vello.

Antes nos habíamos visto en un par de ocasiones cuando mi exmarido asistió a un acto de beneficencia y luego cuando hizo el trato que me dejó en sus manos, pero desde siempre sentí esa atracción de Arthur hacia mí y no puedo negar que me intrigaba.

Sin embargo, ahora lo tendría mucho más cerca por el resto de mis días y ni siquiera sabía cómo interactuar con él, pero luego descubrí que con todo y su coraza de hombre malo, era alguien con quien se podía conversar mucho, incluso, más que con el propio Nayib, a quien nunca llegué a conocerle sus más íntimos secretos.

Arthur era un seductor nato, tanto con las mujeres como con sus rivales. Tenía un don para meterse al mundo en su bolsillo sin que se dieran cuenta. ¡Cómo me encantaba esa actitud! De hecho, se le hizo muy fácil ponerme a comer de su mano.

Los primeros días de convivencia me trató de las mil maravillas, pero a su vez, como si le importara un pepino mi presencia o sus obligaciones conmigo. Bueno, después de todo aun no éramos pareja, pero siempre esperé que fuera como un león salvaje que no esperaría dos segundos para comerse a su presa en el primer descuido. Sus miradas y expresiones lo delataban, pero siempre supo cómo hacer sus jugadas.

Tampoco dormíamos en la misma habitación durante la misma semana, pues, le pedí que primero nos conociéramos un poco más y fue cuando mencionó: “Tranquila, princesa. En menos tiempo del que te imaginas, tú misma me pedirás a gritos que me meta en tu cama”, lo cual me hizo sentir de una manera que nunca antes había experimentado. Fue un cretino, pero me gustó. Me excitó. Sus muestras de dominio me fascinaban.

-Mañana a primera hora quiero que te arregles lo más elegante posible. Debes acompañarme a una reunión con un socio que viene de Inglaterra y quiero presentarle a mi nueva adquisición. Estás muy presumible, querida-, me dijo mientras cenábamos en nuestra casa.

-Como tú digas... Arthur-, respondí.

-Así me gusta, que seas obediente, sumisa. Porque aquí mando yo. Todo lo que esté bajo mi poder tiene que acostumbrarse a mí. ¿Está claro?-, mencionó.

-Sí, está bien. Pero no puedes obligarme tampoco, yo también tengo derecho a emitir opiniones-, le dije para demostrar que tampoco sería una esclava.

-¡Ah! Con que tienes ínfulas de rebeldía-, comentó con una media sonrisa irónica, mientras que con sus marcados ojos verde oliva miraba mi escote y mordía sus labios.

No respondí más nada, sólo lo miré y disimulé que me intimidaba, pero a cambio le devolví una

sonrisa con mordida de labios incluida, para darle más sazón a la situación... Y cómo funcionó.

Arthur se levantó de su asiento, se acercó hasta mí y de una sola embestida me plantó un salvaje beso, que me hizo sentir su lengua hasta la garganta. Luego me soltó y cuando quise responderle de la misma forma, me lo impidió. “No vayas tan rápido... mi amor”, dijo y se marchó de la casa.

Besaba tan apasionadamente como nunca nadie lo había hecho. Hizo que mi sangre hirviera y perdiera el sentido por unos minutos. Me sentí con unos deseos de puta madre. Lo quería dentro de mí, que me hiciera completamente suya como ningún hombre lo había hecho. Sí, estaba jodidamente excitada. ¡Pero qué hombre!

Más tarde, cuando regresó a casa me pidió que le preparase la tina porque quería darse un relajante baño. No sé, pero tuve un palpito. O eran mis ganas de que aumentáramos de nivel.

Quería otro beso como el de la mañana, o un poco más, y pude habermele lanzado encima, pues, ¿qué más podría dar, si ya era su mujer? Pero preferí que las cosas se dieran solas, así que como toda una esposa complaciente preparé su baño con agua tibia, sales, esencias y pétalos. Todo para hacerlo sentir a gusto. Justo cuando ya lo iba a llamar, se apareció en la sala de baño, que era tan inmensa como una casa. ¡Qué lujo!

-Me encanta que me obedezcas. Mira lo que has hecho con tanto esmero. De verdad que me encantas-, me lo dijo al oído, al mismo tiempo que me estampó una inesperada nalgada que me hizo jadear.

-Espero que te guste. Te relajará mucho-, le expliqué.

-Nos relajará, quiero que te bañes conmigo-, repicó.

¡Madre mía! Tenía sentimientos encontrados. Aunque lo deseaba con todas mis ganas y quería que me devorara, no podía negar que tenía nervios de virgen y tenía que decirle que nunca en mi vida había tenido relaciones sexuales... O era momento de dejarme llevar por la pasión.

Terminé por tomar la última opción, así que le pedí que se metiera él primero. Arthur se quitó la bata de seda negra que traía puesta. Debajo no tenía nada. Dejó al descubierto su esbelta figura bien trabajada en el gimnasio. Su piel blanca, pero con bronceado.

Tenía un abdomen increíblemente definido, unos pectorales de película, cubierto por algunos vellos castaños. Lo miré desde sus cabellos engominados hasta esa erección gigante que tenía entre las piernas.

Sabía que lo deseaba. Mirándome fijamente a los ojos se fue sumergiendo poco a poco a la tina, pero antes me estampó otro beso, que me dejó entre las nubes. Mi respiración aumentaba al igual que mis latidos. Sentí calor, el mundo se me detuvo por unos segundos. Me desesperé y comencé a desvestirme, pero justo en ese momento tocaron a la puerta de su alcoba.

-¡Don Arthur, Don Arthur! Es una emergencia-, gritaron.

-¡Maldita sea! Si no es algo importante te doblaré el cuello con mis propias manos-, respondió Arthur mientras salía de la bañera enfurecido.

-Son los Kalaouz. Parece que se metieron con los Abbud y están pidiendo su ayuda-, volvieron a gritar desde el otro lado de la puerta de la habitación.

Arthur se cambió rápidamente y salió. Al parecer sí era una grave emergencia. A mí no me quedó

más que ponerme cómoda para meterme en la cama, pero angustiada por lo que acaba de pasar. Uno nunca sabe si su marido mafioso regresará de sus labores y menos cuando hay enfrentamientos entre rivales.

Los Kalaouz eran parientes lejanos de los Adoumieh, pero ambos tenían como enemigos a los Abbud, a quienes yo pertenecía antes, así que no sólo me angustiaba por Arthur, sino también por Nayib. Podría estar involucrado y después de todo, no deseaba que le fuera mal, aunque era su destino más seguro, al igual que a todos los miembros de esas familias... Hasta el mío.

Me quedé varias horas esperando por Arthur, pero pasada la medianoche caí rendida de sueño. Sin embargo, tres horas más tarde llegó. Apenas sentí que entró a la habitación salté de la cama.

-¿Estás bien?-, pregunté.

-Sí, tranquila. No era nada peligroso, pero sí delicado-, respondió.

-Pero dime qué fue lo que sucedió-, le dije.

-Gregory Kalaouz, uno de mis primos es gay-, mencionó.

-¿Pero eso qué tiene de malo, por Dios? Estamos en pleno siglo XXI. Ya eso no es tabú-, dije.

-Nosotros no queremos homosexuales en nuestra familia, ¿entiendes? ¡Nada de mariconadas! Pero eso no es lo que me molesta. No soy tan radical con eso como el resto de mis familiares, el problema es que está enredado con nuestros enemigos y no es precisamente por negocios-, explicó.

-A ver, explícame mejor Arthur, porque no te estoy entendiendo-, volví a pedirle explicación.

-Resulta que el hermano de Gregory lo descubrió robando millonadas de dinero a su padre para escaparse con otro hombre. Nada más y nada menos que con Nayib Abbud. Tu exmarido. Hombre no grato para nuestras familias, mi rival-, reveló Arthur.

-¡No puede ser!-, fue lo único que alcancé a decir en medio de mi asombro.

-Pues, sí. Y me están pidiendo su cabeza. Aunque los alcanzaron para golpearlos, lograron escapar. Ahora tengo que buscarlos y acabar con Nayib-, me dijo preocupado.

-¡Por favor, no! No lo hagas- le pedí desesperadamente entre lágrimas. Me conmovió lo que acababa de decirme.

-¿Cómo qué no? No seas estúpida. No creas que porque fue tu marido y te entregó a mí como recompensa, lo estimo o me importa en lo más mínimo. Disfrutaría mucho ver cómo se desangra lentamente y me entregan su cabeza. ¡Ja, ja, ja! Pobre maricón arruinado-, sentenció Arthur sin una pizca de piedad.

Aunque paré de llorar, me entristecí. No le deseaba mal a Nayib, pero sabía que en cualquier momento pasaría lo que Arthur acaba de describirme. Por sus venas no corría sangre, sino hielo.

También me sentía un poco decepcionada, ya que, con toda la confianza que nos teníamos, mi exmarido nunca fue capaz de contarme sobre su homosexualidad, de la que siempre sospeché, pero no daba del todo cierto. ¡Vaya lo que le esperaba!

Luego de la conversación volvimos a la cama. Desde entonces comenzamos a dormir juntos, pero esa madrugada no consumamos nada, estábamos cansados y en unas horas teníamos la reunión con

el socio de Arthur, pero aproveché para explicarle que aunque no era una santa, nunca había estado con nadie. Para él fue como un chiste y me amenazó con cobrárselas si se daba cuenta que le estaba mintiendo.

-No creas que eres la única que me ha querido seducir con ese cuento barato-, me dijo.

-Te lo digo en serio. Si no lo fuera no me habría importado un demonio-, le respondí furiosa.

-Me bajas el tonito, aquí el único que manda soy yo. Que no se te olvide. Sólo puedes ser rebelde cuando yo te lo ordene. No me hagas dañarte, princesa-, me amenazó nuevamente.

Lo miré con malos ojos y me aseguró que no sabía de lo que me estaba perdiendo, que ya mismo iba a quitarme la castidad salvajemente, pero me negué. Le pedí tiempo, además, le recordé que debíamos descansar. Así que esa noche se durmió sediento de mí, mientras yo apenas pude cerrar los ojos, pero para recordar lo que vi en el baño.

Me quería comer todo, pero también tenía dudas. Este patán todavía no me había dado nada a mi nombre, tampoco me había ofrecido matrimonio y no me parecía nada extraño que quisiese desvirgarme para luego botarme como a una imbécil. Entonces pensé que debía resistirme más hasta asegurarme que sería su mujer legalmente para disfrutar de todo lo que tenía. No podía dejarme llevar por la pasión. Ya estaba acostumbrada a vivir bien y por nada del mundo me quedaría en la calle de nuevo.

Poco a poco fui teniendo más confianza para hablar con Arthur. Como ya mencioné antes, era alguien con quien se podía conversar, pese a sus perversidades y patanerías. Fue así como le insinué que necesitaba casarme con él o al menos un aval de que me quedaría con él.

-¡Mujer! Conmigo tienes todo. Comida, vivienda, ropa, lujos, tarjetas de crédito, coches y todo lo que necesites para tener una vida como a la que estás acostumbrada. ¿Cuál es la angustia?-, preguntó fastidiado de mis insinuaciones.

-¿Y si me dejas?, ¿qué será de mí?-, pregunté.

-¡Por favor! No me vengas con el cuento de que no sabes cazar fortunas., si vienes de capo en capo-, respondió.

-Arthur, me vuelves loca. ¿Qué no te das cuenta?-, le revelé.

-Mira, no me vengas con patrañas. Ya sé que tu plan es resistirte a tener relaciones conmigo para lograr que me case contigo y apoderarte de parte de mi fortuna. No me creas tan tonto, por favor-, aseguró, mientras me agarró fuertemente por la barbilla en forma de amenaza.

-¡Suéltame! No me trates así, es verdad lo que te digo-, le dije mientras me lo quitaba de encima.

-De verdad que tu atrevimiento me excita. Me hace creerte, pero ya te he dicho muchas veces que esto se maneja como yo quiero. Y el matrimonio no es algo que esté en mis planes. La que quiere ser mi mujer lo es. Yo le doy todo, pero esposa, ninguna. ¿Está claro, princesa?-, repitió.

No me quedó más que aceptarlo por el momento, pero ahora ese era mi gran reto. Hacer que este cretino se casara conmigo. Necesitaba romper con su maldita idea de no tener una esposa. Necesitaba demostrarle que yo sí podía tener poder sobre él. Y me obsesioné con esa idea.

Cada día me acostumbraba más a mi nuevo estilo de vida, con otra gente, otros asistentes, otros coches, otro dinero... Y hasta mucho más. Sí, Arthur complacía todos mis deseos materiales y yo

quería también los carnales. Nuestra relación se convirtió en una lucha de seducción. Yo sabía que ninguno nos resistiríamos. Así como yo le tenía muchas ganas, él soñaba cómo hacía suyo mi culo.

Un día salí de compras para renovar mi lencería, entonces compré unos conjuntos de los más sensuales para provocarlo justamente esa noche. Escogí el rojo pasión, el más llamativo. Lo esperé en la alcoba con un *brassier* de encaje que dejaba entrever mis pezones rosados y un bikini diminuto, que apenas tapaba mi sexo, dejando mis prominentes nalgas al descubierto, donde me apliqué un poco de aceite para que se vieran más provocativas.

Sabía que Arthur llegaría a las 8 de la noche a casa. Le pedí a la servidumbre una botella del mejor vino y un par de copas. Me instalé a esperarlo. No pasaron más de 10 minutos cuando mi cretino favorito entró a la habitación. Le gustaba lo que veía.

-¡Uff! Así me gusta, princesa. Que me esperes bien cachonda-, dijo.

-A mi me gusta que llegues con ganas de follarme de una vez por todas-, le susurré al oído.

-Sabes que ahora no te querrás ir más nunca de mis manos, ¿no?-, aseguró.

-Demuéstramelo-, lo desafié.

Arthur se aflojó la corbata y se quitó el saco. Me tomó bruscamente de la barbilla para besarme y me recostó contra la puerta. Mientras nuestras lenguas chocaban me tomó una mano para ponerla sobre su erección, esa que ya conocía y quería probar. Asimismo, deslizó los tirantes del *brassier* por mis hombros, para que mis senos se salieran de los encajes.

De mi boca, su lengua ahora se deslizaba por el alrededor de uno de mis pezones, mientras el otro era estimulado con sus dedos. Mi sangre hervía, mi sexo se humedecía y parecía que en cualquier momento se paralizaría mi respiración. Que rica y placentera sensación.

-¡Eres mía!-, exclamó mirándome a los ojos para luego morderme fuertemente en el hombro derecho.

-¡Con cuidado!-, respondí, pero la verdad es que ese dolor me resultó placentero.

-Si querías amor, querida, estás equivocada conmigo. Me gusta el sexo fuerte, agresivo con pasión-, susurraba mientras me recorría el cuello y me frotaba el sexo para estimularme.

-¡Hazme tuya!-, grité ahogada en excitación.

Arthur me arrancó la ropa interior y entre besos y caricias me paseó por toda la habitación antes de llegar a la cama. Objetos, ropa, maquillaje, todo lo que había alrededor cayeron al suelo cuando ese hombre me tomaba para hacerme el amor. Incluso, los cristales de una mesa de noche quedaron en el suelo. Sí que era brusco.

Cuando finalmente me lanzó sobre la cama estaba tan encendida que necesitaba una embestida que acabara con mi castidad y así lo hizo. Me volteó boca arriba, abrió mis piernas lo más que puso y poco a poco fue lamiendo desde mi tobillo derecho, pasando por mis muslos hasta llegar a la entrepierna.

Allí se concentró para estimularme más, me pidió que respirara profundo y metió sus dedos. Sentí como un pinchazo en el estómago y enseguida comencé a sudar a cántaros. Jadeaba fuerte y cuando casi perdía la razón me penetró profundamente. Fue un dolor que acabó en un tremendo gemido que hasta la servidumbre tuvo que haber escuchado.

Por si fuera poco, Arthur repitió la dosis. Me abofeteó un par de veces y me daba a probar mis fluidos que quedaron entre sus dedos hasta que se me vino encima, esparciendo sus líquidos sobre mi torso. Rindió su cuerpo sobre el mío y en una misma respiración caímos rendidos.

De pronto comencé a sentir unas extrañas ganas de llorar, pero no me sentía mal. Al fin había podido tener sexo con Arthur después de desearlo tanto. Quizás fue la manera tan brusca en la que se dio todo, no estaba segura, pero no contuve las lágrimas... Lágrimas de satisfacción.

Después de esa noche, aunque dolorida, lo único que me provocaba era estar metida en la cama con mi nuevo marido teniendo sexo cada vez que me provocara, pero ya saben cómo es este tipo de hombres, que nunca sabes cuándo va a estar y cuando no. Pero cada vez que estaba era seguro que teníamos al menos dos polvos en el momento.

Me cogía de los cabellos, me daba nalgadas hasta casi hacerme llorar, me ahogaba con su miembro en el sexo oral hasta sacarme lágrimas y verme correr el delineador negro por las mejillas, me decía cosas sucias al oído. Disfrutaba verme a los ojos y decirme que era su esclava, algo que me hacía sentir un placer indescriptible. Este tío era un animal y cómo me encantaba, al punto de sentirme enamorada, sin poder vivir sin él a mi lado.

-¿Ya te sientes como una verdadera mujer?-, me preguntó una noche antes de dormirnos.

-Como nunca antes, mi amor-, respondí con brillo en los ojos y segura de lo que decía.

-Conmigo siempre te sentirás mujer, porque sacaré de ti lo mejor y lo peor. Esa puta y sumisa que llevas dentro, como nunca más lo sentirás con nadie, ¿sabes?-, recalcó.

-¿Siempre me querrás a tu lado?-, pregunté.

-...Sí, siempre-, respondió después de una pausa.

Ya había conseguido una parte de mi plan, o quizás él lo había logrado, porque me tenía comiendo de su mano. Yo sólo pensaba en él, en sus caricias, en su manera de cogerme, de convertirme en lo que le diera la gana. Estaba loca enamorada de él, de su piel, de su olor, de su voz, de su cuerpo, de su manera de ser, de su humor. Incluso, de sus arrebatos y canalladas.

No me importaba si era un mafioso, un estafador o asesino. Lo adoraba tal cual era y no le avergonzaba demostrarme. En principio pensaba que era mutuo, pero me angustiaba pensar que quizás no lo era, pues, ya casi teníamos un año de relación y no me pedía matrimonio. Aunque antes me advirtiera de que no pensaba hacerlo, mantuve la esperanza de que si lo enamoraba, lo haría. Tenía muchas dudas al respecto, así que un día lo volví a enfrentar.

-Arthur, ¿tú me quieres?-, pregunté.

-Claro que sí, Candela. Pero no vayas a empezar con tus inseguridades-, respondió el muy insolente.

-No son inseguridades, es que... Ya tenemos casi un año de relación y no veo la posibilidad de un matrimonio-, le comenté.

-¿Matrimonio? Candela, ya he sido claro contigo. Te he dicho que no me gusta el matrimonio. No quiero casarme. Ni contigo ni con nadie-, refutó.

-Pero, ¿es que acaso no te agrada la idea de llevar nuestra relación a otro nivel?-, pregunté nuevamente.

-Eres mi mujer. Duermes conmigo. Compartimos todo. Tienes tarjetas de crédito ilimitadas, ropa, vehículos, joyas, todo lo que se te venga en gana. Vives como una reina ¿qué más quieres, Candela?-, cuestionó.

-Te quiero a ti, Arthur. Asegurar que nunca me dejarás-, dije con un nudo en la garganta.

-Nunca te dejaré. Yo te quiero, Candela. Pero no me gusta que me presiones de ese modo. Con que ya vivas conmigo es suficiente, ¿no crees?-, aseveró.

Rompí en llanto y me abrazó para consolarme al mismo tiempo que me pidió que me tranquilizara y dejara la inseguridad. Es que me daba miedo pensar en que algún momento me cambiara por otra. No solo era un cretino con sus enemigos, también tenía fama de mujeriego, algo a lo que le temía como a la propia muerte.

Su madre, doña Jasmine, quien en ocasiones nos visitaba, me aconsejaba al respecto. Ella sabía que yo ya estaba perdidamente enamorada de su hijo y le encantaba que al fin alguien lo quisiera de verdad y no solo por el dinero que ofrecía. Pero también me advertía que Arthur era un hombre de temer con las mujeres, siempre conseguía la que se le antojara y que debía tener mucha paciencia para lidiar con ello si en algún momento sospechara de una infidelidad.

Apenas ponerme al tanto de eso mi mente comenzó a hacer hipótesis y sacar conclusiones apresuradas sobre cualquier situación anormal que recordara y por supuesto, más angustias sobre su resistencia al matrimonio. Después de todo no fue tan productivo hablar con Jasmine.

En seguida tuve un impulso por llamarlo. Solo habían corrido un par de horas luego de que esa mañana lo despidiera cuando iba a resolver uno de sus negocios.

-Arthur, ¿cómo vas?- dije apenas tomó el móvil.

-Estoy bien, Candela. ¿Qué sucede?-, fue su turno de preguntar.

-Nada, sólo quería saber que estabas bien-, respondí.

-Tranquila, nos vemos más tarde. Debo colgar. Adiós-, dijo antes de cortar la llamada.

Noté su molestia por el tono en el que me habló. Era obvio que sospechaba de mi inseguridad, la que me carcomía por dentro. Es que últimamente lo estaba notando diferente.

Seguía siendo el mismo cretino indolente, pero que se preocupaba por mí, solo que ahora pasaba mucho más tiempo fuera de casa y había restringido mis salidas por “cuestiones de seguridad”, lo cual podía entender, pero luego de un tiempo se volvió tan descontrolada la situación que ya casi no sabía lo que era estar fuera de casa, ni siquiera con él. Estaba aislada.

El pasar tanto tiempo entre las cuatro paredes de mi hogar, tener poco contacto con mis conocidos, incluso, con su familia y hasta con él, me alteraban. Ataques de ansiedad no me dejaban dormir o aprovechar tanto tiempo de ocio para realizar alguna actividad, además de los ejercicios con mi entrenadora personalizada.

Ya era una rutina poco agradable despertar, entrenar, desayunar, la sesión de maquillaje y el de vestuario, para pasar todo el día en casa. Algo no andaba bien y mi salud lo estaba asimilando.

En uno de esos días de aburrimiento y ansiedad recibí una llamada de un número desconocido. En seguida se lo mostré a mi guardaespaldas y se puso en contacto con el personal de seguridad para rastrearlo.

Aunque estaba consciente de que era la mujer de un capo de la mafia, no podía confiarme del todo como si fuera una situación normal. A los pocos minutos obtuve respuesta, Mi guardaespaldas me dijo que todo estaba bajo control, que era una persona que llamó por equivocación.

-¿Y quién era la persona?- le pregunté.

-Una mujer de edad, preguntando por... Por su hijo-, respondió con inseguridad.

-¿Averiguaron bien de quién se trataba? Pudo haber sido algún holgazán tratando de despistar, digo-, insistí.

-No, no se preocupe, ya está todo bajo control. El señor Arthur pidió que la tranquilizáramos-, aseguró.

-Es que no estoy intranquila, sólo me preocupa que hayan rastreado bien de quién se trataba-, le expliqué al imbécil, que no me daba una razón que me convenciera.

Pero no continué preguntando nada, de igual forma me sentía segura ante cualquier amenaza por parte de cualquier enemigo de mi marido, sólo que un palpito desde lo más profundo de mi alma me decía que no era algún otro mafioso, sino de un peligro para mí, y no precisamente de muerte.

En la noche, cuando Arthur al fin llegó, después de dos días que llegaba de madrugada le comenté sobre lo sucedido. Tampoco me dio mayores detalles de quién se trataba, pero le recordé que nuestros contactos no eran públicos, así que no me convencían de que había sido alguien por error, suposiciones que nos llevaron a una fuerte discusión.

-¿A qué quieres llegar con todo esto, mujer?-, gritó molesto.

-A que me parece que se tratara de alguien que sí sabe quién soy y estaba tratando de molestar-, le respondí alterada.

-Probablemente sí lo sea, ¿Y qué? Es hasta normal-, aseguró.

-¡No me parece!-, insistí.

-Entonces piensa lo que te dé la gana, joder. Ya me tienes harto con tus sospechas, con tus insinuaciones e inseguridades. Desde hace semanas atrás estás insistiendo mucho con la idea de casarnos, de que te voy a dejar por otras. En fin, no sé qué es lo que te pasa o qué es lo que quieres saber, Candela, pero no me hagas colmar la paciencia, por favor.-, reclamó Arthur.

-Pero cómo no quieres que reaccione así, si te niegas en casarte conmigo, me insinúas que tú estás con la que te dé la gana, tu madre también me lo advirtió y desde hace un par de semanas no llegas a dormir, casi ni vienes aquí y por si fuera poco, me has aislado. ¿Qué te pasa?-, le respondí con una neurosis inexplicable.

-Ay no, por favor. Mejor me voy a dormir a otro cuarto-, asestó y se dispuso a salir.

-¡Arthur!, ¡Arthur!, no seas tan estúpido. No lo hagas, maldita sea-, grité antes de que saliera.

-No quiero dormir contigo esta noche. Mira cómo estás de neurótica imaginando todo lo que no pasa. Con el historial que tienes, no puedo creer que todavía no te acostumbres a la vida de un hombre como yo-, dijo.

-No es eso, es que odiaría enterarme de que andas con otra. ¡Es eso! ¿lo entiendes?-, volví a gritar.

-Entonces si lo que tienes es un ataque de celos, mejor lo resolvemos mañana. Déjame ir a dormir, ¿sí?-, preguntó con un tono de sarcasmo.

-¡No! Quédate conmigo, por favor-, le dije casi llorando.

Arthur, con evidentes signos de fastidio se volteó, me miró desafiante y se me vino encima. Me cogió del cuello y me dio un fuerte beso, mordiendo mis labios para hacerlos sangrar. Hice un gesto de dolor, lo cual ignoró, me tomó por el cabello y me lanzó en la cama para seguirme besando y acariciando con violencia.

“¿Esto es lo que te gusta, no? ¡Zorra!”, me dijo.

Respondí con un beso y me dejó sentir su erección con la mano, lo cual me excitaba más de lo que ya estaba. Sí, su perversidad era mi punto de ebullición y él lo sabía. Me arrancó la ropa de dormir, enseguida mis pechos estaban en su boca, me recorría los pezones con la lengua, subía por mi cuello y llegaba a mis labios. Yo también besaba su cuello, lo tomaba del cabello y lamía uno de sus lóbulos.

Luego me puso boca abajo para darme de nalgadas. Fuertes y secas que me hacían estremecer y quejarme de dolor. Me refugiaba en las almohadas para aguantar, pero entonces vino una embestida y ya estaba todo dentro de mí. Su pelvis golpeaba fuertemente mis caderas.

Estaba hecho un demonio enfurecido, me halaba del cabello y metía sus dedos en mi boca para que se los lamiera. Como le gustaba lo que hacía con mi lengua, se salió de mí y ahora me dirigía hasta su miembro, que estaba en el máximo esplendor.

Mientras se lo lamía, nuestras miradas se entrelazaban, permitiéndonos saber que nos disfrutábamos el uno del otro, pero entonces el placer lo hizo cerrar sus ojos, morderse los labios y estremecerse hacia atrás. Amaba lo que le hacía, haciéndome sentir como la mejor.

Nuevamente me puso boca abajo, pero esta vez lamiéndome el sexo y un poco más allá para humedecerme, se vino con todo hasta hacerme correr. Grité como una fiera, pues, me penetraba sin piedad, lo cual hizo que también se corriera dentro de mí.

Esa manera de reconciliarnos después de una fuerte pelea me encantaba. Era como una demostración que después de todo, nuestros problemas no eran tan fuertes como para romper la relación... O eso creía. Mientras tanto, me entregaba a la paz que ahora sentía, pero que quedó destruida por otras circunstancias que se escaparon de nuestras manos.

Al amanecer, una llamada nos despertó y nuestros guardaespaldas nos indicaron que debíamos salir lo más pronto posible de la casa. La justicia venía a por Arthur y esta vez no era para negociar, sino para capturarlo. Algo finalmente descubrieron y ya no había soborno alguno que los hiciera retroceder.

Como pude me vestí y junto a Arthur escapamos por un pasadizo secreto. Nos dirigíamos a otra ciudad para escondernos, cuando otra llamada aumentó el peligro.

A los Kalaouz también los estaba acechando la justicia. Uno de los primos de Arthur tenía varios días huyendo, incluso del país y como encargo, le pidió a mi marido que protegiera a su esposa, así que la orden era buscarla y que se uniera a nosotros para llegar a un sitio seguro.

-Como sea, tengo que conseguir a Michelle-, dijo Arthur por el móvil a uno de sus protectores.

-Salió de su casa en la madrugada, pero aun no determinamos en cuál de sus propiedades pudiera

estar, señor Arthur-, respondió el hombre.

-Rastreen su última llamada, carajos. Rastreen lo que sea, no me digan que no pueden, malditos inútiles-, gritó mi marido y colgó. Estaba perdiendo la paciencia.

Realmente estábamos en peligro. Aunque estuviera acostumbrada a este tipo de situaciones yo moría de miedo. Algo me decía que esta vez era más peligrosa que las anteriores y dejaría más intrigas al descubierto.

Michelle era la esposa de Frederick Kalaouz, un pariente de Arthur, también mafioso, pero con negocios distintos. La mujer, también se dedicaba a los negocios sucios, era como una especie de carnada para embaucar a millonarios y políticos tanto de Madrid, como de todo el país y otras fronteras.

Una mujer de armas tomar, me describió mi guardaespaldas personal. Lo cual despertó una gran curiosidad en mí, pues, Arthur nunca me la había mencionado, y al parecer, no era tan ajena o ¿por qué tanto fervor con que la rescataran?, me preguntaba.

-Arthur, quién es Michelle-, enfrenté a Arthur luego de pisar tierra firme.

-Es la esposa de mi primo Frederick. Me encargó de velar por ella y es lo que ahora trato de resolver-, indicó.

-¿Por qué nunca me habías hablado de ella?-, pregunté.

-¿Para qué tendría que hacerlo? No es algo importante-, respondió.

-¿Cómo qué no? Es parte de la familia-, asesté.

-Mujer, apenas tenemos un año de relación y no soy muy familiar. ¿Qué importa si conocer a mi familia o no? Son personas que a veces es mejor no conocerlas-, aseguró.

-¿Por qué no?, ¿acaso esconden algo que yo no deba saber?-, insistí.

-Probablemente. ¿Qué esperas de una gran familia de mafiosos?-, me preguntó.

Respondí volteando los ojos del fastidio. No le di más largas al asunto. No era el momento, pero Arthur recibió una nueva llamada y sin poner altavoz, solo escuchó y colgó el móvil. “Estamos listos”, dijo a sus secuaces y en cinco minutos se nos unió la tal Michelle. Una mujer increíblemente atractiva. Alta, de figura esbelta, bien vestida y con aires de modelo.

Blanca, con una larguísima cabellera oscura, senos voluptuosos y unos labios que se hacían imposibles de detallar entre todos sus buenos atributos. Arthur y ella congeniaban como si se conocieran de toda la vida, los más íntimos amigos, lo cual no era de mi agrado. Mucho menos su descaro, al presumirme cómo se la llevaba tan bien con mi marido. Cosas no solo eran parte de mis celos que me cegaban.

CAPÍTULO III

Algo me decía que entre Arthur y Michelle había algo más que vínculos familiares. La forma en cómo interactuaban y los temas de los que conversaban me dejaban claro que se conocían muy bien. Ella estaba muy metida en la mafia de las familias, era como una mafiosa más, y no con el rol de la simple esposa de un capo.

Además, las miradas que me daba cuando yo estaba con mi esposo por la angustia que me causaba el momento no eran normales. Sentía su rechazo, su odio y no tardó demasiado para dejármelo muy claro. En plena huida por los cielos, mi marido se fue junto al piloto para acordar la ruta de escape, mientras yo me quedé en mi asiento, justo delante de Michelle.

-Con que tú eres la nueva mujer de Arthur, ¿no?-, me dijo.

-Sí, yo lo soy. Mucho gusto, Candela-, respondí marcando territorio.

-Encantada, Candela-, respondió ella de la misma manera.

-Creo que llegaremos a una de las propiedades de mi marido en Suramérica-, le dije tratando de romper el hielo.

-No, llegaremos a casa de unos amigos en Colombia. Ya está decidido. Le dije a Arthur que era la mejor opción y estuvo de acuerdo-, aseguró.

-¡Caramba! Por lo visto estás muy metida en el asunto, ¿no?-, comenté con ironía.

-¡Por supuesto! No eres una mujer que sirva demasiado a un hombre como Arthur-, se atrevió a decirme la muy descarada.

-¿Qué sabes tú de mi marido y lo que necesita o no? ¡Igualada!-, le respondí furiosa

-Sé más de lo que debería y mucho más que tú, que acabas de llegar a ver qué logras quitarle-, alegó.

-¡No me jodas, tía! No me conoces y me importa un pepino lo que pienses de mí. Lo que si te advierto es que mejor llevemos la fiesta en paz-, le dije.

-¿Me estás amenazando? ¡Qué risa!-, comentó riéndose a carcajadas.

-Bueno, no seguiré discutiendo contigo-, agregué y me cambié de puesto. No quería estar cerca de esa estúpida.

Pero como nada le importaba, no paró hasta hacer que Arthur se regresara y se quedara con ella, con la excusa de seguir planificando nuestra salida del país. Esa noche fue todo un viaje, pero a la mañana siguiente finalmente pisamos tierra firme.

Llegamos a una hacienda, propiedad de otro capo de la mafia en Colombia, amigos de años de los Adoumieh. Era un lugar inmenso y cómodo, bastante alejado de la ciudad. Era seguro que allí nadie nos encontraría, pero ahora el problema era, ¿qué hacíamos con Michelle?

-Amor, luego de esto, ¿qué viene?- le pregunté a Arthur en cuando estuvimos solos en la habitación que ocupamos.

-Nos quedaremos aquí por unas semanas. No te preocupes. Luego volveremos a España, pero no

probablemente a Madrid. Estamos negociando-, me dijo.

-¿Michelle seguirá con nosotros?-, cuestioné sin rodeos.

-Sí, obviamente. No puedo abandonarla-, respondió.

-Pero por lo visto sabe cuidarse muy bien, además, es una pesada. No quiero que nos cause problemas-, agregué.

-¡Paciencia, mujer! Michelle no es fácil, pero no te enfrentes a ella, por favor. Es más, trata de no estar mucho con ella-, me dijo, llenándome de dudas.

-¿Por qué no?-, pregunté.

-Pues, para que no armen un problema. Así son ustedes las mujeres. Celosas por todo. No estamos en momentos de generar más caos a la situación-, me explicó.

-¿Y por qué tendría celos de mí contigo, Arthur?-, fui más incisiva.

-Bueno, ustedes son así, posesivas, qué se yo... Mejor dejemos el tema hasta aquí, ¿sí?-, dijo con un manojito de nervios. Sabía que algo me ocultaba.

-Como quieras. Igual sabré qué pasa entre ustedes. No creas que soy tan tonta como para no darme cuenta de sus miradas... ¡Maldita sea!-, le dije lleva de rabia y me salí de la habitación.

Fui hasta el bar de la casa a por un trago. Necesitaba relajarme para pensar bien lo que haría para quitarla de mi camino y no dejar que los celos me hicieran tropezar. Verdaderamente era una arpía que deseaba a mi marido.

Después de unos días se calmaron un poco las aguas con respecto a la persecución que había emprendido la justicia contra mi marido mafioso, pero las de nuestra relación, no. Arthur era un animal sexual por excelencia.

No le importaba follarme en medio de cualquier situación o lugar, por muy adversario que fuera, por ello, me parecía demasiado extraño que estando en un lugar tan aislado y solitario no se había atrevido a tocarme un cabello siquiera.

Entendía que estuviera ocupado casi todo el día pegado al teléfono negociando o planificando cualquier estrategia y negocio, pero no como para no aprovechar para tener intimidad.

Mis sospechas sobre la influencia de Michelle sobre él aumentaban y ella la alimentaba con su comportamiento, comentarios y fascinación por molestarme. Apenas en una semana ya había provocado varias discusiones.

Michelle pretendía ser la dueña y ama de la casa, atender a Arthur como si fuese su hombre e intervenir en sus asuntos. Por supuesto, desplazarme a mí y de momento, lo lograba.

Arthur ordenaba a sus guardaespaldas que no me quitaran un ojo de encima, así que lo único que hacía era estar encerrada en la habitación sin nada que hacer, mientras ellos dos hacían de las suyas. No lo podía soportar y mi marido no lo entendía. Yo solo quería que nos largáramos del lugar, pero entonces pasó muy diferente.

Mi esposo tuvo que irse unos días de la hacienda hacía otro lugar para realizar nuevos negocios en Colombia, así que no me quedó más que pasar el resto de los días con la estúpida de Michelle a un lado, todavía con la intención de dirigirme e intentar anularme, pero no me dejé.

Ella me insinuaba mil intrigas, como dejándome de tarea sacar mis propias conclusiones. Llegó a decir que mi marido estuvo enamorado de ella, pero prefirió a Frederick, también que Arthur nunca la olvidará, que será esa fruta prohibida que jamás podrá tener, haciéndome estallar del coraje, pero también entendía que lo hacía solo por fastidiarme.

Sin embargo, cuando ya no la soporté más, ordené que le quitaran todos los beneficios que estaba recibiendo de mi marido y que la enviaran de vuelta a Madrid. Ella creía que no sería capaz de hacerlo, pero no me tembló el pulso para hacerlo, quedándome más tranquila por un lado. Por el otro, tenía que averiguar a profundidad, qué había o hubo entre ella y Arthur.

Se nos cumplió el tiempo de estadía y al parecer, ya era un buen tiempo para regresar a Madrid, pero a otro lado que no fuera nuestra casa. Así, que el plan era llegar en otra propiedad de Arthur que todavía no estaba en las mejores condiciones, pero tampoco era rastreada por la justicia, creía él.

Apenas llegando al sitio pasó lo que jamás habría querido que pasara. Fuimos víctimas de una emboscada por parte de los enemigos de mi marido, los Abbud y se armó un tiroteo. Vi cómo mi esposo y todo su séquito se enfundaron sus armas, todo tipo de armas para defenderse.

El miedo me invadió y el tiempo parecía que se había paralizado ante mis ojos. De pronto quedé dentro de la camioneta que nos trasladaba y no sabía si quedarme a esperar que me atraparan o salir a exponerme a un disparo, pero de pronto uno de sus hombre me sacó como pudo y corrí hacia otro coche que venía precisamente a por mí y Arthur. Parecía como de película.

Cuando vi que Arthur se embarcó al vehículo conmigo rompí a llorar. Me estaba pasando el shock que había tenido y me sentía feliz de ver que tenía a mi marido vivo, apenas con unos rasguños, pero vivo después del sangriento episodio que acabábamos de sufrir.

Él también me abrazaba para consolarme y al oído me dijo: “Esta es mi vida, baby”. Seguí llorando para drenar el miedo que me había congelado y le pedí que nos fuéramos a otro lugar, lejos de allí. Así que nos dirigimos a un helipuerto, de inmediato nos iríamos a Valencia, donde también tenía propiedades y estaba seguro de que no nos perseguirían.

Los días de angustia que pensaba que habían quedado atrás, apenas eran un abreboca de lo que se avecinaba. Cuando finalmente logramos instalarnos en su casa Michelle lo llamó para decirle que estaba al tanto del atentado que habíamos sufrido y que necesitaba verlo con urgencia. Había logrado escuchar la conversación.

No pude dejarlo pasar y lo enfrenté para saber de qué se trataría ese encuentro, pero Arthur me convenció que se trataba de negocios y para que le creyera, me llevó con él, sin embargo, yo me quedaría en el coche mientras él tenía una breve reunión con ella en un famoso hotel de lujo de la ciudad. Realmente no tardó más de una hora y no creía que fuera capaz de nada teniéndome a un paso suyo, pero la verdad es que fui la más ingenua.

Justo saliendo del lugar, Arthur recibió una nueva llamada. Esta vez no mencionó palabra alguna. Solo frunció el ceño y volvió a guardar su móvil. Ante su gesto no pude evitar preguntarle por lo que sucedía, sólo mencionó: “Lo asesinaron”... Era Frederick, los Abbud habían dado con su escondite para asesinarlo y entregar su cabeza a la justicia.

Ahora Michelle sí era viuda, lo cual no le afectó en lo más mínimo. Al contrario, le despejaba el camino para lanzarse a por Arthur, de la forma más descarada que pudo.

Solo en un par de meses ahora había quedado al mando de una parte de la mafia de los Adoumieh, lo que le correspondía a su marido, por lo que el contacto con Arthur era más constante, acabando con mis nervios.

Es que Arthur era otro cuando estaba con ella, es como si lo dominara y eso me hacía morir de la rabia, de los celos, de todo. Con la fama de mujeriego que tenía y lo inescrupuloso de ella, no podía dejar de pensar que pudiesen tener una relación más íntima, y no me equivocaba.

Cada vez era más evidente que Arthur pasaba demasiado tiempo con ella, incluso, como para no llegar ni un rato a casa o para dormir fuera de ella. Me tenía abandonada, ya nuestras noches de pasión eran rutinarias.

Estaba demasiado triste y decepcionada. Ya no quería pelear, solo que me dijera si de verdad seguiríamos en lo mismo o definitivamente lo cortaríamos, pero de solo pensar que no sería nadie sin él, me resistía. No sé qué me había hecho que me tenía tan enamorada suyo. Es que no quería perderlo por culpa de una zorra.

En medio de mis amargos días, salía una que otra vez para despejarme la mente comprando, pero una vez decidí salir sin guardaespaldas ni ningún tipo de seguridad, quería sentirme libre aunque fuera por unos instantes. Tanto encierro me estaba haciendo muy mal, necesitaba un escape, algo que difícilmente conseguiría con mi marido por los momentos.

Llegué mucho más tranquila a la casa, con la mente tranquila y con ganas de pasar un buen rato con Arthur. Sorpresa para mí cuando al llegar, ya estaba su coche parqueado en la cochera, momento perfecto para estar con él y darnos amor, pero lo peor estaba por llegar.

Al intentar abrir la puerta de la habitación no pude, estaba cerrada con llave. Toqué, pero nadie salió. No se escuchaba ni el ruido de una mosca. Le grité varias veces y no obtenía respuesta, así que caminé hasta la cocina para preguntar a la servidumbre por mi marido. Todos me indicaron que sí estaba allí, de hecho, había pedido comida. La seguridad dijo lo mismo, pero todo parecía muy extraño. Volví a tocar la puerta, sin respuestas.

Me preocupé, pensé lo peor, pero busqué en mi cartera un juego de llaves que guardaba y entré. En la cama no había nadie, supuse que estaba en la sala de baño y así era. Cuando entré estaba Arthur en dándose un baño de espuma, todo el espacio ambientado con velas y pétalos de rosa.

Muy romántico, pero no era para mí. El cretino de mi marido estaba con una mujer follando como animales. Se trataba de Michelle, metida hasta el fondo de Arthur, quien al verme, no desperdició la oportunidad para mirarme con odio y satisfacción de demostrarme que estaba con él. Mientras tanto, Arthur se la quitó de encima.

-¡Mujer! ¿Cómo entraste sin tocar? ¡Por un demonio!-, gritó.

-¡¿Qué importa cómo entré, desgraciado hijo de puta?!- respondí llena de ira, mientras me dirigía hacia ellos para hacer...no sé qué.

-Candela, por favor. Déjame resolver esto-, me indicó.

-¡No! Salté de ahí, maldito. Y tú también perra desgraciada-, le dije y me acerqué hasta ella para halarle de los cabellos.

-¡Cálmate, Candela!-, insistía Arthur.

Pero hice caso omiso a su petición. La ira me invadía, me cegaba. Como pude volví a la

habitación y registré en una de las mesas de noche donde sabía que Arthur escondía un arma. La tomé y volví hasta donde estaban ellos, pero mi marido ya venía a por mí y lo apunté.

-¡Suelta eso, Candela!-, me gritó Arthur.

-Eres un maldito infeliz-, le dije mientras mis lágrimas corrían por mi rostro.

-Dime lo que quieras, insúltame o lo que sea pero suelta esa maldita arma. No querrás hacer algo de lo que te puedas arrepentir-, aseguró y la maldita de Michelle a sus espaldas se burlaba.

-¡Quítate tú! A quien voy a matar es a esa zorra con la que te acabas de revolcar. ¡Quítate!-, volví a gritar.

-Candela, baja el arma. Ya la sacaré de aquí, pero baja el arma-, me pedía y yo solo quería halar del gatillo para acabar con Michelle... Y hasta con Arthur.

Pero uno de sus malditos guardaespaldas entró y me desarmó. Arthur corrió hacia mí y ordenó a Michelle que se fuera ya mismo. Me desmoroné por dentro, pero por fuera dejé de llorar y le pedí que no me tocara.

-Me das asco. No me toques-, le dije.

-Sé que estás molesta, pero no sé de qué te sorprendes. Siempre te dije que estaba con la mujer que me diera la gana-, respondió el muy desgraciado con una serenidad agobiante.

-No seas tan imbécil. No creas que por eso estaba dispuesta a soportar que te acostaras con quien fuera y en mi propia casa- le dije.

-No te equivoques. Esta no es tu casa. Y si insistes, te puedes largar-, sentenció.

Arthur me había demostrado todo este tiempo que a pesar de su estilo de vida, podía querer, pero ahora me corroboraba que seguía siendo un cretino, el más desgraciado de todos. Pero no podía hacer nada. Estaba acostumbrada a conseguir la buena vida de la forma más fácil.

Por muy decepcionada que estuviera, porque de verdad lo amaba, tenía que soportar seguir viviendo con él o de lo contrario, quedaría nuevamente en la calle. Pero por el contrario, le pedí estar en habitaciones diferentes, al menos por esa noche y lo entendió.

Enseguida me encerré en ella. La rabia me consumía. No boté una sola lágrima más. Pensaba y pensaba. Recordaba cada detalle de lo que había visto y me llenaba de más ira e impotencia, pero juré que ambos me las pagarían. De cualquier modo me vengaría.

Pasaron varias horas y ya estaba un poco más calmada cuando de pronto, Arthur entró.

-De verdad, perdóname por lo que viste. Sé que te hice daño y no te lo mereces. También perdóname por lo que te dije luego del episodio-, mencionó apenas entrar.

-Por ahora no tengo nada que decirte. Sólo que me dejes asimilar todo esto-, le dije.

-Por una parte te entiendo. Créeme. Y te prometo que no lo volveré a hacer. Yo te quiero-, mencionó.

-Y si me quieres, ¿por qué me haces esto?-, pregunté.

-No lo sé, debilidad. No lo sé. La conseguí aquí, me sedujo y no me controlé-, aseguró.

-¡Ay, por favor! Sé muy bien que te traes algo con esa tía desde hace tiempo. Ella misma me lo ha

insinuado en varias oportunidades. Cada vez que le da la gana. Así que no me vengas con que fue una casualidad-, mencioné.

-No volverá a pasar, te lo juro-, volvió a decirme.

-Y si vuelve a pasar, yo te juro que te mato-, asesté con la rabia que me volvía a invadir.

-Bueno, ya deja de amenazar y descansa. Recuerda que puedes venir conmigo cuando quieras-, dijo.

-No seas cretino, no quiero estar contigo-, insistí.

-Como quieras, yo sé que eso se te pasa en unos días-, aseguró y salió de la habitación.

Volví a enrollarme en la cama a pesar hasta lograr conciliar el sueño, pues, la decepción seguía latente. Así pasó un mes. Yo estaba indiferente con Arthur y él tratando de reconquistarme, pero sin hacer demasiado esfuerzo. Su orgullo no se lo permitía. Sabía que por dentro ni mis rechazos lo ablandaban.

Estaba muy seguro de que yo no lo dejaría, por ende, permanecía tranquilo. Por su parte, no supe más de Michelle, solo que ya se había ido a Madrid a retomar el puesto que le había heredado su difunto esposo.

Ahora tenía otra preocupación. No me estaba sintiendo muy bien de salud y seguían las amenazas de muerte por parte de los Abbud. No se habían quedado tranquilos con la cabeza de Frederick. Querían más. No solo una guerra por la relación entre Nayib y el primo de Arthur, sino que se habían puesto de acuerdo con la justicia para acabar con nosotros y quedarse con nuestra fortuna.

Entre tantos percances sufrí uno mareos y descompensaciones que me obligaron a chequearme con un médico, pero los medicamentos parecían no hacer ningún efecto. Cada vez eran más severos los malestares.

Solo se me ocurría una cosa: Embarazo. Lo cual terminé confirmando con una prueba de sangre que dio positiva. Sentí una emoción inmensa por dentro que quería compartir con alguien. Nadie más idóneo que con Arthur, el padre de mi hijo.

Suponía que con la buena nueva nuestros problemas maritales se solucionarían y todo marcharía mejor. Sería su primer hijo, además. El heredero de toda su fortuna, así que se me ocurrió una brillante idea.

Planeé una cena romántica en un restaurante de lujo, reservando todo el local solo para nosotros, con la mejor comida y bebida. Sería un momento único y especial. Pero antes, me comuniqué con mi suegra a quien sabía que la noticia alegraría demasiado.

Yo: ¿Sí, doña Jasmine?

Doña Jasmine: ¡Sí! ¿Eres tú Candela?

Yo: Sí, claro, doña Jasmine. ¿Cómo está?

Doña Jasmine: ¡Muy bien! Pero qué gusto volver a hablar contigo. Ya asé lo que ha ocurrido en estos últimos meses y estuve preocupada, pero ahora que me llamas definitivamente estoy más tranquila.

Yo: Doña Jasmine y la llamo precisamente para darle una buena noticia. Estoy embarazada,

estoy esperando un hijo de Arthur.

Doña Jasmine: ¡Oh mi Dios! ¡Pero qué buena noticia me estás dando, mujer! ¿Cuándo se enteraron?

Yo: Hace un par de minutos. Acabo de recoger los resultados de la prueba en una clínica, pero Arthur aun no lo sabe.

Doña Jasmine: ¿Y qué esperas para decírselo?

Yo: Organicé una cena romántica para esta noche y así poderle anunciar que seremos padres.

Doña Jasmine: Me parece excelente esa idea. Yo mañana mismo tomaré un vuelo para Valencia, quiero estar con ustedes y no perderme un solo momento del embarazo.

Yo: Con gusto la recibiremos. Ya dejaré lista una habitación para usted en la casa.

Doña Jasmine: Muchas gracias, querida. ¡No aguanto la emoción! Mañana nos vemos. Hasta pronto.

Yo: Hasta pronto.

Luego llegué a casa y me recosté un rato. La salida me había dejado cansada y ahora que sabía mi estado, era más propicio que descansara hasta que llegó Arthur y le dije sobre la cena. Aunque al principio titubeó un poco, terminó aceptando siempre y cuando no se extendiera porque tendría una reunión importante con sus socios.

Quería regresar a Madrid, pero sin riesgos y de eso se trataría su bendita reunión. A veces me fastidiaba no contar con mi marido para muchas cosas debido a su estilo de vida, pero no me quedaba más que aceptarlo y callar. Ahora más que nunca debía asegurar mi futuro.

Horas antes de la cena mi equipo de maquilladores y estilismo se dedicaron a dejarme radiante para el compromiso. Mi larga cabellera rubia rizada, labios voluptuosos y mi cuerpo vestido por un delicado vestido color rosa me hacía ver y sentir como una princesa, una diva, en lo que me había convertido desde aquella noche en la que un mafioso me rescató de un bar de mala muerte donde me esperaba una vida de prostitución y pobreza, pero él lo cambió todo, me enseñó lo bueno que era vivir en la riqueza sin importar si algún día se acabaría, solo que había que disfrutar, por ello me dejó en manos de quien hoy en día era mi marido y padre del hijo que venía en camino. Recordé mi pasado e imaginé mi futuro en un par de segundos, pero era hora de enfrentar el presente.

Tomé mi cartera y me embarqué en el vehículo junto a mis guardaespaldas rumbo a la cita con Arthur.

-¡Qué hermosa estás, mujer!-, exclamó Arthur apenas me vio.

-¡Gracias, amor! Siempre es un gusto lucir así para ti-, le dije emocionada. Tenía tiempo que no me sentía tan a gusto junto a mi marido luego de nuestros altibajos.

-¿Y a qué se debe esta grata sorpresa?-, preguntó.

-A que quiero darte una excelente noticia, pero antes vamos a pedir algo de tomar, y por supuesto, la cena que mandé a prepararte, amor-, mencioné para que la expectativa fuera más alta.

-Está bien, pero recuerda que más tarde tengo una reunión importante que definirá nuestra estadía

aquí. No quiero ser aguafiestas contigo, princesa-, me recordó.

-Lo entiendo, Arthur, pero no comas ansias-, respondí.

Sin embargo, Arthur no era el tipo más conversador y paciente, mucho menos romántico. Así que no paraba de preguntar qué sería lo que le diría, poniendo siempre el tiempo y sus negocios por delante hasta que me harté de su patanería y no me quedó más que anunciarle que seríamos padres.

-¡No me jodas, Candela!- fue su primera reacción.

-Es en serio, Arthur. ¿Cómo crees que te mentiría con algo tan importante como esto?-, le dije.

-Candela, todo esto lo planeaste, ¿verdad?-, pensó el muy cretino.

-¡Claro que no! Te lo juro que me agarró por sorpresa-, aseguré.

-Bueno, hablamos en casa. Ya me están llamando y debo salir ya mismo de aquí-, sentenció y se marchó sin siquiera despedirse, algún gesto de gusto ni nada que demostrara algún sentimiento de ternura hacia mí.

Aunque ya sabía lo imbécil que era, me esperaba que la noticia ablandara un poco ese corazón dañado que llevaba dentro o que al menos se preocupara. Me quedé furiosa en la mesa, pero moría de hambre, así que antes de marcharme a casa comí. Al llegar, caí muerta del sueño y el cansancio.

No sé cuántas horas pasaron luego de dormirme profundamente, pero recuerdo que desperté con una llamada. Era doña Jasmine para preguntarme cómo me había ido con la sorpresa y le conté. Trató de disculparse por lo imbécil que había sido su hijo, pero me recordó cómo era.

También me aseguró que a pesar de todo sí estaba contento, pues la había llamado para decírselo. Aunque no le creí mucho, me quedé más tranquila. También era consciente de que por alguna razón, Arthur siempre quería mantener ante mí esa imagen de macho dominante y poco sensible... Que lo era, pero en el fondo no era malo.

De hecho, al colgar el móvil me di cuenta que en una de las mesas de noche había un arreglo floral inmenso que casi tocaba el techo. Era precioso, pues estaba compuesto de rosas rojas, rosadas, blancas y amarillas con destellos de brillantina y lazos. En medio del mismo había una nota que decía: Gracias por hacerme tan feliz, palabras que me hicieron romper en llanto de felicidad.

Me removié todas las fibras de mi ser. No podía estar más contenta. Enseguida me levanté y justo abrió la puerta mi marido. Al verme, me dio un abrazo como nunca antes y volvió a decirme, que lo había hecho muy feliz con la noticia. Esa noche la terminamos los dos bien juntitos en la cama dándonos mucho amor. Lo más romántico que habíamos vivido hasta ahora.

Pasaron varios días y ahora teníamos un inconveniente. Ya podíamos volver seguros a Madrid, pero Arthur temía por mi estado y tranquilidad, así que me propuso quedarme en Valencia durante todo el embarazo, mientras el regresaría a nuestra antigua casa. Situación que no me agradaba en lo absoluto.

No quería tenerlo lejos, no quería que se perdiera un solo momento de la gestación, las primeras pataditas, los antojos, nada de eso. Mucho menos dejarle el camino libre con la zorra de Michelle u otras que se le atravesaran por las narices. Además, quería estar lo más relajada posible, por lo que mi respuesta fue un rotundo no. O nos íbamos juntos o nos quedábamos juntos.

Para Arthur fue un berrinche de mi parte, así que salió molesto y no supe más nada suyo hasta la noche, cuando llegó más sediento que nunca y con unos cuantos tragos de más.

-Tengo ganas de ti, Candela. Te me antojas completita-, me susurró al oído apenas se metió en la cama.

-Amor, ¿qué te pasa?-, pregunté haciéndome la inocente.

-Que te quiero devorar, mujer- insistía mientras me besaba el cuello.

-Arthur, vienes borracho, así no quiero-, le dije.

-¿Cómo qué no?!- exclamó molesto, tomándome de la cara. -Quiero follarte ahora mismo y sé que tú también quieres-, decía.

-Pero Arthur, hoy no quiero. No me siento muy bien-, respondí.

-¡Yo sé que sí!-, mencionó y se me vino encima.

Traté de poner resistencia, pero nada lo detuvo. Ni siquiera que le recordara que estaba embarazada y no podía exponerme a sus brutalidades, pero la verdad es que sus patanerías y rudeza me excitaban. Mientras me besaba y tocaba desesperadamente yo me resistía. Protagonizábamos un juego de amo y esclava rebelde hasta que ya no aguanté más y me dejé llevar.

Me arrancó la basta que llevaba puesta, pero sin quitarme la ropa interior. Me sentó en la cama y por las espaldas me tomó para besarme el cuello, los hombros y darme un mordisco. Con sus manos apretaba mis seños, mi punto débil y me dejaba sentir su erección en la espalda. Luego metió su mano dentro de mis bragas para masturbarme y hacerme jadear.

Rápidamente me hizo acabar y desbordar mis jugos en sus dedos, pero quedaba muy deseosa, así que fui a por su miembro erecto para saborearlo con la lengua y disfrutarlo entre mis manos. Cuando ya estaba bastante caliente me pidió que me acostara de lado para penetrarme. Entraba y salía de mí, tomándome del cabello. Luego me tomó de las caderas para que lo sintiera más profundo.

Sudábamos y con solo voltear para mirarlo a los ojos me hacía gemir, lo que a él le provocaba abofetearme. Más me excitaba su rudeza. Me puso ahora boca arriba y con su pene me daba en mi sexo.

Golpeaba fuerte y le pedí que me siguiera follando. “Así me gusta, que me implores que te folle”, dijo. Yo solo me retorció de placer. Mi sangre hervía, el sudor me corría por el cuerpo, mis manos lo halaban hasta mi pecho y al oído le dije: “Hazme acabar otra vez como solo tú sabes hacerlo”, momento en el que abrazados estallamos juntos de pasión.

Ahora que estaba embarazada sentía el sexo más rico, me sentía más deseosa a pesar del temor que me daba follarse en ese estado, pero debo admitir que fueron momentos de demasiado placer, algo que ayudó a que Arthur no se quisiera ir definitivo a Madrid, aunque en algunas oportunidades se fue durante varios fines de semana.

CAPÍTULO IV

El embarazo avanzaba de lo mejor. Los mejores doctores de la ciudad me tenían en control y me indicaban de los pormenores del bebé. Todo indicaba que sería una criatura muy saludable. Asimismo, estábamos ansiosos por saber el sexo, ya que, estaba llegando al cuarto mes de gestación.

Para ello, le pedí a mi marido que menos que nunca podía apartarse de mí y prometió no hacerlo. Mi suegra también estaba con nosotros. Se había venido a vivir luego del segundo mes para ayudarme en lo que necesitara, planear el nacimiento y todo lo referente al nuevo heredero. Por supuesto, el que esperaban que fuera varón.

Justo una semana antes del anuncio que esperábamos con alegría, recibí unos mensajes de Michelle. Había aparecido de nuevo para molestar.

Michelle: Ya me enteré que estás esperando un hijo de Arthur. ¡Felicidades! Pero no creas que lo tienes atrapado.

Yo: Ya sé que eres tú, Michelle. Por favor, deja de molestar.

Michelle: Qué bueno que ya sepas identificarme. Espero que también sepas que todavía me veo con Arthur.

Yo: Ni creas que me atormentas con tus jueguitos. No pierdas más tiempo y déjame en paz.

Michelle: No trato de atormentarte, solo de advertirte que no te saldrás con la tuya.

No respondí más. Ya era suficiente. No quería amargarme la vida por cosas que ya sospechaba y que por mi bien, debía restarle importancia. Al fin y al cabo, sería yo quien le daría un hijo a Arthur, pero de igual forma se lo recriminé.

-Arthur, Michelle me ha estado molestando-, le dije apenas llegó a casa.

-¡Joder! ¿Qué te ha dicho?-, preguntó.

-Arthur, no seas imbécil. Se burla de mí revelándome que se ha seguido viendo. ¿A qué juegas?-, refuté.

-Candela, sí. Nos hemos visto, pero recuerda que es por cuestiones de trabajo. Una vez te prometí que lo de la otra vez no volvería a pasar y yo cumplo mi palabra. Ya queda de tu parte si le crees a ella o a mí-, explicó el muy cretino.

-Arthur, no creas que soy una tonta. Lo único que te voy a pedir es que de una vez por todas te quedes aquí y que sea la última vez que esa puta me molesta. Cambiaré de móvil si es necesario.

-Está bien, amor. Me encargaré de que ya nos deje en paz. Ahora ve a descansar, no quiero que mi hijo sufra-, aseveró.

Era tan cretino mi querido marido. Pero esa situación me fue cansando. Aunque me dolía saber que estaba con otras mujeres, también estaba consciente de que no podía dejarme doblegar por los sentimientos. No podía dejárselos en bandeja de plata y desde ese momento juré que contra viento y marea aguantaría todo lo que viniera y sería más ardua mi intención de apoderarme de toda la fortuna Adoumieh.

Finalmente llegó el día en el que conoceríamos el sexo del bebé. Todos estábamos ansiosos, pero obviamente yo más. No solo porque era mi hijo, sino porque necesitaba que fuera varón, como Arthur deseaba, que su heredero fuera hombre, de lo contrario, no dejaría fortuna alguna.

A la consulta fuimos los dos junto a doña Jasmine, quien llevaba un regalo para la criatura.

Entramos a la sala de ultrasonidos y el doctor se preparó para realizarme el estudio, pero algo andaba mal. El médico no se dejó ver la cara ni por un segundo y tampoco me hablaba como estaba acostumbrado a hacerlo. Parecía un total desconocido. Desconcertante. La preocupación se me notaba en el rostro y Arthur se contagió de mi semblante. De pronto, se tornó tensa la situación.

Sin embargo, doña Jasmine, un tanto inocente, trató de romper el hielo y le preguntó a una de las enfermeras si podía filmar el momento en el que se revelara el sexo del bebé, pero esta con temor evidente, solo dijo que no con la cabeza y entonces el presunto doctor pidió que trajera de inmediato algo que faltaba para poder comenzar, lo cual resultó ser nada más y nada menos que un arma de fuego. Pero Arthur, con su malicia fue mucho más rápido y con un movimiento veloz ya lo estaba apuntando en la cabeza.

-¿Quién demonios eres, bastardo?-, le dijo.

-Estás rodeado-, fue lo único que mencionó.

-Y tú vas a morir. Despídete, infeliz-, mencionó, lo haló por un brazo y le disparó.

Tanto la enfermera, como doña Jasmine y yo dimos gritos. De inmediato nuestro cuerpo de seguridad comenzó a hacer su trabajo y nos sacaron del sitio. Habíamos caído en una trampa, pero logramos salir ilesos. Un nuevo atentado. Esta vez de los Abbud, quienes ya estaban al tanto de nuestro paradero en Valencia y por supuesto, de mi hijo.

Apenas llegar a la casa, Arthur ordenó alistar todo para escapar. Aunque también corríamos peligro, Madrid era el siguiente destino. Esta vez en otra propiedad de los Adoumieh, alejada del corazón de la ciudad, pero donde sentía que podía estar más en paz aunque tuviera que prolongar los estudios y consultas prenatales.

Unos días después del último enfrentamiento, doña Jasmine conversando en el desayuno me reveló que Michelle había estado hablando con ellos para advertir que los Abbud querían evitar que naciera el bebé o mejor dicho, querían asesinarme, ya que, Arthur les había quitado parte de sus negocios en Europa.

Si antes estaban en la ruina, ahora mi marido los estaba enterrando en la pobreza y por supuesto, continuaba el conflicto familiar por la relación entre Nayib y el primo de Arthur.

Pero esta vez me conmovió que los Abbud trataran de atentar contra mí en pleno embarazo, a sabiendas de mi pasado y en la situación a la que Nayib me obligó, No sé por qué pensaba que este tipo de gente tendría corazón. Pero le pedí a doña Jasmine a que me ayudara a contactar con mi exmarido aun cuando me expusiera a más peligro. Pero algo me decía que podía confiar en él.

Al cabo de unas horas, doña Jasmine me dijo que ya sabía la manera de hacerlo, pero que tenía que ser en persona, ya que, si rastreaban mi móvil o cualquiera que usara permitirían un nuevo allanamiento tanto de los Abbud o de la justicia española.

-Querida, solo sé que mañana Nayib arribará a Madrid desde París por la tarde. La opción es que llegues hasta el aeropuerto y hables con él, pero es demasiado peligro-, me advirtió.

-Doña Jasmine, necesito hacerlo. Es la única manera de conseguir una tregua, al menos para mí y mi bebé. No quiero más riesgos ni incertidumbres-, le expliqué.

-Te entiendo, Candela. Pero es igual o peor de peligroso lo que intentas hacer. Además, tienes que burlar la seguridad de Arthur, que si se entera, será un problemón más-, agregó.

-Doña Jasmine, confie en mí, por favor-, le pedí.

-No lo sé, Candela. Esta vez no te apoyo. Queda de tu parte correr el riesgo-, me respondió y me dejó sola en mi habitación.

Mi angustia aumentaba, pero tenía que hacerlo a como diera lugar. Así que planeé todo. Ese día, en horas del mediodía fingí ante la seguridad que estaba mal de salud y que debían llevarme de emergencia a algún hospital, lo cual hicieron. Luego fingí que tenía antojos de dulces, específicamente de una supuesta tienda que estaba ubicada en el aeropuerto y logré que me llevaran hasta allá.

Traté de recorrer todo el espacio para hacer tiempo. Les pedía que me dejaran respirar aire puro y otros berrinches que los despistaran, hasta que llegó el vuelo que doña Jasmine había indicado.

El avión aterrizó y con todo el temor del mundo, solo esperaba ver el rostro de Nayib para correr hacia él. Eso sí, les pedí a mis guardaespaldas que necesitaba que despejaran el baño por completo para mí, lo cual les quitaría tiempo y atención sobre mí.

De verdad que estos tipos no eran tan astutos. Los estaba engañando de la manera más fácil y ellos obedecieron todo. En un abrir y cerrar de ojos, pude distinguir a mi exmarido a lo lejos, y entonces emprendí una rápida y disimulada caminata hasta donde estaba él.

-¡Nayib, Nayib! Soy yo, Candela. Necesito hablar contigo-, exclamé mientras me le acercaba.

-¿Qué rayos haces aquí? ¿No ves que nos pueden matar?-, dijo angustiada, aunque sabía que yo estaba sola y le era sincera.

-Nayib, necesito que tú y tu gente bajen la guardia por mi bebé. Te lo pido por lo que más quieras. Tú me conoces, yo te aprecio mucho a pesar de todo. Por favor, ten una tregua conmigo, por mi bebé-, le supliqué llorando.

-Veré qué puedo hacer por ti, guapa. Pero ahora vete. Te haré llegar una respuesta-, me dijo y se marchó enseguida, antes de que me viera su novio, quien nos podía delatar.

Rápidamente me devolví hasta donde estaban mis guardaespaldas. Era hora de salir corriendo de allí. También necesitaba pedirle a Arthur que nos trasladáramos hasta Madrid, definitivamente. Ya no me importaba si teníamos que estar cada uno en sitios diferentes, mi prioridad era la criatura que venía en camino.

Ya más calmada en casa le expliqué a doña Jasmine que habría logrado hablar con Nayib para que intercediera en la situación y su respuesta. Ambas nos tranquilizamos y estuvimos de acuerdo con que lo más seguro era que me protegería de su gente, lo cual sucedió.

A los pocos días recibí un e – mail que decía: “Estarás segura, pero debes cambiar de ciudad cada cierto tiempo”. Palabras que fueron más que suficientes para sentirme segura y que acataría al pie de la letra. Después de todo, confiaba en mi exmarido con quien no quedé en malos términos a pesar de haberme lanzado a los brazos de otro mafioso como un premio.

También acordé con mi marido el nuevo plan y estuvo de acuerdo. En cuestión de una semana ya estaba instalada nuevamente en Madrid. En un departamento lujoso alejado, como siempre, de la muchedumbre. Allí podía respirar paz y tranquilidad a pesar de que no estaba Arthur conmigo.

Ya no me sentía tan dependiente de su figura, definitivamente comenzaba a sentirme mejor sola. Aunque tenía a doña Jasmine como compañía. Precisamente fue ella quien me acompañó a una nueva consulta para saber el sexo del bebé. Era varón, como siempre lo presentí y como a los Adoumieh les encantaría que fuera. Estaba muy emocionada y no esperé un segundo para llamar a Arthur y contarle. Sin embargo, este no contestó. Me tocaba esperar a que devolviera la llamada.

Pasaron las horas y mi móvil no sonaba. Más que molestarme, me preocupaba. Arthur me llamaba todos los días y precisamente ahora no lo hacía, sabiendo que era la fecha en que conoceríamos si nuestro bebé sería niño o niña. Doña Jasmine también estaba preocupada.

Es que los ataques cada vez eran más constantes y sería una mentira no pensar que en el cualquier momento podía caer. Éramos dos sacos de angustias y desgraciadamente no me quedó más que pensar en Michelle. Aunque le dije a mi suegra que fuese ella quien lo hiciera.

Me llenaba de ira pensar que tenía que recurrir a ella para saber de mi marido, pero era más importante eso que mis celos. Lo bueno es que despejó dudas. Arthur estaba en camino a Madrid y por eso quizás se había quedado sin cobertura en el trayecto. Lástima que por querer saber de más, yo misma arruiné la sorpresa con la que venía.

Él quería celebrar conmigo la noticia y pues, sí me sorprendió porque cuando menos me percaté ya estaba en casa con un regalo. Se trataba de una enorme canastilla llena de ropa para el niño. También presentía que sería un varón y mi corazón casi estalla de amor. Me encantaba lo que Arthur hacía, olvidándose de su poca empatía.

Esa noche volví a compartir mi espacio con él. Se sentía bien, como de ensueño. Así que aproveché para sostener una plática con él sobre algo que me inquietaba.

-Arthur, ahora que seremos padres, ¿no crees que podemos pensar en matrimonio?- pregunté tajante.

-Candela, ya te he repetido varias veces que no quiero ni pretendo casarme con nadie. ¿Qué más segura quieres estar de mi compañía? Ya vamos a tener un hijo y no te voy a dejar. Además, solo por ser la madre de mi hijo lo tendrás todo-, respondió luego de un largo silencio.

-No es tu compañía, la cual no está nada asegurada, no seas cínico. Quiero que mi hijo crezca dentro de un matrimonio, coño siempre lo soñé-, le dije para tratar de conmoverlo, aunque sabía que era casi imposible.

-¿No será que tú quieres apoderarte de mi fortuna?- cuestionó con ironía.

-Si me aseguras que solo por ser la madre de tu hijo ya lo tendré todo, ¿para qué querría apoderarme de tu fortuna?-, refuté.

-No me creas estúpido, Candela. Pero no lo sé. Lo pensaré-, mencionó y yo brincaba de alegría por dentro, pero para disimular un poco, cambié el tema.

-¿Y cómo te gustaría que nombráramos al bebé?-, pregunté.

-Se llamará Jorge-, respondió a secas.

-¿Jorge?... No me gusta ese nombre. Mejor pensemos en otro-, le sugerí.

-No. Se llamará Jorge y no cambiaré de opinión. Y ya deberías dormir. El niño tiene que descansar-, sentenció y apagó las luces de la habitación.

Fue demasiado autoritario, pero de igual forma trataría de hacerlo cambiar de opinión. Por ahora, mi plan se casarme estaba un poco más cerca y me enfocaría en ello. Quería lograrlo antes de dar a luz.

Justo cuando ya tenía unos siete meses de gestación y una panza gigante le dije a Arthur que pensaba casarme antes de dar a luz.

-¿¿Qué estás loca, mujer?! Todavía no te he asegurado que nos casaremos. Mejor preocúpate por el parto-, exclamó.

-Pues, yo quiero casarme pronto y ya de esto habíamos hablado-, refuté.

-Candela, vas a hacer que me harte de esto, pero como quieras. Encárgate de organizar todo. Eso sí, la mayor discreción, recuerda que no podemos exponernos a nada-, explicó mientras la emoción me invadía sin poderla ocultar.

-¡Claro que sí mi amor! No te preocupes por ello. Junto a doña Jasmine organizaremos todo... Te amo, Arthur-, dije con los sentimientos a flor de piel.

-Yo también te amo. Lo lograste-, mencionó quien ahora sería legalmente mi esposo mientras me tomaba de la cara para darme un beso en la frente.

No podía estar más feliz. Todo se me estaba dando como quería, como siempre soñé. Al fin me sentía plenamente realizada. Pero era momento de poner manos a la obra con todo lo que se nos venía.

En tan solo un mes organizamos la ceremonia. Fue en nuestro hogar, con pocos invitados, pero con muchos lujos. Mi vestido era como el de una princesa de cuento de hadas, de color piel, decorado con cristales de swarovski y piedras preciosas, con una cola que ocupaba toda la pista.

A pesar de todo, fue una celebración por todo lo alto y sin peligros. Afortunadamente la ocasión no se prestó para atentados ni contratiempos, incluso, aunque Michelle estuviera presente. No puedo negar que todavía lo recuerdo como uno de los mejores días de mi vida.

El siguiente acontecimiento sería el nacimiento de mi hijo. Lo mejor que me ha pasado en la vida. Por más dinero, joyas, ropa, coches y propiedades que tuviera, solo cuando sentí el latido del corazón de mi hijo y vi su rostro por primera vez, entendí que no hay nada más importante que eso. Entendí el significado de la vida.

Para ese momento si no conté con la presencia de Arthur. Seguía huyendo y despistando a sus enemigos y por ser una fecha clave, lo mejor era que estuviéramos en diferentes sitios.

Yo estaba en Madrid y el, quien sabe dónde. A pesar del matrimonio y el bebé, mi marido no había cambiado mucho. Solo se dejaba llevar por algunos momentos emocionales cuando le convenía. Sin embargo, ahora mi única prioridad era Jorge, mi hijo.

-Es tan hermoso, Candela-, fueron las primeras palabras de doña Jasmine cuando vio a su nieto.

-Es lo más bonito que he visto en toda mi vida. Lo juro-, le dije a mi suegra con lágrimas de alegría corriendo por mi rostro.

-Arthur estaría tan emocionado por verlo- se lamentó doña Jasmine.

-No se preocupe, ya lo conocerá-, respondí para hacerla sentir un poco mejor.

-Mañana llegará a Madrid. Ya me lo confirmó-, agregó.

-Sí, ya tenemos todo listo-, mencioné.

Mi niño había nacido muy sano, rozagante. Era un bebé precioso. Rubio natural como su padre, pero con mayor nobleza. Me encargaría de enseñarle mejores valores, pero era indudable que llevaría esa casta de líder, heredero de una gran fortuna proveniente de la mafia, lo que me hacía temer por su destino.

Al siguiente día finalmente Arthur llegó hasta la clínica para conocerlo y llevarnos a casa. Estaba completamente rendido ante el bebé. También lo recibió como el tesoro más preciado que ahora tenía, más que los montones de dinero que almacenaba y no me puedo quejar, mi querido esposo sí se supo dedicar a nuestro Jorge.

CAPÍTULO V

Los meses iban corriendo y así el crecimiento de Jorge Adoumieh Martínez, nuestro gran tesoro. Pero a la vez decrecía mi matrimonio con Arthur. Cada vez se prolongaban más sus idas a Valencia, donde supuestamente dormía. Luego fui descubriendo que lo hacía en mis propias narices o incluso, fuera del país. Arthur era el mismo cretino que había conocido hacía casi cuatro años atrás.

Nuestras noches de pasión eran escasas. Se resumían a un simple polvo. A veces hacíamos retumbar las mesas y sillas como si una nave espacial estuviera aterrizando en la habitación y me encantaba, pero el resto era como para no perder la costumbre.

Solo para liberar endorfinas o recordarme que era mi hombre. Pero yo me sentía que no era suya. Esa dicha que había tenido unos meses tras por el matrimonio se había acabado. Aunque ya tenía todo a mi favor. Hijo, documentos de matrimonio y gran parte de la herencia asegurada.

Sí, me felicidad se había ido al demonio, pero seguía viviendo bien y dándole lo mejor a mi hijo. La única razón que me mantenía en pie, incluso después de haber visto algo que me terminó de destruir por dentro.

Luego del último atentado y la amenaza de muerte que tuve me instalé en Madrid por más de un año. No había salido más hasta que se me ocurrió darme una escapada a Valencia, donde viví antes. Eso sí, lo hice sin el consentimiento de Arthur y la complicidad de mi suegra. Sabía que me conseguiría algo que ya sospechaba.

Un jueves por la tarde llegué a la casa, que todavía conservaba las viejas cerraduras. Las mismas que dejé antes de regresar a Madrid, así que no fue ningún inconveniente para entrar, mientras doña Jasmine esperaba en el coche con mi bebé.

En la sala se escuchaba un ruido, era música y varias voces. Estas venían justamente de la parte de arriba, donde estaba la habitación principal. Me fui corriendo hasta allá, pero al abrir la puerta no hallé nada en el cuarto, más que una bata de baño de Arthur encima de la cama, porque obviamente la fiesta era en el jacuzzi.

Allí sí entré como todo un demonio para encontrarme a mi marido dentro del mismo con cinco mujeres desnudas que le servían tragos y le daban a lamer sus pezones, sexo y todo el cuerpo. Una orgía para mi marido, quien gritaba a todo pulmón: ¡Drogas, sexo y Rock and Roll!

-¡Por un demonio! ¡¿Qué haces aquí, Candela?!-, exclamó en medio de su borrachera.

-Vine a terminar de entender que eres un maldito hijo de puta-, respondí, mientras él ordenaba a las prostitutas a que se salieran de la casa.

-Candela, pudiste haber evitado esto. ¿Por qué no avisaste que venías?-, preguntó.

-¿De verdad me crees tan idiota como para hacer eso? Sabía que me encontraría con algo así, por eso vine sin avisar, imbécil-, refuté.

-¡Joder, Candela! Mejor vete, ¿sí?-, agregó.

-Es que me largo de aquí. Me das asco. Me regreso ya mismo a Madrid-, le dije y salí del lugar.

Pero no quedó conforme y me persiguió para decirme que también se devolvería y allá tendríamos

una conversación al respecto.

Con mi cabeza en alto le dije que no se preocupara, que podía hacer lo que le diera la gana. No pensaba amargarme más por ese gilipollas. Ahora sería otra.

Inevitablemente tuve que contarle a doña Jasmine el episodio que acaba de presenciar y pues, se lamentó. Me pidió que fuera fuerte y que no me dejara pisotear más.

Aunque me importaba muy poco, porque con eso fue suficiente para acabar con el escaso amor que quedaba en mi corazón, le hice creer que estaba destrozada. Me aseguró que hablaría con él exigiéndole respeto hacia mí, pero no le creí demasiado. Al fin y al cabo era otra cretina más. Desde ese día juré que ahora sí iba a por todas.

Pasaron tres años y solo el papel que firmamos nos mantenía unidos. Arthur seguía con su vida de excesos y yo viviendo como la mujer de un mafioso, a lo que estaba acostumbrada. Sin una pizca de amor... De su parte. Me atreví a buscar lo que Arthur no me daba en otro hombre.

Fue así como uno de sus guardaespaldas se convirtió en mi amante. Un chico un poco menor que yo, pero con tanta experiencia sexual que me satisfacía como yo lo necesitaba. Me hizo sentir mujer nuevamente. Mi cuerpo era su santuario y hacía con el lo que sus manos quisieran, mientras yo lo hacía tocar el cielo en cada cabalgada, en cada felación, en cada masturbación. Nuestros momentos de pasión eran tan buenos como peligrosos.

Es que Miguel, como se llamaba, burlaba hasta al mismo Arthur en su cara. Recuerdo que una vez, cuando pasó una semana con nosotros en Madrid, aprovechó en una de sus siestas para abandonarlo y meterse en mi habitación. Yo también estaba dormida, pero con besos en mi sexo me despertó. Enseguida sentí una calentura tremenda y me arranqué la ropa interior.

No llevaba más encima. Al verme extasiada introdujo sus dedos adentro de mí con fuerza para hacerme jadear. Alternaba su lengua con sus dedos y en cuestión de segundos me corrí. Luego me dio a probar de mis propios jugos y se marchó como si no hubiera pasado nada. Me dejó desnuda sobre mi cama y recordando cómo esos ojos verdes miraban llena de placer... ¡Ooh, cómo me derretía ese chaval!

A todas estas, Michelle se había convertido en la amante oficial de Arthur. Una cruz con la que debí cargar por un tiempo. Una vergüenza que me invadía y de la que solo podía liberarme si rebelaba que yo también tenía quien me hiciera sentir mujer. Pero llevaba las de perder y no quería arriesgarme a nada, ni perjudicar a Miguel.

Fueron dos años más de un matrimonio fingido, una familia de mentira, amantes, derroche de dinero y el principio del fin. Lo que más me preocupaba era el ambiente en que el crecía Jorge, quien ya tenía cinco años y era muy curioso.

-Madre, ¿por qué papá está fuera de casa tanto tiempo?-, era una de las preguntas que por más que respondiera de mil maneras, ninguno lo convencía.

-Amor, porque tiene mucho trabajo en todo el país. ¿Y sabes cuán grande es España?-, le decía.

-Como para recorrerlo en millones de años, madre. Ya me lo has dicho millones de veces-, respondía el niño, que no tenía nada de tonto.

-Ay, mi pequeño. Ya pronto viene. No te desesperes-, agregué.

-Está bien. Es que lo extraño. No me gusta que esté fuera de casa tanto tiempo-, me decía mi

pequeño.

-Ya vendrá por ti, te lo aseguro-, le comentaba para llenarlo de esperanzas.

Arthur pasaba casi tres semanas por fuera y venía de a ratos a casa. Siempre con la excusa de sus negocios. Que aunque tenía mucha razón, también era porque Michelle hacía todas las patrañas posibles por mantenerlo alejado.

Un día Jorge se dio cuenta que pasaba mucho rato con Michelle y se lo reprochó. Desde entonces, evitaba pasar tanto tiempo sin ver al niño por estar con la zorra esa. También fingía que me hacía cumplidos. Pero solo era para que nuestro hijo pensara que tenía unos padres que se amaban. Me entristecía lo que vivía mi pequeño a diario, pero no había remedio. Ya no.

Por si fuera poco, una vez vio cómo su padre se enfrentaba a sus enemigos de toda la vida y quedó aturdido. Fue entonces cuando volví a contactar con Nayib para pedirle que por favor, ahora protegiera a Jorge y no a mí, lo cual también aceptó, pero con un propósito del cual no me percataba.

Ante mi preocupación, Miguel también me prometía que cuidaría de la vida de mi hijo muchas más que la de Arthur. Es que este hombre estaba perdidamente enamorado de mí. Como nunca lo había sentido antes con nadie. Me gustaba su amor, pero yo no quería cambiar lo que ya había logrado.

Miguel no tenía más que ofrecerme y no solo de amor vive el hombre, así que le pedía que no llevara la relación al límite. Que así estábamos bien y el pobre se conformaba. Pues, también sabía que escaparse conmigo sería su sentencia de muerte.

-Candela, yo correría el riesgo por tan solo entregarme a ti. No me importa tener que esconderme, tener que huir, pero te prometo que te daría todo lo que te mereces a ti y a tu hijo-, me dijo.

-Miguel, entiendo que quieras más que esto. Más que momentos de sexo, pero irme contigo sería provocar que Arthur ordene tu cabeza y la mía. ¿Y qué será de mi hijo?-, le expliqué.

- Yo sé a dónde podríamos irnos. Recuerda que también he trabajado con otros mafiosos. E incluso, podrían ayudarnos-, refutó.

-No insistas. No quiero riesgos. Si no te parece es mejor que dejemos todo hasta aquí, sino confórmate con lo que podemos tener hasta ahora-, mencioné.

-Candela, pero yo te amo-, insistió.

-Esto me lo temía, pero no te preocupes. Ya se te pasará-, le dije despiadadamente.

Nada me haría cambiar de opinión. Ni incluso, el amor verdadero que me daba. La vida que había construido me había dejado sin sentimientos. Los únicos que me quedaban eran para mi hijo y aun así, lo condenaba a tantas tristezas, solo porque contara con dinero y buena vida económica para el resto de sus días.

Pero con todo y eso, Miguel no se rendía. Nuestras noches de pasión seguían con tanto fervor que hasta el mismo Arthur sospechaba que algo pasaba conmigo ante tanto rechazo de mi parte cada vez que nos tocaba intimar como marido y mujer. Definitivamente ya no quería estar con él.

-Estás tan rara. Frígida. No me satisfaces-, me dijo el muy cretino luego de masturbarse frente a mí para poder correrse.

-No tenía ganas de tener relaciones-, respondí.

-Siempre quieres, nunca te me habías resistido-, mencionó.

-Bueno, ya me cansé de tus rutinas sexuales. Siempre es lo mismo, además, que lo hacemos de vez en mes. Te perdí el apetito sexual, Arthur-, le aclaré.

-No, tú debes estar enferma. Yo siempre me destacó, siempre he te dejado satisfecha. No me vengas ahora con esas ridiculeces. Si alguien no funciona aquí, esa eres tú. No me jodas-, insistió mientras caminaba hacia el baño.

-Qué ganas me vas a dar si cuando te veo lo primero que imagino es tu cara de imbécil cuando te estás follando a cualquier puta que se te arrime, a la zorra de Michelle. ¿O es que crees que soy de memoria corta?-, grité desde la cama.

-¡Ah, con que es eso! Me quieres castigar sexualmente. No sé a qué juegas. Sabes muy bien que si no me satisfaces puedo buscar a cualquiera de esas putas-, me recriminó.

-Puedes hacer lo que se te venga en gana. No me importa-, recalqué con mucha sinceridad, aunque él no me creyera.

-¡Ja! Eres una amargada. Mejor me voy a otra habitación. No quiero escucharte-, sentenció y se marchó.

Fue lo mejor que pudo hacer. Yo tampoco quería tenerlo cerca ni un solo centímetro. No me importaban sus palabras, pero sí me removió la vez que lo conseguí con Michelle. En ese entonces todavía estaba enamorada suyo y fue la peor traición que me pudo haber hecho.

Como estaba de regreso a casa para pasar unos meses “en familia”, se me ocurrió organizar un viaje a mi sola con la excusa de conocer el Caribe con unas amigas y por supuesto, pediría de guardaespaldas con Miguel. Necesitaba seguir alejada de Arthur. Ya lo tenía todo listo.

Doña Jasmine se encargaría del niño y su padre también. Ya le tocaba. Pero por el contrario, mi marino me arruinó todos los planes. Pretendía que estuviéramos juntos todo el tiempo. Es que claro, ahora no soportaba mi rechazo y de una u otra manera quería que me mantuviera allí aunque lo nuestro ya era un desastre total. Quizás hasta lo hacía para jorobarme la existencia.

Sin embargo, no podía quedarme con esas. Así que me inventé de todo para salir por largas jornadas todos los días, aprovechando que de igual manera Miguel ahora era mi guardaespaldas personal.

No solo tomábamos las escapadas para tener el sexo más pasional y erótico, también eran momentos para disfrutar de algunas comidas, películas en el cine y hasta compras, como una pareja común y corriente, pero a la vez aguardando las apariencias. Total, juntos teníamos que estar siempre. Solo que nos sucedió algo que no debió pasar. O mejor dicho, alguien como Michelle no debió ver nunca.

En un momento en el que disfrutábamos de unas malteadas en un restaurante poco popular de la ciudad, inesperadamente Michelle estaba en el mismo lugar. Al percatarme de que estaba a unas cinco mesas de nosotros rápidamente le dije a Miguel que nos fuéramos, pero no estaba segura si me había visto con él en esa faceta o no. Pero antes de confirmarlo, me fui. La incertidumbre me estuvo retumbando de camino a casa.

Es que cuando uno peca es inevitable pensar que ya lo tienen descubierto, aunque sea todo lo

contrario. Obviamente llegué al departamento con mucho miedo. El primero en ver fue al mismísimo Arthur.

-¿Dónde estuviste toda la mañana, Candela?- preguntó tajante.

-Estaba comprando unas cosas. ¿Por qué?-, respondí un tanto titubeante.

-¿Qué cosas? No te veo con tantas bolsas para lo que tardaste-, me interrogó nuevamente.

-Ropa. Ya sabes que puedo tardar horas para elegir una simple camiseta para dormir-, mencioné.

-Me parece extraño que justo ahora que tengo más tiempo para estar contigo y el niño, ahora no quieras parar en la casa-, agregó.

-Y a ti ahora todo te parece extraño. Claro, pero qué vas a saber tú si apenas pisas este hogar-, le recriminé.

-Candela, no vayas a seguir con tus reproches. Me molesta cuando se te olvida qué clase de vida tengo-, explicó.

-Bueno, entonces deja el interrogatorio-, aproveché para que dejara de preguntarme antes de que los nervios me hicieran colapsar.

-Haces un drama solo por un par de preguntas. Como si escondieras algo-, dijo y yo casi muero.

-Para nada. No te miento-, respondí más nerviosa.

-Bueno, ve a prepararte para el almuerzo. Lo preparó mi madre-, agregó y le obedecí. Fue entonces cuando pude respirar profundo. Hasta ahora, Michelle no habría dicho nada si fue que me pilló con Miguel.

Pero justo cuando ya me iba a dormir con mi marido, el móvil casi me estalla con una serie de mensajes de Michelle. Sí me pilló completita.

Michelle: Te veías muy feliz y acaramelada con el guardaespaldas. Parece que ahora si te juntas con alguien de tu calaña. Bienvenida al mundo de las zorras.

Yo: No sé de qué me hablas, estúpida.

Michelle: No te hagas la tonta, Candela. Te vi esta mañana con el guardaespaldas mientras te paseabas por un restaurante y ya te había pillado en un mall. Estás descubierta.

Yo: No sé de qué hablas. Se te olvida que no soy una cretina como tú y sí trato bien a mi servidumbre.

Michelle: No inventes excusas. Te vi acaramelada. Te estás follando a tu seguridad. Eres una perra infiel. Me encantaría ver la cara de Arthur cuando lo sepa.

Yo: Dile lo que se te dé la gana. Estás inventando todo.

Michelle: Prepárate para que te dejen sin amante.

Con ese último mensaje me dejó perpleja. Sabía que era lo más probable que sucediera, así que apenas al amanecer le advertí a Miguel y le pedí que huyera, que salvara su vida, pues la mía ya estaba sentenciada.

De alguna u otra forma le rogaría a Arthur que no me asesinara a cambio de hacer lo que me

pidiera. Pero Miguel no quería huir solo, pretendía que me fuera con él, algo que jamás haría, Prefería morir.

-Miguel, por favor vete. Olvídate de mí. Ya te dije que nuestro amor es imposible. Ve y sálvate. Ya encontrarás a alguien más-, le dije.

-No, Candela. No me quiero ir sin ti. Y si es así, pues también prefiero que Arthur me mate-, aseguró.

-¡Que no! No me voy a ir contigo y tampoco permitiré que arruines tu vida por mí. No vale la pena-, le expliqué.

-Nada me hará cambiar de parecer, Candela-, insistió.

-Mira, yo no te amo. Yo solo estoy contigo por el sexo, por satisfacerme. Por llenar el vacío que Arthur ha provocado en mí, pero no hay más que eso. De hecho, sigo perdidamente enamorada de mi marido. Te engañé, Miguel. Entiende-, fue lo primero que se me ocurrió decirle a ver si se convencía de una vez por todas que tenía que salvar su vida.

-No te creo, Candela. No me digas eso. Peor se me está ocurriendo una mejor idea-, refutó.

-¿Cuál será, Miguel?-, pregunté.

-Matar a Michelle. Tú sabes perfectamente que lo puedo hacer-, mencionó y sí que era buena idea.

CAPÍTULO VI

Me dejó pensando en esa posibilidad. Que también tenía sus riesgos. Ella estaba muy bien protegida, pero no era imposible. Solo de planear bien y de inmediato, antes de que se le fuera la lengua y le contara todo a mi marido. Entonces acepté la propuesta de Miguel. Ese mismo día por la tarde pensamos en llevarlo a cabo. La idea era ocupar a Arthur todo el día y quedarme con él para evitar sospechas.

Mi amante se encargó de pedirle a uno de sus compañeros que pidiera el cambio de guardia para que el quedara libre a la hora pactada y así poder cometer el asesinato. Incluso, había quedado con uno de los guardaespaldas de Michelle, quien era muy amigo suyo para que lo ayudara. Yo le daría una alta suma de dinero para que lo permitiera. Asimismo, hacer creer que fue parte de un atentado. Después de todo, ¿quién diría lo contrario, tratándose de una mujer de la mafia?

Justo después del desayuno le dije a Arthur para pasar un día de piscina en nuestra antigua casa de Madrid, en la que ya no corríamos tanto peligro como antes, y afortunadamente aceptó.

Le inventé que estaba arrepentida de haber desaprovechado los otros días y quería recuperarlos, pues, nada mejor para el niño que estar con sus dos padres. Además, doña Jasmine, como siempre tratando de mediar, se unió a mi idea y me dio todo el apoyo. Puntos a favor. Mientras tanto, mantenía informado a Miguel para que agilizara sus movimientos.

Michelle ese día tenía que salir de la ciudad por cuestiones de negocios. Pero antes, atendería a unos clientes, por lo que sería el momento preciso para emboscarla y dispararle. Sin embargo, no sería tarea fácil. No toda la seguridad estaba al tanto y seguramente reaccionarían. Ese era mi temor, porque de igual forma Miguel corría peligro, aunque en el fondo confiaba en sus habilidades. Por algo mi marido lo había nombrado como su guardaespaldas principal.

Yo me preparé junto al niño y a mi marido para partir a la piscina. Trataba de evitar quedar a solas con Arthur para no llegar a otro interrogatorio en el que me pudiera revelar que sabía lo de mi infidelidad. Sabía que su maldita amante habría sido capaz de decírselo en cualquier momento. Cualquier situación me causaba estrés, pero tenía que disimular a por todas.

En el camino hacia el departamento pude escuchar que el móvil de Arthur sonaba y mi angustia aumentaba con el sonido. ¡Contesta de una maldita vez! Le dije a mi marido y este me miró con cara de incomodidad. Al parecer, no había nada de qué preocuparse. No tenía nada que ver conmigo.

Luego de que llegáramos a nuestro destino me relajé un poco. El estar con la familia y el momento me despejaron un poco la mente. También, en cuanto tuve oportunidad tomé el móvil de Arthur y le derramé una bebida encima de manera que pareciera accidental, con el fin de dañarlo para evitar lo que podría ser inevitable y así quedarme tranquila por mucho más rato.

Las horas corrían lento y todavía no tenía señales por parte de Miguel. Algo estaba atrasando la operación. A los pocos minutos, me informó que la reunión con los clientes se estaba demorando, al parecer, por desacuerdos. Lo que también podría ayudar a que fuera una excusa al momento de que fueran interrogados por mi marido, porque lo haría.

Mientras tanto, nosotros seguíamos pasándola bien en familia. Al fin veía a mi hijo más feliz que nunca y no podía evitar sentirme vulnerable al ver sus ojos llenos de alegría. Por la mente recordé

mi pasado, a aquella chica pobretona que apenas tenía para comer y cuidar de sus hermanitos, que ya no sabía qué habría sido de sus vidas.

Todo lo que dejé atrás y todo lo que tuve que pasar para llegar a donde estaba en ese momento. También se me venía a la mente la posibilidad de que en algún momento ver los ojos de mi hijo de cinco años ya no podría ser posible. En este tipo de mundo al que me entregué a los 18 años era así de cruel. Podía ser yo la asesinada, o incluso mi pequeño Jorge, a manos de enemigos y no tan enemigos. El dinero aquí valía más que una vida.

Entre tanta pensadera y melancolía me percaté de que tenía mensajes de WhatsApp. Mi corazón sobresaltó. No sabía qué esperar.

Número desconocido: Hola. Soy Nayib. Te informo que hice un trato con tu marido para saldar un par de deudas pendientes. Lamentablemente ya no te podré protección ni a ti ni al pequeño Jorge.

De momento no respondí, no entendía ese mensaje y además, estaba recibiendo una llamada. Era Miguel para decirme que ya estaban accionando el plan. Michelle estaba a punto de salir de su reunión. En dos horas nos veríamos en el departamento, a donde volvería para supuestamente continuar con su guardia. Colgué y fue entonces cuando mi hijo se antojó de que lo acompañara a comer.

Era hora de disfrutar de un banquete. Eso me ayudó para relajarme hasta esperar la noticia que más me interesaba por los momentos. Sin embargo, Arthur buscó su móvil, el cual no estaba dañado y por el contrario, tenía llamadas entrantes.

-¡Candela! Vístete que nos vamos. Deja al niño con mi madre-, dijo Arthur con una voz serena. De inmediato imaginé que algo había salido mal.

-¿A dónde vamos, amor?-, pregunté con disimulo, haciéndome la que no entendía nada.

-Vamos a resolver un problema ahora mismo-, refutó.

-Pero dime a dónde. Ya sabes que me gusta a ir acorde a la ocasión-, seguía vacilando.

-Ponte lo que te de la puta gana, pero apúrate-, sentenció.

Ahora sí estaba casi muerta del miedo. Sabía que estaba al descubierto. Que el plan estaba arruinado. Lo último que hice fue darle un fuerte abrazo a Jorge, ya no sabía cuál sería mi destino, ni el suyo. Aguantaba las lágrimas.

Nos embarcamos en una de las camionetas y efectivamente, llegamos hasta donde estaba Michelle. Resulta que salió ilesa del atentado y sus más allegados de seguridad delataron a Miguel. Lo tenían amarrado y golpeado, esperando a que Arthur llegara.

-Al fin llegas, amor. Aquí está el maldito que intentó matarme. Míralo bien, es tu mayor hombre de confianza, el que se folla a tu mujer, ¿sabes? Este infeliz se folla a tu mujer en tus narices. Yo misma los vi ayer en un restaurante muy acaramelados-, le dijo la zorra a Arthur a los cuatro vientos, en el estacionamiento de su oficina, donde sucedió la escena más espeluznante que jamás había visto hasta el momento.

-Con que este es el hijo de puta que me ha estado viendo la cara de idiota todo este tiempo. Ahora entiendo por qué esta zorra me rechazaba-, iba relatando Arthur hasta llegar a Miguel para golpearlo aún más. Haciéndole brotar sangre de su rostro.

-Así es, Arthur. Y para colmo, quería matarme. Supongo que para tapar la mentira. Pero aquí lo tienes. ¡Asésinalo!-, lo incentivaba.

-Pero no sólo él tendrá su merecido. ¡Ven aquí, zorra!-, exclamó y vino a por mí que estaba en el otro extremo.

Arthur me tomó del cabello y a la fuerza me llevó hasta tenerme en frente de Miguel. Allí me arrodilló, sacó su miembro y delante de todos me hizo chupárselo. “Así es que le gusta a esta zorra que la estimulen”, le decía en forma de burla. Yo lloraba ante la humillación y el miedo de no saber lo que harían Arthur y Michelle.

Cuando se cansó de abofetearme con su virilidad, me levantó y me lanzó sobre Miguel. Como pude me levanté, pero nos tenía apuntados a ambos. Michelle reía desde sus espaldas y yo me llenaba de coraje. Finalmente se estaba saliendo con la suya. Se quedaría con mi marido, con la fortuna y hasta con mi hijo, pero no lo podía soportar.

Le rogué a Arthur que no me asesinara, que lo hiciera por nuestro hijo, Le dije que estaría dispuesta a renunciar a todo lo que me pidiera, pero que me dejara con vida para cuidar a Jorge. Pero mis súplicas fueron en vano. Sin pensarlo, disparó hacia la frente de Miguel, dejándolo destrozado en el sitio. Yo solo pude gritar y me fui hacia él, creyendo que podría hacer algo. Caí al suelo llorando y entonces vi cuando Michelle le arrancó el arma a mi esposo y se venía sobre mí.

En ese momento la rabia y el valor fueron mis mejores aliados. Miguel había dejado su arma en el suelo, la tomé de inmediato y fui más rápida que Michelle. No me pesó el pulso para dispararle tres veces sin fallar. Cayó arrodillada y no olvidó decirme “maldita” antes de dejar de respirar.

Arthur quedó perplejo, pero sin que se le removiera una fibra. También me subestimó una vez más, como le encantaba hacerlo. Se le olvidaba que sí lo amé, que sí estuve dispuesta a darle calor humano, familiar y que cuando más le rogué, más se afincó que humillarme y desvalorizarme.

Nada de eso se me había olvidado. Así, llena de rencor y sangre, tampoco me tembló el pulso para vaciar las balas que quedaban en su cuerpo. Otros tres disparos contra su humanidad acabaron con su maldita vida. La que había hecho infeliz la mía en tan poco tiempo.

Sus guardaespaldas trataron de agarrarme, pero les advertí que no intentaran hacerme algo, pues, ahora yo era su ama y debían obedecerme.

Esa tarde los mafiosos árabes más peligrosos del país estaban de baja y ahora yo era la cabecilla de los Adoumieh y los Kalaouz. Una simple pobretona que había sabido escalar en ese mundo tan despiadado.

De inmediato les pedí que me llevaran hasta donde mi hijo y mi suegra y que todo fuera manejado como ajuste de cuentas, yo me encargaría de la familia. Sin embargo, al llegar al departamento doña Jasmine estaba hecha un mar de llanto. No podía explicarme nada y eso que todavía no le daba la noticia de la muerte de su hijo.

-Candela, Candela. Se han llevado a Jorge y no lo pude evitar-, mencionó como pudo.

-¡¿Pero cómo, doña Jasmine?! No la entiendo-, fue lo que pude exclamar al momento. Sentía que el mundo se me iba.

-A Jorge, Candela. Se lo llevaron Gregory y Nayib, tu exmarido- explicó empapada en lágrimas.

-¡No puede ser! Me lo quitaron, Y me lo había advertido. ¡Maldita sea!-, le respondí.

Luego de revisar nuevamente mi móvil, me percaté de que no terminé de leer los mensajes de Nayib, en donde me explicaba que había acordado con Arthur un par de horas atrás que le dejaría a Jorge para que lo criaran, ya que, querían adoptar a un niño.

Arthur siempre fue con la intención de asesinarme y sabía que podía morir. Lo hizo en forma de venganza por si quedaba viva. También como una manera de hacer una tregua para que los Abbud dejaran de perseguir al resto de la familia Adoumieh.

Lo que no se percató es que yo no me daría por vencida. Ahora que me había convertido en una verdadera mujer de la mafia, que no se la pensaba dos veces para asesinar a quienes se le atravesaran por el camino, les declaraba la guerra a quienes estuvieran detrás del robo de mi hijo.

Incluyendo a Gregory y al mismo Nayib. Estima no les tenía. Jorge se convirtió en mi caza. No descansaría hasta tenerlo nuevamente conmigo y así me entregué a un mundo que no tiene retorno, donde la única salvación es la muerte.

Álex Maravilla

Y la Hija de su Mejor Amigo

CAPÍTULO I

Finalmente había llegado el viernes, de los días con más trabajo en la oficina. Me gustaba, porque también era el momento en que podía darme un respiro de tanta gerencia en mi trabajo, pero justamente ese día estaba distraído en otra cosa que no era precisamente la fiesta.

Un par de días antes había tenido una noche de sexo con mucha lujuria y pasión, como las que me gustaba tener, pero esa fue distinta. No estaba seguro de si lo que sentía era ternura o amor, pero sí me embargaba la nostalgia.

A mis 36 años y con una vida llena de experiencias buenas y malas, me sentía confundido porque no podía definir ese sentimiento extra que me estaba nublando la mente. Lo único que podía definir es que la mujer con la que estuve era diferente a todas.

De joven fui una bala perdida. Mi vida era alcohol, motos, sexo, algunas drogas y una decepción para mi familia. Entre resacas y noches de juerga, logré graduarme en administración y dirección de empresas de rebote, solo para que a mi madre no le diese un infarto.

Sin embargo, no fue nada en vano, mi única bala funcionó de maravilla. Y es que me endeudé hasta los huesos para poder fundar “Maravilla”, una empresa de fiestas capaz de conseguirte lo que quieras: strippers, gíbolos, alcohol, barcos, yates, hoteles... nombra lo que quieras y te lo hacemos realidad.

Así, con esfuerzo y manteniendo la línea de la diversión no sé cómo he terminado convirtiéndome en un multimillonario de traje y corbata, con actitud de tiburón en la oficina... Y también en la cama. Todo el mundo sabe de mi reputación, y saben que, si quieren divertirse, soy necesario.

Hasta aquí todo marcha bien, pero lo que me tiene en tres y dos es algo que me sucedió hace poco cuando me invitaron al cumpleaños de Alessa, la hija de mi socio Rubén Vallejo. Aunque al momento me pareció una buena oportunidad para reunirme con Rubén y hablar de nuevos negocios, luego deseé no haber aparecido.

Alessa es la mujer más despampanante que he conocido. Alta, delgada, de piel canela y cabello largo negro hasta la cintura. De el primer momento en que la vi cada fibra de ella, desde sus curvas hasta sus labios me invitaban a hacerla pedazos. Y aun así, cuando abrió la boca, descubrí a la vez cómo podía proyectar inocencia, pero a la vez deseo, obediencia pero insumisión.

El problema era por ser la hija de mi mejor amigo, el hombre con el que fundé “Maravilla”, pero no podía evitarlo. Siempre he sido un depredador, y aquella chiquilla que estaba conociendo y que apenas pasaba los 20 años, iba a ver de qué estaba hecho un hombre de verdad como yo. Así que comenzó mi juego de seducción y en un par de días la metí en mi cama.

Estaba acostumbrado a presas fáciles, que sabían muy lo que les podía dar sin caer en ilusiones de compromiso y en un principio es lo que hubiera querido que pasara con Alessa, pero el que cayó en su propio juego fui yo por subestimar su juventud.

La noche en que esa chiquilla se escapó a mi apartamento fue una locura. Estaba a punto de irme a dormir cuando la tenía en la puerta de la casa. Con una sonrisa enorme y llena de adrenalina.

-Aquí estoy, Álex. Tal como lo prometí-, pronunció mientras me dejaba perplejo por la hazaña que acaba de hacer solo para demostrarme que podía hacer lo que quisiera.

-Pasa adelante, guapa. Arriesgada, me gusta-, le dije mientras la invitaba a pasar y me deleitaba mirándole su cuerpo de puta madre que apenas lo cubría un vestidito negro a través del cual se le marcaba el culo y sus pechos.

-Salí desde temprano y le dije a papá que me quedaría a dormir en casa de mi mejor amiga. Si se entera que estoy aquí nos corta la cabeza-, comentó entre risas.

-De mi parte no se enterará nunca, muñeca. ¿Quieres un trago? En tu cumpleaños me di cuenta que te gusta el vino aquí tengo uno que te encantará-, le dije.

-¡Madre mía, qué observador! Claro que me gusta. Por favor, sírvenme una copa-, respondió y entre una y otra nos pusimos más cómodos.

Alessa era una joven encantadora, con la que podías conversar de todo un poco, a pesar de que a veces podía ser un poco torpe, pero a la vez era una inocencia de esa que te hace falta para refrescarte de tanto trabajo y una vida llena de rutinas.

Poco a poco fuimos llegando al tema de las relaciones. Le confesé que a estas alturas de mi vida, me había concentrado tanto en la empresa que había dejado de lado mis relaciones de pareja, pero que no me agobiaba estar solo porque el amor de mi vida llegaría cuando menos lo esperara. Palabras suficientes para convertirme en un desafío, tal cual me lo dijo.

-Y ¿qué tal si yo fuese el amor de tu vida?-, preguntó con picardía.

-Alessa, estás muy joven para enamorarte, ¿no crees?-, respondí.

-Para el amor no hay edad y no le tengo miedo a ello. Me gusta vivir la vida al máximo, aunque tenga sus consecuencias-, agregó.

-Así que quieres ser esa mujer que acabe con mi soltería-, mencioné.

-No sé si la de tu vida, pero sí me gustaría ser tu mujer. Al menos por ahora. Eres como un desafío y también me gusta el peligro-, asestó con seguridad y fue el momento preciso para atacar.

Esta niña estaba buscando lo que yo también. Ya estando tan cerca la tomé delicadamente por el cuello para besarla. Sus labios rojos eran dulces, deliciosos. Besaban muy bien. De inmediato, me puse duro. Era difícil aguantarme ante semejante hembra con actitud arrolladora y nada de mojigaterías.

Entre besos y besos, mis manos fueron palpando sus curvas. Unas nalgas bien trabajadas y una cintura de avispa como para no soltar, mientras que sus pechos chocaban conmigo y por supuesto, no pude evitar rodear hasta abordarlos. En vista de que le gustaba la invité a ver las estrellas.

La conduje hasta mi alcoba y abrí el ventanal. Desde el balcón se aprecia toda la ciudad de Madrid bajo la luz de la luna y un cielo estrellado de admirar. Mientras ella las contemplaba, mis

manos nuevamente bordeaban su cintura y su espalda y cuello recibían mis besos.

La lamía, acariciaba con deseo. Mis bajos instintos estaban a flor de piel y si en algún momento Alessa pensó en escapar, ya era demasiado tarde. Me arranqué la piel de cordero y saqué la fiera que soy.

Le subí el vestido para apretarle ese gran culo que se gastaba y hacerle sentir entre sus nalgas mi erección. Así, mis manos quedaron libres para sacarle los senos y apretarle los pezones, en los cuales, tenía perforaciones. Al tocárselos, mi perversidad se aceleró, la voltee para sumergirlos en mi boca.

Con la punta de la lengua recorría sus rosados pezones. Ella jadeaba y decía que estaba mojada, me lo susurraba al oído. Estaba loca del deseo, momento perfecto para meter mis dedos dentro de ella y sentir su calentura, pero apenas intenté quitar sus bragas, me dijo en voz muy baja que era virgen.

La verdad es que no me importó, yo quería estar con ella. Así que nos fuimos a la cama y le pregunté si estaba segura de hacerlo. Me asentó que sí con la cabeza. Busqué un condón en una de las mesas de noche junto a la cama y comenzó la acción.

Le aseguré que no se arrepentiría de nada. Después de todo, no era la primera y llegué a pensar que tampoco sería la última.

Terminé de desvestirla delicadamente. La llené de besos para que se relajara y se entregara sin miedos al éxtasis. Desde sus labios, fue bajando por su cuello, su pecho, me concentré un rato más en sus senos.

Me enloqueció con esas perforaciones atrevidas, mientras lentamente le acariciaba el sexo para estimularla mejor. Jadeaba y su sangre hervía, al igual que la mía. Cada vez que tocaba, ponía sus manos en mis pectorales o se refugiaba en mi cuello, la calentura aumentaba.

Llegó el momento de bajar hasta su monte de Venus. Apenas estaba cubierto por algunos vellos. La miré directamente a sus ojos marrones y le pedí que se relajara.

Abrí sus piernas, las lleve hasta mis hombros, bajé la cabeza y me deleité en su sexo, que estaba bien mojadito. Sus mieles sabían a ternura. Era tan suave y delicada. La frotaba con la lengua y con un dedo. Comenzó a temblar. Lo sentía por sus piernas.

-Álex, por favor. Hazme tuya ya mismo-, exclamó.

-Te haré pedazos, niña-, pronuncié mientras seguía mirándola fijamente.

-¡Devórame como nunca lo ha hecho nadie!-, insistió.

-Lo haré como para que te vuelvas adicta a mí-, sentenció.

Seguidamente me despojé del pantalón y el bóxer, mostrándole mi verga y se lamió los labios. Me coloqué el condón, me fui encima suyo para besarla y poco a poco me fui metiendo en ella.

Le pedía que se relajara para que disfrutara se la sensación y lo que comenzó como tímidos jadeos se fue convirtiendo en gemidos agudos. Aunque no apliqué demasiada rudeza, me metí hasta sus entrañas. Era una chica fuerte. En cada embestida que le daba se refugiaba en mi piel. Clavaba sus uñas en mi espalda o brazos, lo que me hacía excitar más junto con su rico aroma.

Sudábamos a pesar del frío de la noche que se colaba por el ventanal. Nuestros cuerpos unidos

eran la llama de pasión, que luego nos hizo estallar a ambos al mismo tiempo. Ver cómo se estremecía y gritaba de placer mientras se corría, me hizo venirme en conjunto. Qué rico fue follar con Alessa.

Al terminar quedamos enrollados entre las sábanas. Mirarle su cara de satisfacción me hacía sentir bien. Tenía tiempo sin quitarle la pureza a una chica, o no a mi edad. Ya me había acostumbrado a las de recorrido, o incluso más maduras. Pero definitivamente, esta niña era toda una mujer. Me volvió loco.

Aunque me hubiese gustado amanecer con ella, su decisión fue volver con su amiga para despejar dudas con su padre y en realidad era mejor idea. Además, no me gustaba dormir con mujeres de una noche y no pretendía cambiar la tradición, pero entonces, luego de que se marchase, no dejé de oler las sábanas impregnadas a ella. ¡Qué manera de hacerme sentir!

Antes de dormir me aseguré de que estuviera bien y quedamos en hablar al día siguiente, cuando ella se comunicara conmigo. A diferencia de otras, que esperan a que sea yo el que devuelva la llamada, cosa que poco hago. Como ya dije antes, no estaba para comprometerme.

La verdad es que esperaba despertar con un mensaje suyo. Sé que cuando pierden la virginidad quedan un poco sensibles e ilusionadas, así que no sería un patán con ella, pero por el contrario, los mensajes que tenía en el móvil eran sobre la empresa, de Rubén, el padre de mi comida de la noche anterior y de la que me había llevado a la cama hacía un mes atrás y ni me acordaba.

A pesar de que era lunes, ese día me levanté con ánimos. Hasta mi ama de llaves, una señora de 75 años que era como mi madre y me conocía muy bien lo notó.

-¡Querido, pero qué madrugador estás hoy! Y eso que es lunes. ¿A qué se debe tanta energía este día?-, preguntó doña Angélica.

-Nada nuevo, doña Angélica. A veces a uno le devuelven los ánimos y hay que aprovecharlos-, le mencioné mientras me acomodaba en la mesa para desayunar.

-Y es que no solo tienes buenos ánimos, te veo un brillo en la cara que no te veía desde hace rato-, agregó la ama de llaves.

-Ya exageras, Angélica. Ahora ve y siéntate a comer conmigo-, le pedí. No quería estar solo.

-Con gusto, mi niño-, aceptó doña Angélica.

En la oficina no tuve descanso ese día. Había un montón de contratos por hacer y firmar. Parece que medio Madrid se antojó de planificar sus fiestas en menos de una semana.

Era lunes y querían magnos eventos con papelillos brillantes extraídos de la India hasta caviar de peces peligro de extinción. Lo más extravagante y difícil de conseguir que se les pasó por la mente, mientras que en la mía solo estaba la noche anterior y la cara con la que ahora miraría a Rubén.

No es que no supiera ser cínico, pero era Rubén. Alguien a quien le debía mucho y no quería defraudar, pero ya estaba metido hasta los tuétanos. Solo me quedaba mantener el secreto oculto hasta la tumba y evitar a toda costa estar cerca nuevamente de Alessa.

Ay, Alessa. Pasé todo el puto día esperando que apareciera, pero no lo hizo. Y no sé por qué yo no me atrevía. Así corrió la semana hasta ese viernes. Bendito viernes.

No sabía nada suyo desde la vez que follamos y por algo me preocupaba. Quería hablar con ella. Saber cómo estaba, cómo se sentía de haber experimentado las relaciones sexuales por primera vez. De hecho, llegué a pensar que quizás no se sentía a gusto, pero lo que sí era seguro es que me tenía ansioso. Entonces llamé.

-¡Hola, Álex!-, respondió de inmediato.

-¡Hola, Alessa! ¿Cómo estás? Me quedé esperando tu llamada-, le dije.

-Ay, no. Disculpa, es que he estado muy ocupada. Estoy fuera de Madrid en un desfile de modas y no he tenido tiempo de nada, pero mañana regreso. Si quieres nos vemos-, me explicó la condenada chiquilla que me tenía intrigado hasta el fondo, joder.

-No te preocupes, sólo era para saber de ti y cómo te sentías después de aquella noche-, contesté.

-Pues, bien. Muy bien, la verdad. Pero ahora debo colgar. Tengo una reunión. Ahora sí te llamo luego, ¿vale?-, aseguró nuevamente.

-Está bien. No hay problemas-, fue lo último que le dije.

Mientras colgaba, Rubén iba entrando a la oficina para informarme que en 10 minutos tendríamos una reunión en la sala de juntas. Se trataba de un nuevo contrato que tendríamos fuera de la ciudad. Nuestros servicios tenían buena reputación tanto en Madrid como en toda España y en época de verano, el trabajo no paraba, pues, “Maravilla” se encargaba de dar las mejores fiestas.

Enseguida me dirigí a la sala de juntas en compañía de Estela, mi asistente, para que se encargara de anotar todos los pormenores. Ya Rubén me había adelantado que se trataba de un proyecto ambicioso y prometedor. Por ende, no quería perder un solo detalle.

Pero tengo que hablar un poco de Estela. Estela Martínez. Es una chica de 28 años, rubia, muy guapa, inteligente y corta de estatura, pero no de ideas... Al menos no en la cama.

Tuvimos un par de encuentros placenteros en la oficina durante dos años, pero todo terminó cuando se enamoró de quien ahora es su novio. A veces flirteábamos, pero cuando de trabajo se trataba, el profesionalismo ponderaba y no caía en tentaciones. Eso me hacía confiar mucho en ella como para que fuera mi mano derecha en la oficina.

La reunión solo duró una hora, pues, mi socio estaba completamente dispuesto a quedarse con la oferta de realizar la *after party* de un desfile de modas en el que participaría su hija en un par de semanas en Barcelona.

Aunque me hubiese gustado evitarlo, para no meterme en mayores problemas, terminé aceptando la propuesta a todo riesgo. Pues, además de la organización de la fiesta, seríamos anunciantes del evento y como Rubén no era el más amante de la juerga, no asistiría, así que el más indicado era yo, me recordó. Tentación para mí con su hijita. No sabía el boleto de pase libre que me acababa de dar.

Sí, por una parte no quería tanto riesgo, pero por otra, quería divertirme a toda costa. Tanto trabajo para mi cuerpo solo podía despojarlo con una buena rumba, alcohol y sexo.

Después de la reunión me fui de la oficina. Era viernes y quería olvidarme un poco de la rutina, pero justo antes de bajar del edificio, Alessa me repicó al móvil.

-¡Hola Álex! Soy yo de nuevo. Es para avisarte que apenas colgué en la mañana, tomé un vuelo de

regreso a Madrid. ¿Salimos esta noche?-, me tentó esta niña.

-¡Oye, pero calma! ¿Por qué hablas tan rápido, tía?-, le pregunté con carcajadas. Parecía que no podía perder tiempo.

-Es que papá está cerca de mí y pues, recuerda que no puede descubrirnos-, exclamó.

-Créeme que lo sé más que tú, pero está bien. Veámonos hoy. Te puedo llevar a un lugar encantador-, le propuse.

-Me parece buena idea. Diré que voy a casa de mi mejor amiga nuevamente y me recoges allí, ¿vale?-, agregó.

-Vale. Nos vemos a las 9:00-, respondí.

Pero a todas estas, Estela había estado detrás durante toda la conversación y no evitó confrontarme.

-¡Caramba, pero no dejas escapar un solo viernes, eh!-, asestó.

-Pues, ya sabes cómo soy guapa-, le recordé guiñándole un ojo. - ¿Alguien viene a por ti o quieres que te deje en algún lado?-, le pregunté.

-No, pensaba coger un taxi, pero está bien, déjame en mi casa, si puedes- me dijo.

-Vale, no tengo apuros-, respondí y bajamos.

Ya en camino por la carretera, Estela se puso un poco más incisiva. Le causaba curiosidad encontrarme hablando casi que a escondidas en mi propia oficina y precisamente, con una mujer. Ella sabía perfectamente que no ocultaba mi vida privada. De hecho, no la tenía. Mi reputación era el del empresario que sabía divertirse muy bien y no se perdía una sola fiesta.

Sin embargo, no solté nada que le diera a más qué pensar. Solo le dije que se trataba de una vieja amiga que estaba de regreso en la ciudad y la había invitado a comer. Cosa que se creyó y de inmediato le cambié el tema hasta que la dejé sana y salva en su hogar.

Luego me fui al mío. Pero antes le avisé a Angélica para que me prepararan un buen baño relajante. Quería recargar todas las baterías para el encuentro de esa noche. Alessa es una de esas mujeres que requiere de un hombre vigoroso que aguante todas las revoluciones por minuto que genera.

Se hizo la hora de partir y finalmente la recogí en casa de su amiga para llevarla a una de las mejores discos y más prestigiosas de la ciudad donde tenía membresía VIP y que jovencitas como ella se morían por asistir.

Pero para mi sorpresa, Alessa la conocía a la perfección. Me confesó haberse escapado en varias oportunidades los fines de semana con sus otras amiguitas adineradas y populares. Me contaba varias de sus anécdotas para divertirse sin límites y no meterse en problemas con sus padres.

Mientras tanto, yo solo contemplaba su escote hasta el ombligo. El vestido color piel entallado que llevaba puesto no solo marcaba sus prominentes curvas, sino que dejaba al aire sus pechos.

Apenas eran medio cubiertos con un pedazo de la tela, pero la claridad y el contraste con su propia piel permitían que viera un poco más allá... Esos pezones perforados que me traen loco y quería estimular una vez más.

Pero esa fantasía tuve que dejarla a un lado unos instantes, porque apenas llegar al local se emocionó. Gritó a los cuatro vientos que era de sus discos favoritas sin importar que el resto de la gente que estaba haciendo cola para entrar la mirara con fastidio, como si fuera una niña tonta, lo cual me causó un poco de gracia y hasta ternura.

La verdad es que le gustaba mucho la música, la gente, el ambiente en general, pero no se imaginaba lo bien que la pasaríamos en la reservación que le tenía.

Llegar conmigo fue como para demostrarle a sus amigas que estaba saliendo con el mejor prospecto, mientras yo me sentía como un viejo verde y al mismo tiempo afortunado, pero la verdad es que debía pavonearme menos, antes de que algún conocido nos dejara en evidencia y ocurriera lo que yo no quería.

Así que la tomé del brazo y disimuladamente la saqué del grupo haciéndole creer que ya nos esperaban en la zona VIP.

-Oye, ¿por qué no me permitiste quedarme más tiempo con las chicas? Quería estar con ellas más tiempo-, preguntó un poco molesta apenas nos acomodamos en nuestra reservación.

-Pues, nos esperaban aquí. Pero no te preocupes, puedes invitarlas. Yo les autorizo la entrada-, respondí.

-Pero yo quería estar allá. ¿Acaso no te agradan?... O ¿qué temes?-, cuestionó nuevamente la chiquilla, sin un pelo de tonta.

-Tus amigas me agradan, pero no es recomendable que nos estemos exponiendo demasiado, ¿no crees?-, asesté.

-Lo sé, pero creo que te estás complicando demasiado. Ellas no le irían a decir a mi padre que estoy saliendo contigo y si tanto te preocupa, mejor no lo hagamos. ¿Te parece?-, soltó sin pensarlo.

-No, no, no. No te preocupes. No es eso, solo quería evitarte problemas, pero descuida. En un rato vamos a por ellas. Mientras, divirtámonos nosotros-, le dije y le ofrecí un trago. Pues, no quería perder los puntos ganados. La idea era llevármela de nuevo a la cama esa misma noche.

La traté como a una reina. Pedí la mejor atención para ella, así que todo lo que pidiera tenía que ser concedido y para ello, también era un experto. No por nada tenía tanta experiencia en fiestas y diversión.

“Me gustas más cuando eres divertido y no te escondes de mi papi”, me susurraba al oído, provocando que la sangre que bombeaba con más fuerza hacia mi miembro... ¡Vaya qué tía que se apoderaba de mi sentidos de la manera más fácil!

Bailamos, fumamos, nos besamos y hasta me permitió ir un poco más allá, hasta que ella misma me pidió que nos fuéramos. Quería ir a mi casa porque se sentía cansada, me dijo como excusa. Para mí fue perfecto.

Ya quería tener su enorme culo entre mis narices. Mi cuerpo pedía el suyo a gritos y como pude, la saqué lo más rápido que pude en medio de la multitud. “Vamos, que no nos importe nadie. Vámonos lejos de aquí. Vamos a follar”, gritaba sin prejuicios. ¡Qué risa verla tan desinhibida! Pero más que eso, me encantaba cada vez un poco más.

CAPÍTULO II

Esa madrugada se convirtió en una con el mejor sexo salvaje que alguna vez he podido tener. Alessa estaba hecha toda una fiera. Estaba deseosa de pecado y sin una pizca de dudas.

-Desnúdame lentamente con tu boca, así como lo haces con la mirada. Quiero ver qué tanta paciencia tienes ante la idea de tenerme desnuda entre tus brazos-, dijo apenas entramos a mi habitación.

-Tus deseos son órdenes, guapa-, le respondí mirándola con ojos de deseo. No se equivocaba al afirmar que la miraba con ganas de devorarla.

-Hazme sentir como la más mujer de todas, porque sé que aunque has tenido muchas, yo soy la mejor. Lo sé- seguía mencionando. El alcohol la había puesto bastante sincera. Yo lo disfrutaba.

-Me encantas cuando te sientes tan segura de ti misma, niña. Me encantas.-, le aseguré y me fui encima de ella.

Comencé por sus carnosos labios rojos. Unas mordiditas que la hacían jadear y apretarme hasta quitarme de ellos bruscamente. Nos miramos, aunque ella con molestia por los mordiscos, no se resistió a regresar a los besos, entonces metí mis manos debajo de sus escote para sacarle el vestido y dejar sus pechos completamente al aire.

Acaricié sus pezones, contemplando sus perforaciones. Ella se excitaba más y no fue necesario guiarla demasiado. Enseguida agarró y apretó mi virilidad, poniéndome más duro de lo que ya estaba.

Comencé a besarle el cuello, bajé hasta el medio de sus senos y me concentré allí un rato, hasta que sus pezones estaban tan duros que no aguanté más y los llevé a mi boca para succionarlos para hacerla jadear un poco más.

Me tomaba del cabello y marcaba el ritmo. Hacía que fuera bajando más para terminar de sacarle el vestido. No llevaba ropa interior y su sexo mojado indicaba el siguiente punto de concentración.

La senté al borde de la cama, levanté sus piernas para besarla y sacarle los zapatos. Que pies tan hermosos, pequeños y delicados tenía. Antes de ir al sexo oral, me decanté por besarle los pies, lamerlos suavemente y chupar sus dedos.

“Ohhh, qué rico es eso, ¡madre mía!”, exclamó y se mordió los labios, lo cual me hacía enloquecer. Así que fui subiendo de sus pies hasta los muslos. Le daba besos y unos cuponcitos que la hicieron empaparse, perfecto para lubricación. Me gustaba cómo sabía.

Era como un dulce néctar que estaba dispuesto a probar siempre. Alessa gritaba de placer mientras se apretaba los pechos. La volteé y ahora sí metí mis narices entre su culo para lamerla completa. Cuando la sentí a punto de correrse me desvestí de inmediato para embestirla en esa posición.

Me miraba desde su inclinación y sus ojos me pedían más, entonces llegó el momento de probar con un par de nalgadas. Aunque gritó, aseguró que le gustaba, así que probé con otras dos más un poco más fuerte y comenzó a jadear. Quería hacerla pedazos, dejarla temblando y cansada.

Me salí suyo y entonces me senté al borde de la cama. Allí la metí encima de frente hacia a mí, ayudándola a subir y bajar. Primero lento, para que se familiarizara con la posición, y luego más rápido hasta dejarla moverse a su antojo y cómo lo hacía tan bien, la condenada.

Se dejaba llevar por la pasión cuando de pronto se corrió encima de mí, dejando toda su humedad y lujuria resumida en unos delicados jadeos en mis oídos, los cuales me hicieron correrme enseguida.

Sin embargo, no sería todo. Después de dos polvos más terminamos bañándonos juntos y listos para dormir. No sin antes tener un momento tierno. Es que Alessa es una combinación tan letal, que sabía que acabaría conmigo en cualquier oportunidad.

Es una mujer, sin dudas, pero no pierde ese toque de niña inocente, ingenua, divertida, que hasta entonces era imposible mandarla a casa luego de follar. Provocaba pedirle que se quedara todo lo que quisiera, pero afortunadamente, esa noche no fue necesario pedirle nada. Ella misma decidió quedarse hasta el otro día para luego irse a casa de Valentina, su mejor amiga y quien se convertiría en nuestra cómplice número uno.

Después de esa noche quedé mal. Lo que creía como solo un juego se estaba convirtiendo en algo complicado. Definitivamente Alessa me traía mal. Quería salir seriamente con ella, conocerla mejor.

Estaba teniendo sentimientos que no tenía desde que era un chaval y me enamoré de Gabriela. Mi primera relación seria, con quien duré unos dos años mientras estuve en la universidad, pero como ya dije, estaba de fiesta en fiesta, borrachera en borrachera y aunque la quise de verdad, no supe valorarla.

Un día, sin esperármelo, Gabriela no apareció más. Se cansó de mi estilo de vida, de no ser una prioridad y hasta ese momento no me di cuenta que la quería, pero ya era tarde. Apenas llamó unos meses luego para decirme que la vez que intentó hablar conmigo para romper, estaba inconsciente en casa con una borrachera, así que decidió no buscarme más nunca.

Fue la primera vez que sentí que alguien me importaba. Luego de eso no me quedó más que seguir adelante y enfocarme en terminar la carrera y quizás conseguir a alguien que se adaptara a mi ritmo; sin embargo, esas que están dispuestas, no han logrado más que despertar mis instintos carnales por unas noches.

Ya estaba casi resignado a ser un soltero divertido de por vida. Con 36 años, casi 37, mis aspiraciones a tener algo más estable eran pocas, aunque tampoco era algo que me preocupara demasiado.

La diferencia es que ahora esta chiquilla ha roto con todo pronóstico y de momento, no sé qué pensar. Podría ser una sensación pasajera, quizás. O tal vez no. Pero estaría poniendo en riesgo más que la estabilidad de mis negocios. La amistad y confianza de mi socio, y hasta el corazón de una chica que apenas está comenzando a conocer este mundo.

Entre tanta pensadera, me di cuenta que era sábado al mediodía y debía estar al tanto de la agenda del día, pero estaba bastante cansado todavía, así que llamé a mi asistente para que verificara.

Estela era la mejor en ello, además, no tenía tanta presión. Rubén se había ido a Barcelona para adelantarse con los detalles de la gran fiesta que daríamos exactamente en una semana, que de hecho, yo me instalaría allá en unos días. Precisamente recibí una llamada de su parte donde me lo

confirmó.

-¡Buenas tardes, querido socio! Me contaron que te fuiste ayer de fiesta. No me impresiona. Lamento despertarte a estas horas, sé que es sábado, pero quería informarte que aquí en Barcelona las cosas marchan de lujo y me gustaría que llegaras el miércoles para que los preparativos terminen de darse a la perfección-, me comunicó Rubén emocionado. Rara vez lo escuchaba con ese tono.

-¡Madre mía! Qué buen humor se te escucha. Me parece perfecto. Solo tengo que dejar a cargo a Estela y todo de maravilla. Por cierto, no estaba durmiendo, no soy tan flojo, eh-, respondí con la misma camaradería.

-Oye, Álex. Te quería pedir un favor. Si no es mucha molestia, ¿podrías acompañar a mi hija en el vuelo hasta aquí? Es Alessa, ¿la recuerdas?-, preguntó.

-¡Pero por supuesto, tío! Claro que la recuerdo. Claro que la acompaño. Tú por eso no te preocupes-, acepté con todo el gusto, ¿y cómo no? Si no me cansaba de gozármela y esa sería otra oportunidad más.

-Sabía que no te negarías. Es que no quiero descuidarla tanto, ya sabes que es mi hija menor y pues, la cuido bastante. Además, ella me pidió que buscara un acompañante, y ¿quién mejor que tú? Mi mano derecha-, exclamó Rubén confiando plenamente en mí. La peor bestia para su hija.

-Vale, lo haré con gusto, no te preocupes. Tú espéranos tranquilo-, le aseguré, mientras imaginaba en todo lo que le haría antes y durante... Después, no era seguro e igual quería disfrutarla lo más que pudiera.

Pero me quedó una duda, ¿quién rayos le dijo a Rubén que un día antes me había ido de fiesta? Y ¿qué tanto le habrían dicho? Por lo visto no le contaron con quién estaba, pero lo seguro es que alguien conocido me vio... Con Alessa.

No le di más vueltas al asunto y salí un rato a tomarme unos tragos, solo, como me gustaba. Pero me urgía dejar mi agenda lista antes de marcharme a Barcelona, entonces invité a Estela, quien aceptó con gusto.

Rápidamente organizamos todas las tareas para casi la semana en que estaría ausente y compartimos un buen rato. La sentía un tanto incómoda, como si quisiera decirme algo más, así que con toda confianza la encaré.

-A ver, Estela. Estás algo impaciente y nerviosa. ¿No quieres estar aquí o qué te pasa?-, le pregunté.

-Ay, Álex, claro que quiero estar aquí. Me agrada mucho este lugar. Solo que...-, pensaba sin terminar de dar una respuesta.

-Vamos, dime sin miedos. Yo sé que es algo importante-, le dije para ayudarla a hablar.

-Bueno, Álex. Es que te conozco bien. Sé que andas en algo con la hija del jefe y pues, quería advertirte de algo-, me dijo.

-A ver, Estela. No sé de dónde sacas eso, pero si tienes algo que decir al respecto, hazlo sin rodeos. Ya sabes que no me gustan-, asesté con algo de molestia.

-Esa niña ha estado llamando y preguntando por ti en la empresa. O al menos conmigo ha hablado

al respecto, no sé si lo ha hecho con alguien más. Solo sé que es un poco problemática. El mismo Rubén me lo ha dicho, que es su “dolor de cabeza” y su “niña consentida”, así que ten mucho cuidado-, reveló.

-Ay, Estela. Despreocúpate. Seguramente la cautivé en su cumpleaños y pues, quiere saber más de mí, pero ya sabes que no me enredo con mujeres problemáticas, o al menos las mando a volar de inmediato-, le dije con mucho descaro, pero no podía darle pie a que se enterara de todo. No quería sus regaños de madre o ex-amante celosa. Sabía en lo que estaba metido.

-Álex, te conozco muy bien. Solo te advierto que tengas cuidado. Además, ya Rubén me dijo que se iban juntos al evento en Barcelona- agregó.

-Ya relájate y sigamos tomando, ¿vale?-, le respondí para distraerla, mientras le serví unas copas más.

Al final, terminamos pasados de tragos en mi coche, donde Estela me confesó además, que todavía me seguía teniendo ganas. Y sin pensarlo demasiado se me abalanzó para besarme. No me negué en ningún momento, después de todo, era muy buena amante. Solo que le había perdido el gusto.

Unas cuantas manoseadas, mis dedos dentro de ella, felación y una rápida corrida. Lo que necesitaba antes de irme a casa. Esa noche me fui a dormir temprano, como cosa rara.

Apenas metiéndome a la cama me di cuenta de que tenía varios mensajes de WhatsApp. Eran de Alessa, me había respondido otros que yo le había enviado desde temprano.

Alessa: ¡Hola, guapo! Claro que estoy bien. Me quedé con Valeria y la hemos pasado rico todo el día.

Ahora mismo nos vamos a casa de unos amigos a una piscina nocturna. ¿Tú cómo vas?

Álex: ¡De lujo, nena! Voy llegando a casa. Estaba reunido con mi asistente para organizar esta semana que nos vamos de viaje.

Alessa: Le pedí a mi padre que te dijera para que viajaras conmigo. Quiero estar contigo, ¿sabes?

Álex: ¿Sí? Me parece arriesgado, y me encanta. También quiero estar contigo y devorarte.

Alessa: Haremos de las nuestras, baby.

Ahora te dejo. Me visto para partir. Te envío una foto.

Alessa es de armas tomar. Aprovechó el momento para enviarme un par de fotos candentes. Desnuda, mostrando todo su escultural cuerpo en poses provocadoras. Enseguida me pusieron duro, pero interrumpieron mis ganas. Doña Angélica me tocó a la puerta para traerme cena. No se la había pedido, pero ella es toda una madre que se preocupa por mí y todo lo que hago.

En los siguientes días el contacto con Alessa fue disminuyendo. De pronto no respondía mis mensajes, mis llamadas o siempre estaba ocupada en algo, pero no me daba mayores detalles.

Tampoco se los exigía, pero la verdad es que notaba un desinterés un tanto extraño. Sin embargo, no me preocupé demasiado. También tenía mis ocupaciones, además, lo mejor era mantenerme alejado. Aunque no pretendía desaprovechar la oportunidad que tenía el miércoles.

A todas estas, Estela me anunció que estaba dispuesta a unirse al viaje si lo necesitaba. Eso me tomó por sorpresa, porque se suponía que quedaría encargada de la empresa durante mi ausencia y

la de Rubén. Y a decir verdad, me urgía que se quedara. Por ser verano la demanda era impresionante y he aprendido que en esta vida no se puede descuidar lo que uno quiere.

En unos segundos que tuve luego de unas cuantas llamadas por parte de clientes, revisé el WhatsApp y tenía respuesta de Alessa, luego de haberla tratado de contactar el resto del fin de semana. Un simple “Hola” era lo que reflejaba el mensaje. Lo que noté diferente fue foto de perfil.

Ya no era ella posando divinamente en bañador, sino acompañada de un tipejo, muy bien abrazados. Supuse que podría ser su novio o una nueva conquista. Después de todo no era tan inocente como me había dicho Estela y pues, yo también lo supuse desde la primera vez que crucé mirada con ella.

Yo solo le seguí la corriente para recordarle que al siguiente día pasaría a recogerla a primera hora de la mañana para irnos al aeropuerto. El vuelo estaba pautado para las 10 de la mañana.

Ella muy tranquila respondió que no habría problemas y que si por casualidad se lo perdía tomaría otro con sus amigos, que los acaba de invitar. Fue un tanto desafiante y sin embargo, no le di demasiada importancia, pero entonces a ella sí le molestó mi indiferencia, fingida, por cierto.

Alessa: ¿Sabes? Mejor me voy con un amigo aparte.

Álex: Está bien. Avísale a tu padre.

Alessa: Entonces ya sabes que no tendremos ningún encuentro, ¿no?

Álex: Supongo. No pienso interrumpirte con tus amigos.

Alessa: ¿Será que ya no quieres?

Álex: De querer, quiero, nena. Pero no quiero entrometerme en nada.

Alessa: Bueno, ya veremos.

Álex: Ok.

Fue lo último que hablamos ese día. Esperaba que luego me confirmara que se iría aparte o de hecho, una llamada de Rubén para anunciármelo, pero nada. Igual llegué a pensar que era alguna patraña suya. Una niñada. Por alguna razón estaba actuando extraña.

De lo que no me había percatado hasta entonces era que se estaban cambiando un poco los planes, que al final eran de trabajo. Estela quería ir y Alessa pretendía llevarse a un grupo de gente, pero mientras mi socio no me ordenara nada distinto, el plan seguía siendo el mismo.

Aunque a Estela definitivamente le dije que no. Se estaba mostrando algo insistente y prefería mantenerla alejada lo más que pudiera. Eso de que todavía me tenía ganas no me estaba gustando. Claro que podía estar con ella, siempre y cuando entendiera que solo era sexo, pero sé que tenía otras intenciones. Celos, quizás.

Al fin, me sentía un poco más tranquilo. La verdad es que quería disfrutar el viaje. Me hacía falta salir un rato de la oficina, pero me molestaba un poco saber que no se daría lo que esperaba. Otro encuentro con Alessa. O eso creía hasta que me llamó. Justo antes de quedarme dormido.

Definitivamente, se iría conmigo. Sus amigos lo harían aparte, así que ya no sería problema alguno estar un rato a solas con ella. También estaba más receptiva. Me confesó que había estado molesta porque Estela le dijo que iría y pues, no se la llevan muy bien por lo visto.

Es que sabía que Estela había metido sus narices en donde no la estaba llamando. Eso era lo complicado, o la parte de ella que detestaba. Es una mujer controladora y que busca que todo se dé como ella quiera. Y por supuesto, era una manera de intentar mantenerme alejado del santo pecado que ya había cometido hasta el fondo. No tenía salvación.

Al otro día pasé recogiendo a Alessa tal y a la hora en que habíamos quedado para que mi chofer nos dejara en el aeropuerto. No es que la echara de menos, pero apenas verla se me iluminaron los ojos. Claro, cómo podía dejar de admirar a semejante monumento de mujer.

Cuerpo de escándalo, esbelta, siempre bien vestida. Elegante y sexy a la vez. A pesar de que en esa ocasión llevaba puesta ropa deportiva, no podía dejar de mirarle el culo que se gasta. Esa melena negra que golpeaba su cintura cada vez que se movía y esos labios gruesos que besaban tan bien me volvían como loco. ¡Qué mujer!

Ni hablar de sus coqueteos. Esta niña sí que le fascinaba ponerme duro en cualquier momento. Lo hacía a propósito.

-¡Hola, amorcito!-, dijo apenas embarcarse, seguido de un beso que me plantó en la boca.

-¡Hola guapa!-, respondí mientras no aguanté en agarrarle una nalga.

-Nos divertiremos mucho este fin de semana. Me encargaré de eso-, agregó Alessa.

-¿Diversión? Esa es mi mayor cualidad, nena. Desde hoy lo sabrás y no se te olvidará jamás-, le dije.

-¿Ya no te esconderás de mi padre?-, preguntó sin pensarlo.

-Bueno, eso todavía no es tan fácil. Debemos cuidarnos de Rubén. No quiero que nos metamos en un problema-, le expliqué.

-Eso es lo único que te importa. Que mi padre se entere. No te importa si me gustas, si me traes loca. Ni te importa lo que tú quieras-, exclamó mientras trataba de besarme y al mismo tiempo de estar lo más lejos posible. Se molestó con lo que le dije.

-Mira, Alessa. Sé que te molesta la situación, pero por ahora debe ser así-, insistí, sin cortarla a secas para que no me mandara al diablo de una vez. La creía capaz y pues, me gustaba mucho. Quería hacerla mía un par de veces más.

-Sabes que yo quiero todo contigo, ¿verdad?-, confesó y enseguida se me abalanzó para besarme y por supuesto que le seguí el juego. – Tú me traes loca. Me gusta que seas un hombre hecho y derecho, maduro, que no anda con tonterías de niño. Que me sabe hacer sentir mujer. Me gusta tu cuerpo de puta madre, tus tatuajes, tu olor, esa barbita que te hace ver tan sexy y ni hablar de tus besos, Alex... Hazme tuya aquí mismo-, insistía la mujer.

-Por favor, ya llegamos. Apenas pisemos Barcelona haremos todo lo que quieras, pero no me pongas así cuando ya debemos salir del coche. Me vas a matar mujer-, le dije y ella se ahogó de la risa.

-Me gusta jugar así contigo, nene-, pronunció y se bajó del coche. Por fortuna el chofer la salvó de follármela sin piedad en la parte trasera del coche.

Mientras caminábamos juntos hasta la sala de espera para abordar iba pensando en todo lo que me fascinaba, sus juegos de seducción. Me parecía tan diferente que me confundía, si solo quería sexo

o algo más.

Me perturbaba esa sensación, porque no quería caer en una red y terminar enamorado de esta niña. Me resistía a eso. Imaginaba que estar con ella en una relación sería como una montaña rusa. Emocionante pero con peligro. Buena combinación, pero no estaba seguro de nada.

Finalmente abordamos y apenas nos acomodamos, Alessa cayó en sueño profundo hasta pisar tierra firme de nuevo. De camino al hotel donde nos hospedamos me contó que había estado de juerga durante todos esos días que Rubén estuvo ausente, pues su madre se creía todas sus mentiras y pudo hacer de las suyas.

Así también me explicó que entre quienes irían a verla desfilando estaría su exnovio, el chico que estaba junto a ella en la foto de perfil de su WhatsApp. Jorge es su nombre.

-Como verás, Jorge es un chaval muy divertido. Ya no somos nada, pero teníamos tiempo sin vernos hasta en estos días y pues, como no soy rencorosa, acepté ir a bailar con él el domingo por la noche. Pero más nada, no tengo nada con él-, relató en el camino.

-Oye, pero no tienes por qué darme explicaciones. Tú eres libre de hacer con tu vida lo que quieras, descuida-, le respondí.

-Lo sé, pero sentí la necesidad de hacerlo, para que no pienses que ando con uno y con otro, ¿vale?-, agregó.

-Vale, me parece bien, pero recuerda que no soy quién para juzgarte-, le dije.

-Todavía no, pero ya verás-, me advirtió, sonrió y justo llegamos al hotel.

Rubén nos esperaba con los brazos abiertos y emocionado. Al parecer, todo marchaba de lujo con la *after party* que Maravilla estaba organizando. También el evento en el que modelaría Alessa.

Entre la bienvenida al hotel y las buenas nuevas se hizo la hora de comer y los tres fuimos hasta el restaurante, donde pasamos un rato ameno. Pero luego de eso, cada quien estaría en su habitación y yo, como hombre de negocios tenía que hacer mi trabajo.

Por ese día no vi más a Alessa, apenas nos comunicamos por mensajes. Ni por la noche, porque ella prefirió descansar, mientras yo aproveché para tomarme unos tragos con mi socio y ponernos al día con los trabajos de la empresa.

Los siguientes días pasaron volando. Tuvimos tanto trabajo que de pronto ya era viernes, el primer día de eventos, aunque el principal sería el sábado y luego la bendita *after party*, donde podría compartir con Alessa.

Antes, estuvo siempre apartada, ensayando y preparándose para el desfile. Sin embargo, después de la presentación oficial del desfile, compartimos un rato, pero siempre disimulando delante de su padre.

Finalmente, el sábado, desde muy temprano Rubén y yo estuvimos al pendiente de todo lo que nos correspondía. La maquinaria de Maravilla estaba en pleno y nosotros dando la cara para que saliera a la perfección para aguardar nuestro prestigio.

En una pausa que tuve en una comida aproveché para contactar a Alessa.

Álex: Nos vemos esta noche, niña.

Alessa: Seguro que sí, guapo. Apenas termine el desfile nos vemos en la *after party*.

Álex: Así será. Procura no llevar nada debajo del vestido.

Alessa: Eso no será problema, amorcito.

Álex: Besos.

Me quedé dormido un rato en mi alcoba y al despertar, ya eran casi las 7 de la noche. Debía alistarme para asistir a la alfombra roja, aunque daba todo por no tener que pasar por ella.

No me gustaban mucho las cámaras y los flashes, pero tuve que hacerlo en representación de la empresa, porque Rubén había decidido reunirse con otros clientes de un evento también prestigioso para lograr un contrato exclusivo. Nos interesaba expandirnos en esa ciudad tan imponente.

Entre la multitud que llegaba, se fotografiaba, brindaban entrevistas o presumían su prestigio antes de entrar al salón del evento, pude ver a cientos de mujeres hermosas, con unos cuerpazos y unos culos de puta madre. Algunas con estilos angelicales, otras más atrevidas con escotes que te dejaban poco a la imaginación.

Por un momento olvidé que estaba en medio de una alfombra roja y solo quería que llegara la hora de poder tener todos esos culos cerca en la fiesta. Quería disfrutarla al máximo nivel, así como estaba acostumbrado.

Pero tenía a Alessa como primera opción para devorarla en cuanto tuviera la más mínima oportunidad. O mejor dicho, era a quien en realidad quería para esa noche, solo que tanto su padre como los amigos que luego aparecieron complicaban la situación. De hecho, más su exnovio que el propio Rubén.

Finalmente salí de los paparazzi y me ubiqué en mi puesto de primera fila en la pasarela. Al cabo de unos minutos las luces se encendieron, provocando los aplausos de los invitados que quedaron estupefactos ante la presentación que estaban observando.

El juego de luces y la música emocionaban a todos. De pronto fueron saliendo las jovencitas de una en una modelando ropa ligera de verano. La verdad es que yo disfrutaba más de sus cuerpos que de los diseños.

Los críticos de la moda miraban y chismoseaban entre ellos sobre todo lo que recorría la pasarela hasta que salió Alessa a deslumbrarnos a todos. ¡Vaya que hermosa y sensual lucía! No se podía comparar con ninguna otra por muy guapas que fueran todas.

Es que esta niña tiene una belleza que arrolla a todo lo que esté a su paso y nunca deja de sorprender. Es un encanto indescriptible y no pude evitar emocionarme. Apenas puso un pie en la pasarela me levanté a aplaudirla.

Se veía elegante, radiante con ese toque de sensualidad que la caracteriza, a pesar que su atuendo era un tanto conservador. Pantalón y chaqueta negra que no dejaban ver demasiado, pero sus curvas siempre imponentes, sobresalían. Salió modelando unas dos veces más y cada vez mejor. Sin dudas, esa noche me dejó loco.

Al terminar la presentación enseguida la gente de protocolo nos fue guiando hasta donde se llevaría a cabo la fiesta de celebración. El momento que tanto había ansiado. No aguantaba las ganas de tener a Alessa cerca y disfrutarla aunque con disimulo.

Mientras tanto, me topé con unas amigas que tenía tiempo sin ver y de inmediato le ofrecí bebida. Había suficiente como para revolcarnos de la borrachera, me había encargado de que no faltara nada, pero no era la intención por el momento. Aunque a veces es inevitable caer en la tentación.

Una de estas chicas había sido una de mis presas en una fiesta del verano anterior. La verdad, ya ni recordaba ni su nombre ni cómo llegamos a la cama, pero lo cierto es que ella no había olvidado nada y sin rencores por no llamarla luego, se me lanzó nuevamente sin pensarlo dos veces.

-Pero qué gusto volver a verte, Álex. Sigues igual de guapo que el verano pasado... Hasta un poco más-, dijo la chica.

-¡Ohh, qué sorpresa conseguirte aquí! Guapa estás tú, querida. ¿Estuviste en la pasarela?-, fue lo que se me ocurrió decirle para que no se diera cuenta que no estaba seguro de quién era.

-¡Sí, claro! De hecho, presenté mi colección. ¿No escuchaste mi nombre?-, preguntó.

-Ehh, la verdad es que no recuerdo. Estaba distraído controlando de que esta fiesta estuviera lista a la hora, pero me alegra que hayas presentado tu colección-, respondí.

-Descuida, es entendible. ¿Estás solo aquí? No tengo problemas en acompañarte. De hecho, ya ellas se van-, dijo con respecto al resto de sus compañeras.

-Bueno, por los momentos estoy solo, pero te puedo acompañar-, le contesté.

La verdad es que tenía un cuerpo divino y no sabía nada de Alessa hasta el momento. Me podría servir de algo para pasar el rato y al principio fue así, pero entre un par de copas más esta mujer se emborrachó y comenzó a reclamarme por lo sucedido hacía un año, pero al mismo tiempo quería repetir.

Hasta me invitó a su habitación de hotel y lo pensé, pero era demasiado temprano y no había cumplido mi objetivo. Además, aumentó su intensidad y pues, no estaba para lidiar con viejos amoríos de una noche, hasta que finalmente prefirió marcharse sola. La acompañé hasta la avenida para que cogiera un taxi y se fuera a dormir.

Al regresar, el ambiente estaba de lujo. Ya había llegado la mayoría de los invitados. Me encontré a otros conocidos y estuvimos charlando un buen rato sobre negocios hasta que apareció Alessa.

Estaba en una mesa justo al lado de donde yo estaba. Me miraba de reojo mientras pasaba el rato con sus amigos entre los que estaba su exnovio. Se notaba que el chico la cortejaba. Yo solo le sonreía para intimidarla un poco y lo logré.

Alessa estaba nerviosa, no sabía qué hacer. Si hacerle caso a los cortejos de su ex o mandarlo a volar y venirse conmigo, pero para ayudarla a no estar tan incómoda me le acerqué y la cité en cinco minutos al balcón del salón. Luego de decírselo al oído, caminé hasta el lugar, donde había mesas, poca gente y oscuridad. Un ambiente mucho más tranquilo y cómodo para hablar un rato.

No se cumplieron los cinco minutos cuando ella llegó con copa en mano y dándome un abrazo.

-Aquí estoy, querido-, pronunció con voz sensual mientras se sentaba en frente de mí.

-¡Qué obediente! Pero mucho más guapa-, le dije.

-¡Gracias, qué detallista!-, respondió con una sonrisa cómplice.

-¿Interrumpí tu velada?-, pregunté.

-Más que interrumpirme, diría que me salvaste-, aseguró a carcajadas – Ya no quería estar con mis amigos. Bueno, parte de mis amigos. En realidad son los amigos de mi exnovio. Pensé que ya no vendrían, pero pues, aquí están y no sé cómo quitármelos de encima-, aseveró Alessa.

-¡Vaya! De haberlo sabido antes no hubiera dudado en sacarte de allí apenas te vi, pero pensé que estabas a gusto-, agregué.

-Yo quiero estar contigo-, sentenció.

Palabras mágicas para inclinarme hacia ella y besarla. Lo quise hacer desde que la vi. Ella respondió con tantas ganas como yo. Sentía cómo me deseaba, hasta nos calentamos y se me pasó un poco la mano.

No pude evitar meter mis manos en medio de la abertura entre sus pechos que dejaba su delicado vestido de encaje color rosa. Rosa como sus pezones, que solo recordarlos me pone duro.

Pude tocar sus perforaciones y sentir cómo se excitaba. Respiraba más profundamente y su piel se erizaba. También, los movimientos de su lengua en mi boca eran más intensos, así que bajé mis manos por su seno, pasando por su cintura hasta llegar a su pierna y sobarla.

Me permitió meterla entre sus muslos y con su propia mano, llevó la mía hasta su humedad. No llevaba bragas y fue mucho más fácil introducir mis dedos en ella, que estaba tan cálida.

Su respiración se aceleró un poco más. Sus palpitaciones eran más fuertes a medida que la estimulaba, hasta que me tomó del cuello para acercar sus labios a mi oído y permitirme escuchar tres gemidos profundos.

¡Qué delicia! Y para que fuera aún mejor, al sacar mis dedos de ella, los llevé a su boca. Saboreó sus propios jugos, sonrió y tomó su copa nuevamente. “Es hora de regresar adentro”, pronunció y me tomó de la mano para entrar a la fiesta.

Los chicos con los que Alessa había llegado a la *after party* ya no estaban. No dejaron rastro. Ella se preocupó y se comunicó con su ex. En ningún momento de llamada pronunció palabra, pero su semblante cambió. La satisfacción que reflejaba hacía pocos minutos antes se desvaneció. Ahora estaba preocupada, tomaba sin medidas y no decía nada.

-Alessa, ¿qué tienes? Te noto preocupada-, le comenté.

-No pasa nada, pero me iré pronto. Sola-, respondió con la voz entrecortada, como si casi se quebrara a llorar.

-¿Pero por qué? ¿Ni si quiera vas a esperar a tu padre?-, pregunté.

-No, debo irme sola. No quiero ver a mi padre, no puedo-, insistió.

-Alessa, deja los rodeos y dime qué demonios pasa. ¿Qué te dijo tu exnovio?-, volví a preguntar.

-Nos vio besándonos o no sé qué más, pero mis ex nos vio allá afuera y está furioso. Me amenazó con decirle a mi padre-, reveló angustiada.

-Mira, no te preocupes. No caigas en sus chantajes. Yo mismo hablaré con ese chico-, le dije para que se tranquilizara.

-No, no lo hagas. Mañana yo misma lo haré. Por ahora, es mejor que nos vayamos a nuestras

habitaciones-, me dijo Alessa y le tomé la palabra.

En el camino le pregunté por Rubén y me aseguró que ya estaba en su habitación, muy cansado. Traté de convencerla de que se quedara un rato más conmigo, pero se negó. Estaba asustada. Algo me decía que había mucho más que la amenaza del imbécil de su ex y claro que me preocupaba.

Aunque no conocía al idiota ese, era posible que nos dejara en descubierto, lo que siempre estuve evitando. Por un momento sentí que estaba todo perdido, pero no le insistí más y me fui a descansar. Ya la segunda opción de la noche la había rechazado, así que me tocaba dormir y esperar a lo que pasara al siguiente día.

No pude dormir bien pensando en cómo ahora sí Rubén podría saber que estaba follando a su hija de 20 años. Trataba de concentrarme en pensar otras cosas, incluso en masturbarme, pero nada me ayudaba.

Al final, no pegué un ojo en toda la noche, ni quise escribirle a Alessa, pues, me había pedido que la dejara descansar o no me comunicara con ella hasta que mediara. Eso de mediar fue lo que me alertó.

Al amanecer, de inmediato pedí el desayuno en la habitación y me arreglé para salir a verme con Rubén, con la certeza de que todavía no supiese nada y afortunadamente así fue.

A las 8 de la mañana en la sala de espera, mi socio me dijo que nos iríamos al mediodía, puesto a que ya había cerrado el acuerdo con los clientes que se entrevistó la noche anterior y su hija se había ido en la madrugada. Ya no teníamos nada que hacer allí. Ni ir de paseo. Lo cual fue perfecto. También necesitaba regresar para arreglar el grave problema que se avecinaba.

CAPÍTULO III

Apenas puse un pie en Madrid, no esperé ningún aviso de Alessa y la llamé, pero no contestaba. Ni siquiera los mensajes por WhatsApp. Esperé unas horas y no aparecía. Mi preocupación aumentó, pero entonces Estela me pidió una reunión para darme los pormenores de la empresa durante mi ausencia, lo cual también me interesaba.

Por si fuera poco, Estela estaba molesta y no lo disimulaba. Su trato hacia mí era tan frío como si de un desconocido se tratase, incluso, la reunión se tornó a un laberinto sin salida. Nada concordaba y surgieron problemas de donde no los había, lo cual la hizo enfurecer más.

“Si no te hubieras ido de fiesta con una jovencita, te habrías quedado aquí organizando al pie de la letra tus verdaderos compromisos”, asestó esta mujer en medio de un ataque psicótico. Le pedí que bajara la voz y se marchara hasta que estuviera más relajada.

Es que era lo que me faltaba. Una escena de celos de mi asistente, ex-amante.

Desde hacía mucho tiempo atrás lo mío con Estela había terminado, y de hecho, ella tenía una relación o eso es lo que me había hecho creer, pero ahora estaba celosa de Alessa.

Aunque se lo negara, insistió y de algún modo se dio cuenta que tenía un amorío con ella, y no le agradaba en lo más mínimo. De hecho, a partir de ese día se dedicó a tratar de convencerme de que dejara eso de un lado y lo intentara con ella. Mil complicaciones a la vuelta de la esquina.

Esa fue la primera sorpresa con la que me conseguí justo al regreso. Más tarde, al fin pude hablar con Alessa y fue para peor. Me devolvió la llamada para anunciarme que había vuelto con su ex y que ya no me quería ver.

Eso me dolió, pero ya estaba tan harto de la situación, que se lo acepté. “Si es lo mejor para ti, no tengo problemas con ello. Suerte, niña. Cuando quieras, estaré disponible para ti”, fue lo que alcancé a decirle antes de me colgara el móvil.

En el momento sentí que fue lo mejor para salir del paso, pero luego, meditando en mi cama me di cuenta que debí preguntarle por qué había cambiado de parecer de un día para otro y jamás me dijo qué sucedió con las amenazas de su amorcito, pero al mismo tiempo me convencía de que sí era lo mejor. Tenía que salir de esa encrucijada en la que yo mismo me había metido. Pero no fue así del todo.

Los días pasaban y yo no me podía olvidar de esa chiquilla peligrosa. Más que deseo, comenzaba a extrañarla. Esa picardía y complicidad que había vuelto a tener en mi vida se había esfumado de la noche a la mañana y la necesitaba. Pero era consciente de que en algún momento tenía que acabarse con ella, solo que por algunas noches no lo quería aceptar.

Por un lado quería aceptar que sentía algo más por ella, pero por otro me lo trataba de negar, pues, ya estaba lo suficientemente acostumbrado a mi vida de trabajo e ir de falda en falda, que esto aunque diferente, se me hacía fastidioso. Me sentía complicado, pero sin estarlo, porque Alessa se había salido de mi vida.

A veces trataba de comunicarme con ella, pero era en vano. Su teléfono estaba fuera de servicio, ni siquiera se aparecía por la oficina para ver a su padre como a veces lo hacía y Rubén, tampoco me la nombró más por largo rato.

Por mi parte, no me atrevía a preguntarle por ella hasta que en un día común y corriente en mi despacho, se sentó un rato para pedirme un consejo que no le pude dar.

-Álex, estoy preocupado. Alessa se quiere casar-, me dijo en un tono angustiado que jamás le había escuchado.

-¡Hombre, pero si solo tiene 20 años!-, respondí impresionado, luego de unos segundos de silencio.

-¿Te impresionaste? Pues, imagínate yo que soy su padre y quiero lo mejor de lo mejor para ella-, comentó.

-Te entiendo, pero a la vez no sé qué decirte, Rubén-, agregué disimulando que me había caído como piedra en el estómago la noticia que me estaba dando.

-Sí, es comprensible. Todavía no tienes hijos, o una hija que a los 20 años ya se quiera casar con un chiquillo bueno para nada-, agregó.

-¿Y es con este chaval al que fue a la fiesta en Barcelona?- pregunté para asegurar y conseguir más información.

-Sí, con ese mismo. Un tío que conoció este mismo año y no han hecho más que terminar y volver, terminar y volver. Son un desastre-, seguía revelando Rubén.

-Pero bueno, también sé cómo es ella. Quizás y en unos días se le pasa la idea-, sentenció.

-Esperemos-, dije al final, esperando a que sí se olvidara de esa estúpida idea.

Ahora menos que nunca podía quedarme tranquilo o de brazos cruzados. No podía permitir que se casara con un cretino y todos los recuerdos se me vinieron a la mente. Las noches de pasión, los pequeños momentos en los que apenas teníamos tiempo para besarnos o dar una follada rápida, hasta todo lo que nos faltó.

Y era ahí cuando me sentía imbécil, por no saber aprovechar más esos momentos o no arriesgarme, sin importar lo que pudiera ocurrir. Después de todo, sí me gustaba de verdad, pero apenas lo venía a aceptar.

Me preguntaba una y otra vez el por qué no fui más honesto conmigo mismo, con ella y con Rubén. Debí ser valiente y asumir lo que ocurría entre nosotros. No solo se trataba de follar.

Esa niña me encantaba en todos los aspectos y aunque no me veía en un altar con ella, sí que la quería conmigo, en mi vida, en mis días. Era lo que siempre estuve buscando y no encontraba, pero me estaba dando cuenta, quizás, demasiado tarde.

Después de salir de la oficina ese día no me fui a casa como casi siempre, preferí llegar al bar de la esquina para tomar unos tragos y pensar qué haría al respecto. Sentado en la barra más tranquilo se me ocurrió llamarla y nuevamente no obtuve respuesta, así que le envié un mensaje.

Álex: ¡Hola, Alessa! Tiempo sin saber de ti, espero estés muy bien.

Alessa: ¡Hola, Álex! Estoy muy bien. Muy ocupada con mi carrera como modelo. ¡Saludos!

Álex: ¡Enhorabuena! Me alegro mucho que ya estés logrando tus metas. Espero verte pronto.

Alessa: ¡Gracias!... No creo que eso sea posible.

Álex: ¿Y eso por qué?

Alessa: Porque pronto me voy del país. Con mi novio.

Álex: Vale, entonces que te vaya de lujo, niña.

Esta chiquilla me lanzó una bofetada con esas respuestas. Quedaba claro que ya no debía insistir más, aunque tuviera mis dotes de buen conquistador.

Quizás podía tentarla a una última noche de pasión, pero estaba claro que sería complicado, así que por ahora la dejaría tranquila. Sin embargo, también estaba claro que me habría gustado conseguir algo más, pero no quería insistir en algo que ya no le veía ni pies ni cabeza. No me convenía.

Entre una copa y otra pasaban los minutos y de pronto llegó Estela al sitio. Sé que le gustaba, así que no me pareció una sorpresa, ni mucho menos que me estaba persiguiendo, como lo venía haciendo últimamente, así que le hice unas señas para que me acompañara por el rato que me quedaría allí. Ese día se había vestido bastante provocativa, ¿por qué no aprovechar de darle unos vistazos de más? Eso fue lo que pensé apenas se me acercó junto a la barra.

Es que de hecho, era muy guapa y atractiva, también muy buena amante. Bastante experimentada, ni hablar como asistente, no me podía quejar, su único problema es que esperaba más que unos polvos conmigo, cosa que yo no estaba dispuesto a ofrecerle.

Pero esa noche hubo una excepción. La situación me empujó un poco y aunque fui muy sincero, ella igual cedió y terminamos revolcándonos en su casa, como noches anteriores. Estuvo increíble, no me podía quejar, hasta que hizo de las suyas.

En el momento que me metí a la ducha, mi móvil sonó y ella lo tomó sin siquiera pedirme autorización. Resulta que Alessa me llamó y Estela contestó. La chiquilla era joven, pero no tonta, pues, que una mujer respondiera mi teléfono a altas horas de la noche no podía significar otra cosa más que estaba follando.

Mi pareja de la noche era mucho más astuta y aprovechó la oportunidad para lograr su cometido y hacerle creer a Alessa que era mi novia, para terminar de confundir la situación.

Apenas escuché la pelea desde la ducha, inmediatamente salí para ver qué pasaba y encontré a Estela en plena discusión, la cual terminó cuando le pedí el teléfono.

-A ver, ¿por qué rayos contestaste la llamada, Estela?-, pregunté furioso.

-Porque te estabas bañando y pensé que era algo urgente-, respondió sin pensarlo mucho.

-Entiendo, pero debiste dar menos detalles y pedir que me llamara más tarde o que luego le devolvería la llamada. Escuché perfectamente lo que dijiste-, refuté.

-Es que ya basta de ese jueguito con la hija de tu jefe. Esa niña te va a meter en graves problemas, ya te lo advertí-, alegó ella.

-Eso es mi problema, Estela, también te lo dije antes. No sé a qué juegas. No es que solo quieres alejarme de ella, es que te empeñas en que esté contigo y hacerle creer al resto que andamos, eso es lo que más me molesta-, le aclaré.

-Yo solo te quiero ayudar-, insistió y rompió en llanto.

Entendía que el hecho de saber que sí me podía meter en problemas por lo que tuve o tenía con Alessa era algo que Estela quería evitar y meterse por el medio era propicio, además, ella quería intentarlo, pero yo no.

Ya estaba harto, entonces sin compadecerme antes sus lágrimas, me vestí y me fui lo más rápido que pude. También le pedí que olvidáramos lo que pasó por el bien de ambos, incluso, más por ella que por mí.

Lo siguiente fue llamar nuevamente a Alessa y ahora sí me respondió al instante.

-Alessa, ¿qué sucede? Ahora si soy yo, Álex. Háblame-, pronuncié apenas contestó.

-Álex, te estaba llamando porque necesitaba hablar contigo de urgencia, pero ya me dijeron que estás ocupado. Disculpa-, dijo con una voz de desconsolada nada normal.

-No, niña. Descuida, ya voy camino a mi casa. Dime lo que quieras-, insistí.

-Bueno, yo estoy en la puerta de tu casa-, dijo.

-¡Joder! Espérame allí, ¿vale?-, le dije.

Aceleré y en menos de cinco minutos ya estaba aparcando el coche en las afueras de mi casa. Allí estaba Alessa en su coche esperándome. Me bajé volando y corrí hasta ella. Estaba afligida. La abracé e hice pasar.

-No estaré mucho tiempo aquí-, me dijo. –Solo vine a decirte que me he alejado de ti todo este tiempo porque mi novio continuó con sus amenazas de contarle lo nuestro a mi padre y otras cosas de mí que no sabes ni vienen al caso, pero que a mi padre si lo decepcionarían más-, agregó.

-Alessa, lo que haya pasado entre nosotros y lo que sea que hayas hecho no es tan grave como dejarte manipular de esa forma. No puedes estar con alguien que te está haciendo daño-, le respondí.

-Es que tú no te imaginas. Siempre he sido los ojos de mi padre y lo he defraudado un montón de veces. Ya no quiero hacerlo de nuevo y menos con las cosas más graves que he hecho-, insistió.

-Te repito, nada es peor que dejarte manipular. Conozco a Rubén desde hace muchos años, sé que preferiría que le dijeras la verdad antes que casarte con un imbécil como tu novio-, le revelé.

-¿Cómo sabes que me voy a casar?- preguntó asombrada.

-El mismo Rubén me lo confesó hoy, preocupado-, le comenté y comenzó a llorar sin consuelo.

-Yo no me quiero casar, Álex. Con él no, pero no sé qué hacer-, pronunciaba entre el llanto.

-Niña, no tienes que hacerlo. No entiendo cómo puedes dejar que tu noviecito te haga esto sabiendo lo estúpido que es, ¡por favor! Mándalo al demonio y que diga lo que quiera-, dije, mientras la abrazaba.

-¿Y qué hay de ti? ¿Estás dispuesto a correr el riesgo de romper la relación con mi padre? Porque eso sí no te lo perdonará así de fácil-, argumentó sabiamente.

-Estoy dispuesto a correr el riesgo. No puedo permitir que seas esclava de algo en lo que yo también tengo responsabilidad-, respondí con seguridad.

-Ay, Álex. Esas son las cosas que me vuelven loca por ti-, me dijo y me besó. – Sin embargo,

también sé que estás con Estela, la secretaria esa y quién sabe con cuántas mujeres más y eso no me gusta-, añadió Alessa.

-Aclaremos esto un momento. En primer lugar no tengo nada con Estela. Sí, no te niego que hoy tuvimos relaciones y que hace tiempo atrás fuimos amantes, pero no es mi pareja, tampoco tengo otras y en segundo lugar, tú y yo tampoco somos nada, así que no te tengo por qué guardar fidelidad y por último, tú sí tienes pareja, niña-, le expliqué.

-Tienes razón, pero siempre te demostré que me gustabas en serio. Yo sí quería ir en serio contigo, solo que me desanimaba ese miedo tuyo a que mi padre supiera lo que teníamos. No tenías cojones, pues-, sentenció la chiquilla. – Y bueno, ahora quiero saber si de verdad vas a estar conmigo o no-, preguntó nuevamente.

-Alessa, por ahora es mejor que termines de resolver los problemas que tienes con tu novio y luego arreglamos nuestra situación, ¿entiendes? Yo quiero, pero las cosas como son y ya deberías estar en tu casa. Mira la hora que es-, le dije.

-Ya veo que sigues sin tener cojones. Y no me mandes a casa, yo me voy de aquí. No te vine a rogar nada. Hasta nunca-, repicó Alessa y sin mediar más, se fue.

Sabía que era una manera de chantajearme, pero me preocupaba que realmente arreglara el problema con el cretino de su novio. No sabía qué hacer. Ahora menos que nunca me respondía nada y realmente estaba dispuesto a afrontar todo lo que tuviera que hacer para asumir una relación con ella, pero cómo complicaba las cosas esta mujer.

Deje de insistir por esa noche y esperé al otro día a ver cómo fluían los acontecimientos. De hecho, esperé una semana más para hablar de nuevo con Alessa. Sabía que necesitaba espacio para que tomara una decisión concreta, esperando que fuera la mejor para su bienestar.

Mientras tanto, el trabajo en la empresa era muy próspero y casi no me daba tiempo de hablar con mi socio para enterarme de más cosas con respecto al posible casamiento de su hija. De igual forma, la intensidad de Estela se mantenía.

Ahora estaba furiosa conmigo y mezclaba nuestras relaciones interpersonales con el trabajo. Estaba como en una especie de rebeldía. No me llevaba los informes ni los documentos que debía firmar a tiempo, en fin, me hacía la vida imposible.

-Estoy pensando en renunciar. Se me hace difícil trabajar contigo-, me dijo de pronto.

-¿¿Qué?! ¿Acaso estás loca, Estela?-, le pregunté irónicamente, me parecía un total chantaje.

-No estoy loca. No quiero trabajar más contigo. Por más que quiera llevar la fiesta en paz, me tratas tan indiferente que me fastidia, pareciera que no quisiera ni que te hablara-, refutó Estela.

-Querida, no sé de qué me hablas. Te he tratado igual que siempre. La que llega molesta a la oficina sin razones ni motivos eres tú. La que siempre llega peleando por todo eres tú. Me tratas con rencor y aun así no te digo nada y encima me vienes a acusar en mi cara de que te trato mal. No sé qué tienes, Estela. La verdad-, le dije un poco alterado.

-¿Te fijas? Te alteraste porque te he dicho la verdad y así no quiero seguir-, insistió.

-Bueno, te adelantaré las vacaciones la próxima semana para que medites sobre lo que me acabas de decir y no se diga más. Debo salir ahora mismo a una reunión-, le dije y salí de inmediato de la oficina, sin dejarle tiempo a reaccionar. Esta mujer me estaba volviendo loco, pero de la

desesperación.

En ese momento revisé el móvil y tenía mensajes de Alessa en los que me aseguraba que no había marcha atrás, lo mejor era casarse con su novio porque estaba loco de atar. Se la había llevado a Barcelona engañada y resulta que la había secuestrado. No la dejaba salir y no sabía qué hacer, pero lo mejor era que no dijera nada.

No entendía qué sucedía, pero ya todo pintaba de mal a peor. No sabía exactamente qué cosas tan graves pudo haber hecho esta niña para temerle tanto al noviecito que tenía, pero sí tenía que hacer algo de inmediato porque lo del secuestro era algo más que delicado.

A todas estas, llamé a Rubén con la excusa de reunirnos para hablar sobre una nueva campaña publicitaria y promociones, cuento que se creyó completito. Por supuesto, aproveché para preguntarle sobre su hija y efectivamente, me confirmó que se había ido de viajes con su ahora prometido.

“Por cierto, tengo dos días sin hablar con ella. He estado tan ocupado que no me ha dado tiempo de llamarla y ella tampoco lo ha hecho. Ha de estar muy entretenida”, me dijo y cambió el tema rápido.

Pero ya tenía alguna pista. Efectivamente, Alessa estaba incomunicada y secuestrada, tal y como me lo había dicho unos minutos antes. Me preocupaba en exceso y no sabía qué hacer, pero tenía que moverme de inmediato porque lo más probable es que corría peligro con ese patán.

No me quedó de otra que hablar con Estela nuevamente para pedirle que se encargara de la oficina mientras yo viajaba por una emergencia familiar. Sin darle más explicaciones para que no husmeara ni sospechara algo, pero fue inútil.

No sé cómo pero apenas llegando al aeropuerto, Estela me preguntó qué haría en Barcelona. Por supuesto, no emití respuesta alguna. Debía concentrarme en contactar con Alessa a donde quiera que estuviera, pero la mayor sorpresa para mí fue que al salir del hotel donde me hospedé, mi querida asistente estaba llegando.

-¿Qué haces aquí Estela?! Te dejé encargada de mi trabajo en Madrid-, le dije molesto, casi gritando delante de la gente.

-Rubén me envió para aquí de urgencia-, respondió con serenidad y hasta una sonrisa irónica.

-¿A qué?-, pregunté dudoso.

-A buscar a su hija. Tiene varios días aquí y no sabe de sus existencia, pero no está demasiado preocupado, por eso me envió a mí, supongo-, respondió un poco nerviosa. No me cuadraba su historia. Mucho menos que llegara casi que al mismo tiempo que yo y al mismo hotel, habiendo millones en la ciudad.

Estaba tan molesto que la dejé allí parada. Necesitaba comunicarme de inmediato con Alessa, pero esta no respondía absolutamente nada. Se me ocurrió preguntar si estaba hospedada allí, como la última vez, pero en la recepción no me dieron detalles, eran muy reservados al respecto.

Entonces no sabía si quedarme allí o buscarla en la calle, pero de inmediato pedí a mi chofer que me recogiera cuanto antes, mientras intentaba una vez más localizarla.

A pesar de que esperé respuesta durante un rato, el chofer fue más rápido así que me embarqué y le pedí que me llevara a otros hoteles cercanos para preguntar por ella.

A todas estas, se me hacía extraño que Rubén no me llamara para decirme algo de su hija o de los negocios. Nada me concordaba en el momento, llegué a pensar que era parte de la angustia que me embargaba.

En medio de la desesperación, finalmente tenía noticias. Alessa me envió un mensaje en el que me indicaba que estaba en el mismo hotel donde nos hospedamos el día del desfile, es decir, de donde acababa de salir, en la habitación 241 y ahora mismo estaba sola, por lo que tenía que apurarme si quería sacarla de allí antes de que fuera demasiado tarde. No podía creer que estuve tan cerca y ahora tenía que devolverme de donde no debí salir. Le pedí al chofer que acelerara sin piedad y en menos de 10 minutos llegamos.

De inmediato me dirigí a la habitación, pero en el ascensor estaba Estela y no pensaba dejarme salir. Quería llevarme a su habitación con la excusa de que necesitaba hablar de urgencia conmigo.

-Ahora no puedo, mujer. Tengo una emergencia-, le respondí.

-¿Cuál emergencia? Que yo sepa, tú aquí no estás haciendo nada importante, más que escaparte de tus responsabilidades para pasarte un buen fin de semana-, gritó molesta.

-Estela, te has vuelto loca y no estoy para contemplarte. Por favor, déjame salir. No te quiero lastimar-, le advertí. Ya me estaba haciendo perder la cordura.

-¡Dime a dónde vas!-, insistió.

-Está, bien. Te diré. Pero muy discreta. Yo sé dónde está Alessa y he venido a buscarla. Está en problemas, pero déjame saber qué sucede y luego te comunicas con Rubén. Por favor, hazme caso y ayúdame- le pedí.

Parece que fue peor decirle lo que pasaba. Estela ahora sí no midió las consecuencias y activó la alarma de emergencia del ascensor. Este se detuvo lejos del piso al que iba y de inmediato llegó un equipo de rescate a sacarnos del mismo, para hacerme perder el tiempo.

Los oficiales, al percatarse de que realmente no sucedió nada, comenzó a interrogarnos. Le dije que por mí no hubo problemas, que hablara con Estela y me esfumé del sitio directo a las escaleras con la esperanza de llegar a tiempo, pero por fortuna conseguí otro ascensor que me llevara directo al piso donde estaba Alessa, solo que al llegar, fue demasiado tarde.

Toqué la puerta y no salió nadie. Ya se habían ido. Las llamadas y los mensajes fueron en vano. ¡Putra madre! Me sentía impotente.

La situación se me estaba escapando de las manos y estaba decidido a decirle todo a Rubén. Teníamos que salvar a su hija secuestrada, pero Estela volvió a interponerse. De pronto estaba allí en frente de mí.

-No están aquí-, pronunció mientras me miraba desafiante.

-¿Cómo lo sabes?-, pregunté confundido.

-Alessa habló conmigo-, respondió Estela.

-¿Te dijo a dónde se la llevaron? ¿Cómo está?-, insistí preocupado y a la vez con esperanza de que estuviera bien.

-Sí, ella está bien. Salió a recorrer la ciudad con su novio. No tienes nada de qué preocuparte-,

me dijo muy serena.

-¿Estás segura? A mí me dijo que estaba en problemas-, le expliqué nuevamente confundido.

-Por supuesto que estoy segura. De hecho, me dijo que nos viéramos en la noche en el restaurante para cenar y mañana nos regresábamos juntas a Madrid por la tarde. Estaba un poco molesta porque su padre me mandó hasta aquí-, argumentó.

-No entiendo nada de lo que está pasando, pero alguien está mintiendo-, le dije.

-Ya te he dicho que esa tía es una inmadura que no para de meter en problemas a la gente, pero no me haces caso. Deberías volver al trabajo y dejarme todo esto a mí-, insistió, así que le dije que entonces me iría de inmediato, lo cual era mentira.

Necesitaba averiguar qué demonios pasaba en realidad, porque no me creía la historia de ninguna y ya me estaba molestando. Me planté en el restaurante para enfrentarlas a ambas.

Mientras esperaba me tomé unas copas y hablé con Rubén. Lo llamé para preguntar cómo marchaban las cosas en la empresa y pues, comprobar si ya estaba al tanto de su hija, pero mi sorpresa fue que me preguntó por mi asistente y la supuesta reunión a la que me acompañaría.

-A ver, ¿me estás diciendo que Estela te dijo que vendría conmigo a Barcelona?-, le pregunté.

-Obviamente. Es tu asistente, ¿no?-, respondió.

-Sí, claro. Creo que escuché mal-, le mentí mientras me confundía un poco más.

-¿Qué has sabido de tu hija?-, pregunté tajante.

-Que sigue de paseo con su novio y no regresa hasta el fin de semana. Si puedes, habla con ella y dile que la quiero mucho. Está molesta conmigo porque me opuse a su relación. Ya sabes cómo son estas chiquillas de hoy en día-, me comentó triste, pero tranquilo a la vez.

Pero ahora todo comprobaba que Estela me estaba mintiendo. Sospechaba de una complicidad con el prometido de Alessa. Lo mejor fue que ya estaban llegando cuando terminé de hablar con mi socio y logré ocultarme de ellos.

Llegaron los tres. Estela comandaba a la pareja y Alessa se veía molesta, triste y obligada. Esperé a que se acomodaran bien. Estela miraba nerviosa a todos lados, como percatándose de que nadie sospechara de su situación, pero cuando les sirvieron la comida, fue el momento preciso para aparecerme en sus narices.

-¡Vaya! Pero qué sorpresa encontrármelos aquí-, les dije a los tres, quienes me miraron perplejos.

-¡Álex! ¿Qué haces aquí? Me dijiste que te ibas de inmediato-, dijo Estela más sorprendida que todos.

-Pues, lo haría, pero nada salió como esperaba-, respondí sonriendo sarcásticamente.

Ella quedó muda, el novio de Alessa no podía creer que yo estuviera allí, pero noté cuando le haló por el cabello, fue la señal para entender qué la mentirosa era Estela. Lo que me decía Alessa era verdad y tenía que sacarla lo más rápido posible de allí. Nada fácil.

-Te puedes sentar con nosotros-, dijo Alessa nerviosa, casi llorando.

-Con gusto, guapa. Los acompañaré un rato. Me da gusto que estés aquí-, le aseguré.

-Pero luego me quedaré a hacer unas cosas de chicas con Estela, así que no te quitaríamos más tiempo para que te marches-, agregó.

-No te preocupes, no estaré mucho rato aquí. Lo que sí quiero que sepas es que tu padre está muy angustiado por ti y está a punto de llegar para hablar contigo-, le advertí a modo de presión.

Miró a su novio y este le hizo una seña. Estela me miró a mí y dijo hecha un manojo de nervios: “Pero no es necesario”.

No respondí más, solo me levanté y tomé a Alessa por un brazo y esta de inmediato se salió de la silla. Le dio un manotón a su novio y se vino conmigo.

-¡No te puedes ir con él!- le gritó el cretino ese a Alessa

-¡Si lo haré y no me importa nada!-, le respondió ella.

-Ya sabes lo que te va a pasar-, la amenazó.

-No me importa-, pronunció y me indicó que saliéramos de allí de inmediato.

Estela trató de alcanzarnos, pero le advertí que si insistía me las iba a pagar caro y se quedó en medio del hotel con un ataque de rabia. Nosotros salimos de inmediato a otro lado, lejos de esos manipuladores.

CAPÍTULO IV

Apenas salimos del hotel, Alessa se me lanzó a los brazos a llorar. Estaba molesta, llena de impotencia y todavía con miedo por las consecuencias que pudiera tener que afrontar por escapárseles tanto a su novio como a Estela, quien era cómplice de todo.

-No me importa lo que pueda pasar, solo quiero no volverlos a ver más nunca en mi vida-, gritaba Alessa en medio del llanto inconsolable.

-Tranquila, niña. Ya estas a salvo conmigo. Dentro de poco estarás en tu casa, te lo aseguro-, le dije para calmarla un poco.

-Tomás y Estela las tienen que pagar. Ellos se juntaron para hacerme daño-, aseguró.

-¿Cómo lo sabes?-, pregunté un poco sorprendido.

-Porque ellos son hermanos. Son un peligro. Sobre todo la estúpida de Estela. Está obsesionada contigo y obviamente no soporta saber que tú y yo tenemos algo, ¿sabes? Es capaz de hacer cualquier cosa para que estemos alejados-, reveló Alessa mientras íbamos de vuelta a Madrid.

-Cuéntame todo con detalles porque la verdad es que todo se me hace confuso, Alessa-, le pedí.

-Está bien. Todo comienza desde la última vez que fui a la oficina. A Estela le pareció extraño que estuviese allí y pues le conté que había ido a ver a alguien. Me vio contigo y lo entendió todo. También supuso más cosas por la obsesión que te tiene. Luego, Tomás trató de reconquistarme y al ver que yo no quería nada porque estaba contigo, se lo contó todo a su hermana y armaron un plan-, continuó explicando.

-Y todo esto pasaba a mis espaldas. Nunca debí creerle nada a Estela-, mencioné.

-No, nunca debiste confiarle nada. Pues, ella sabe todos tus movimientos y el plan era obligarme a casarme con Tomás para que a ella le quedara el camino libre contigo, porque de lo contrario, no solo le dirían a mi padre lo que tú y yo hemos hecho, sino también, que en dos oportunidades ayudé a Tomás a trasladar drogas. Ellos están metidos hasta el fondo en esos negocios. ¿Ya entiendes cuál es mi miedo a que papá se entere de todo?-, reveló mientras caía nuevamente en llanto.

Ahora entendía más la situación, sin embargo, estaba dispuesto a ayudar como fuera a Alessa. Incluso, si yo saldría perjudicado, pero era grave lo que esos dos cretinos le estaban haciendo. Solo quería poner un pie en Madrid para actuar enseguida. No podía permitir que se salieran con la suya.

Lo bueno de todo esto es que Alessa al fin entendió que no era necesario que se casara con Tomás, pero que debía ser firme en cualquiera de las decisiones que tomara y con lo que tuviera que asumir, por mucho que no fuera de su agrado.

Pensaba y pensaba sobre el siguiente paso que daría, pero en medio de ello, tenía a esta niña de nuevo conmigo, entre mis brazos. No pude resistirme en acariciarle el rostro, que aunque cansado y con el maquillaje arruinado por las lágrimas, me gustaba.

Quería probar sus labios y no pensé dos segundos más para besarla. Ella me respondió de la misma manera, estábamos sedientos el uno del otro. “Cuánta falta me hiciste”, susurró y nos

abrazamos hasta quedarnos dormidos en pleno viaje.

Al despertar, ya estábamos aterrizando. El plan era que Alessa se fuera directo a su casa para descansar y al siguiente día contarle a su padre lo que había sucedido con Estela y Tomás. Por mi parte, ella estaba más que despedida de la empresa. Al final, Rubén se enteraría de todo, así que lo mejor era enfrentarlo lo más pronto posible y antes de que esos cretinos se nos adelantaran.

La mayor sorpresa fue que Rubén estaba en el mismísimo aeropuerto esperándonos.

-¡Eres un traidor! Te metiste con lo más sagrado que tenía-, gritó en medio de la gente apenas me vio llegar junto a su hija.

-Espera, Rubén. Todo tiene una explicación-, le dije intentando calmarlo.

-No tienes que explicarme nada. Ya Estela me lo dijo todo, me hizo abrir los ojos. Fui un estúpido al confiarme de un tipo como tú-, agregó molesto.

-Entiendo que te sientas traicionado por mí, pero tenemos que hablar y no es aquí precisamente-, le insistí.

-No tengo nada que hablar contigo. No quiero hacerlo. Lo único que quiero es que te desaparezcas de mi vista y olvídate de negocios. No seré más tu socio. Habla con mis abogados-, mencionó Rubén, tomó a Alessa por un brazo como a una niña de 9 años y desapareció.

Yo ya estaba preparado para ese tipo de reacción, solo que no imaginaba que se negaría a escucharme. Pensé que sería un poco más flexible, pero la furia que llevaba dentro fue más fuerte que él. Sin embargo, lo mejor era esperar a que se le pasara un poco la impresión, tenía la certeza que en unos días reflexionara mejor y pudiéramos arreglar los malos entendidos.

A todas estas, me llegaron mensajes de Estela.

Estela: Prepárate para lo que te toca. Vas a desear nunca haber conocido a la zorra de Alessa.

Te vas a arrepentir de haberme engañado. Me las vas a pagar.

Álex: Estela, por favor. Deja las amenazas y compórtate como una mujer madura. Yo nunca te he engañado. Deberías olvidarte de mí y tratar de seguir con tu vida.

Por cierto, estás despedida. No serás más mi asistente.

Estela: No seré tu asistente, pero seguiré en la empresa. Rubén no permitirá que me despidas. Él se va a quedar con todo y tú quedarás sin empresa, sin dinero y sin Alessita. ¡Ja, ja, ja!

Era irreconocible esa Estela. Jamás imaginé lo loca obsesiva que podía ser. De lo único que me arrepentía era haberme metido con ella. Ya era suficiente por ese día. No le presté atención a sus amenazas y de inmediato me fui a casa. Allí me esperaba doña Angélica angustiada. Necesitaba descansar. Aunque antes de dormir me comuniqué con Alessa, quien estaba triste.

Rubén había decidido mandarla a París para que continuara con su carrera como modelo y por supuesto, alejarla lo más que pudiera de mí. Cosa que me parecía una decisión apresurada de Rubén y de la cual, probablemente se arrepentiría pronto. Lo conocía bien, pero cuán equivocado estaba.

Rubén realmente estaba demasiado dolido por lo que se había enterado, que no era ni la mitad de la verdad. Estela se encargó de inventarle una historia muy distinta a la real, por lo que más tenía

que insistir en lograr que me escuchara.

-Álex, he hablado con papá y me contó todo lo que le dijo Estela. Es la mentira más grande que me han podido contar, pero él lo cree. Mucho más que a mí y está decidido a desasociarse de ti-, me dijo Alessa en una llamada que le di justo antes de salir a la empresa.

- ¿Pero va ahora a la oficina? Necesito sentarlo para que hablemos. A mí sí me tiene que creer-, respondí.

-No creo que lo haga. De hecho, envió a unos abogados para que sean mediadores. No te quiere ver la cara. Estela le dijo que me habías engañado para acostarte conmigo, que tú estabas enredado en negocios con mafiosos y me habías metido droga para trasladarla a Barcelona, que para eso es que me estuviste buscando. Le inventó que yo todo eso se lo dije a Tomás y él trató de salvarme. Por eso me pidió matrimonio, para llevarme lejos de ti-, me explicó.

-¡Qué estupidez más grande! No entiendo cómo Rubén se puede creer semejante tontería, ¡por favor!-, insistí.

-Es lo que le he dicho, aunque asumí que tú y yo sí habíamos tenido algo. Eso le molestó mucho-, agregó.

-Lo entiendo, pero ya verás que lo haré cambiar de parecer-, le comenté.

-No lo creo, en serio está dispuesto a no hablarte más y desligarse de la empresa. De hecho, ya tiene pensado en montar una agencia de modelaje en Barcelona y dedicarse a otros negocios allá, mientras yo estudie en París. Ya no te veré más, Álex-, aseguró Alessa.

-Descuida, nada de eso pasará. O al menos no te irás-, sentenció.

Salí de inmediato a la oficina. Nada me detenía. Quería arreglar los problemas con Rubén como fuera. No podía permitir que Estela una vez más hiciera lo que le diera la gana.

Pero al llegar a la empresa, efectivamente me estaban esperando los abogados de Rubén. Querían que le vendiera mis acciones o definitivamente desligarnos, comprando yo las suyas. La idea era no seguir como socios en Maravilla, así que lo llamé al móvil, pero fue inútil.

No me quedó más que aceptar la separación, pero yo me quedé con toda la empresa. Después de que me costase tanto tener lo que ahora tenía, no lo podía perder por una mentira. Me volví a endeudar hasta los huesos, pero debía continuar con Maravilla.

Ya que no daba la cara, el siguiente paso fue buscarlo en su propia casa. Lo conseguí en horas de la noche de ese lunes y seguía molesto. Apenas y me dirigió la palabra para decirme que me olvidara suyo y de su familia.

“Maldito el día en que confié en ti”, pronunció y se marchó a su habitación. No me quedó más que dar media vuelta e irme, pero justo cuando salía por la puerta, Alessa me llamó para hablar antes de que fuera.

Estaba angustiada por los nuevos planes de su padre, pero estaba decidida a obedecerlos. Después de todo, quería vivir nuevas experiencias, pensamientos típicos de una chica de su edad con ganas de comerse al mundo, entonces entendí que lo mejor era seguir por mi lado y dedicarme ahora a trabajar en solitario para solventar las deudas que tenía y salir adelante con Maravilla.

Llegué derrotado a casa una vez más. Me lancé en los muebles de la sala de juegos y le pedí a

doña Angélica que no me sirviera comida, solo quería tomarme unos tragos y dormir. Pensaba que nada había valido la pena.

Después de todo, tenía que terminar por aceptar que lo que tuve con Alessa solo fue otro de mis amoríos de una o varias noches, pero no más que eso. Y que al fin y al cabo, ya no se daría más nada. Tenía que continuar la vida que ya me había trazado.

Pasó una semana y nuevamente no sabía nada de Alessa ni de Rubén. Nada de esa familia. Por otro lado, el nuevo rumbo que había en la empresa marchaba de lujo, pero ahora necesitaba una nueva asistente que fuera mi mano derecha en Maravilla y fue así como llegó Cristina a revolucionar mi vida.

CAPÍTULO V

En los últimos meses mi trabajo, relaciones y entorno cambiaron drásticamente. Haber conocido a Alessa, sin dudas, me hizo darme cuenta de muchas cosas. La primera es que me sentía motivado hacia el amor como nunca antes me había pasado, finalmente había perdido el temor por lo que pensara su padre en cuanto a la relación o por las amenazas de Estela y Tomás para alejarnos.

También, que ya podía ser el único responsable de mi propio negocio. Sin embargo, lo malo es que de igual forma no teníamos una relación. Nada resultó tan bien como pensé que podía ser.

Cuando finalmente las aguas se tornaron más tranquilas conocí a Cristina Vergara, una chica que se postuló para el cargo de asistente en mi oficina y quedó seleccionada. Es muy lista a pesar de tan solo tener 25 años.

Indudablemente atractiva. Su piel tan blanca como porcelana y cabello rojizo llama la atención de muchos, pero con su amabilidad y personalidad arrolladora fácilmente se ganó mi confianza para tenerla como mano derecha.

Con la partida de Estela, quien era muy buena trabajadora a pesar de todo, pensé que todo se me pondría cuesta arriba, pero dejé de echarla de menos apenas comenzó a trabajar esta nueva muchacha.

A partir de ese momento me concentré solo en trabajo. Ahora que estaba solo al mando de todo, apenas tenía tiempo de socializar y hasta la nueva agitada rutina me sirvió para no pensar tanto en Alessa, que bastante lejos y haciendo su vida en París como modelo.

Todos los días eran fuertes, ahora ofrecíamos más servicios en todo Madrid y con la aceptación que habíamos tenido en Barcelona, la reputación de Maravilla estaba por los cielos, así que no nos podíamos decaer en lo absoluto y menos ahora que Rubén y Estela se convirtieron en una fuerte competencia en el mercado, cosa que no me preocupaba demasiado, pero que no podía subestimar.

Cristian aportaba excelentes ideas y en poco tiempo nos convertimos en buenos amigos. En ocasiones, la oficina se convertía además de lugar de trabajo, en sala de confesiones. Nuestras vidas quedaron al descubierto entre reuniones, planificación y servicios.

Cristina ya conocía a Alessa y a Estela como si hubiese vivido mis propias experiencias en el tiempo. Yo conocía su difícil vida familiar y amorosa como si la hubiese acompañado en esos episodios. Nos volvimos confidentes y de vez en cuando en amantes. Sí, era irresistible.

-Todavía tienes a Alessa en los labios-, comentó luego de terminar tendidos en la cama tras una tarde de sexo.

-Creo que imaginas demasiado-, le respondí, aunque ella tuviera un poco de razón.

-Pero no pasa nada, Álex. Solo te lo comentaba para que fueras más sincero contigo mismo. A mí no me engañas-, agregó.

-Y no es mi intención, pero tampoco quiero que eso arruine el momento-, le comenté mientras me acariciaba el cabello.

-Como quieras-, dijo y se encendió de nuevo.

Se montó encima de mí y comenzó a besarme otra vez, con tanta pasión que me virilidad respondió al instante. Mis manos fueron directo a su culo bien proporcionado. Un par de nalgadas fueron lo siguiente, me miró a los ojos y sonrió, entonces la volteo para devorarle sus abultados y deliciosos pechos.

Sentía cómo apretaba las sábanas para aguantar el placer que sentía cuando le lamía sus delicados pezones. Me gustaron los gestos que hizo y lo llevé a otro nivel. Bajé por su vientre hasta su sexo llenándola de besos. Estaba más húmeda que en el primer polvo, por lo que fue fácil mantener la estimulación.

Cada vez se calentaba más y en forma de agradecimiento tomó el mando. Se puso nuevamente encima de mí, pero esta vez un poco más abajo para tomar mi miembro y acariciarlo. La incité a probarlo y no dudó en llevarlo hasta su boca.

Mientras lo lamía de arriba hacia abajo no me quitaba la mirada. Sus ojos azules botaban algunas lágrimas y chorreaban su maquillaje. Se veía frágil y al mismo tiempo sensual. Me ponía tan duro como una roca verla así, pero más cuando se ahogaba con él. “Quiero que me folles duro”, pronunció y me convertí en una bestia.

La puse boca abajo y la levanté por las caderas para embestirla con furia. Mientras que con una mano le acariciaba las nalgas, con la otra le tomaba las muñecas para inutilizarla un poco, lo cual era lo que ella quería.

En un momento que volteo la cabeza hacia mí y sonrió con picardía me lo hizo saber, así que la tomé por el cabello también mientras chocaba mi pelvis contra sus caderas. Nos fundíamos en sexo rudo.

-Álex, quiero que me trates como a una puta-, dijo.

-Como tú quieras, preciosa-, exclamé.

-¡No! Dime perra. Así es que me gusta-, insistió.

-Ok, ahora te vas a tragar mi verga, perra- le dije y de inmediato se salió de mí para chupármelo como si fuera un caramelo.

¡Qué tía tan salvaje y deliciosa, madre mía! Tenía rato sin tener una experiencia tan atrevida y desde ese momento me dejó fascinado. Luego de hacerme otro oral, me metí dentro ella, la hice correrse y gemir como una fiera. Entonces ella me masturbó para quedarse con mis fluidos entre su pecho.

Cuánto erotismo en su pequeño cuerpo. Cristina realmente me dejó extasiado en la tarde de ese sábado, que luego se convirtió en nuestro día predilecto para relajarnos de tanto trabajo en la semana.

Pero con el pasar de los meses, el interés mutuo iba en aumento. Ya no solo era mi confidente, amante y mano derecha en la empresa indudablemente era mi pareja, así que comenzamos a salir formalmente.

Después de tanto tiempo podía decir que tenía una novia, noticia que le sorprendió y encantó a doña Angélica, mi ama de llaves y por supuesto a mis padres, quienes pensaban que toda la vida sería un fiestero mujeriego.

Lo que hace unos meses se había convertido en un infierno para mi vida, ahora tenía un rumbo

mejor, tanto, que me comprometí con Cristina. Esta mujer me conquistó por completo, al punto de llegar a pensar que Alessa ya estaba enterrada en el pasado.

-Te veo muy entusiasmado, como que finalmente te olvidaste de la chiquilla hija de Rubén. ¿O me equivoco?-, preguntó doña Angélica mientras me servía el desayuno.

-Sí, eso creo. La verdad es que no me ha dado tiempo ni de pensar en ella como sí lo hacía al principio de conocer a Cristina-, le confesé.

-Pero todo puede cambiar si la llegas a ver nuevamente. Esa niña te manejaba de una manera abominable, siempre me di cuenta-, agregó doña Angélica con intenciones de ir más allá sobre el asunto.

-No sé si la vuelva a ver. Me da miedo, debo confesarlo, pero ahora que le pedí matrimonio a Cristina trataré de impedirlo lo más que pueda-, le aseguré.

-Es que no te lo había dicho, pero Alessa estuvo aquí ayer. Regresó de París y quería verte, pero no estabas aquí-, confesó Angélica.

-¡Carajos! ¿Y qué te dijo?-, le pregunté.

-Pues, no dijo nada cuando le comenté que había salido a cenar con tu novia. Simplemente se despidió amablemente-, me explicó.

-Bueno, espero que haya entendido-, sentenció mientras terminé de comer.

Saber que Alessa estaba de vuelta y me había buscado me inquietó un poco, pero estaba decidido a evitarla lo más que pudiera. Después de todo no quería arruinar lo que ya tenía consolidado, sabiendo de lo que ella era capaz.

Pero una semana después recibí una llamada suya en la que me saludó con mucho cariño y deseó suerte con mi futura esposa. Por su parte, me informó que se instalaría nuevamente en Madrid para continuar con su carrera de modelo, en la cual ya se estaba consolidando.

Ya era más reconocida en las pasarelas que por ser la hija de un multimillonario de la ciudad. Me alegré por ella y por Rubén. A pesar de todo, seguía apreciándolo como un amigo.

Precisamente ese acercamiento de su hija me hizo pensar en llamarlo para saber suyo y resolver las diferencias ahora que había pasado suficiente tiempo como para olvidar los malos ratos, pero aunque lo intenté no obtuve respuesta. Rubén seguía molesto y así seguiría por un buen rato más, de hecho, hasta empeoró.

Y es que Alessa no solo había regresado para continuar consagrando su gran sueño, venía a por mí.

Pasaron un par de semanas desde que hablamos por teléfono y como no obtuvo mayor atención de mi parte fue mucho más directa. Volvió a buscarme en casa, solo que esta vez fue más paciente y esperó a que yo llegara de la empresa.

Al entrar a mi hogar estaba Angélica en la puerta angustiada.

-Álex, Alessa te está esperando para hablar. Por más que intenté convencerla de que debía marcharse, no hizo caso-, me advirtió mi ama de llaves.

-¡Putra madre! No quería que esto sucediera, pero la enfrentaré-, le dije a doña Angélica.

-Es lo mejor, dile que de una vez por todas ya lo de ustedes quedó en el pasado-, me aconsejó.

-Así será. ¿Y dónde está?-, pregunté.

-Se instaló en el salón de juegos. La he atendido bien, descuida-, me dijo.

-Vale, la despacharé lo más pronto-, insistí y me fui hasta el salón de juegos.

Al verla me contuve de muchas emociones. Me sentí impactado como cuando la primera vez que la vi en su cumpleaños. Estaba más hermosa que nunca, pero no podía dejarme llevar por el momento.

-¡Álex, qué gusto verte de nuevo!-, pronunció emocionada al percatarse de que estaba en la puerta y enseguida fue a abrazarme.

-¡Gracias, Alessa! También me da un gustazo verte-, le respondí también con gusto. De verdad lo sentía.

-Ya que fuiste un poco frío por teléfono, decidí venir a verte en persona. Me urgía hacerlo-, explicó.

-¿A qué se debe?-, pregunté.

-A que quiero decirte que no solo vine a modelar y regresar a mi casa, vine a por ti. Quiero que seas parte de mi vida. Ya no me importan las consecuencias-, reveló con seguridad.

-Alessa, entiendo. Pero es tarde para ello, ya tengo pareja. De hecho, estoy comprometido con ella y el próximo año nos casaremos-, le dije con un poco de dolor, para ser sincero.

-Así me dijo doña Angélica, pero estoy dispuesta a luchar por ti-, insistió.

-No, Alessa. No insistas. Por tu bien, no lo hagas. No quiero lastimarte ni volver a ocasionar problemas con tu padre. Aunque a ti no te importe su reacción, no quiero que se disguste más conmigo-, le expliqué.

-Pero dime sinceramente, ¿ya no sientes nada por mí?-, preguntó mientras se me acercó lo más que pudo para terminar mirándome a los ojos.

No pude responder al instante y entonces me besó. Se conectaron los viejos recuerdos de las noches de pasión que una vez vivimos y le correspondí. Fui débil y nuevamente Alessa se salió con la suya.

-Ya veo que todavía sientes algo por mí y eso es más que suficiente-, me dijo.

-Alessa, no por favor. Es mejor que dejemos esto hasta aquí-, insistí.

-No seas cobarde otra vez. ¡Víveme, Álex!-, sentenció y se marchó convencida de que todavía seguía enamorado de ella.

Y es que así me sentí. Tenía una emoción por dentro que me invadía. Suspiré profundo y no pude evitar sonreír. Esas curvas, esos labios gruesos, su mirada intimidante y esa actitud avasallante se apoderaron de mí nuevamente y ahora, ¿qué haría con esta situación?

Todavía seguía en una nube de sentimientos cuando de pronto llegó Cristina. Fue entonces cuando desperté rápido de la fantasía.

-Amor, vine sin avisar, pero quería darte una sorpresa-, me anunció Cristina.

-¡Caramba, querida! ¿Y de qué trata?-, pregunté.

-Se trata de mi padre. Quiere asociarse contigo para montar una nueva sucursal de Maravilla-, reveló emocionada.

-¡Me parece interesante, amor!-, le confesé entusiasmado.

-¡Sí! Pero esta será fuera de Madrid. En Barcelona para ser específica-, adelantó.

-¡Magnífico! Allá tengo muchos contactos-, agregué.

-¿Entonces aceptarías irnos a vivir un tiempo en Barcelona, cariño?-, preguntó y me desconcertó.

-¿Por qué a vivir? Podemos contratar otro personal allá. Como te dije, tengo muchos contactos en esa ciudad. Además, no podemos dejar la oficina principal, ¿no crees?-, le dije.

-Pero me gustaría cambiar todo para que aquella sea la principal. Me gusta más Barcelona, recuerda que soy de allá y pues, también quería decirte que quisiera casarme y vivir allá-, dijo, para desconcertarme mucho más. No lo podía creer.

-Cristina, te estás emocionando demasiado, deberías considerar mejor la propuesta. Es hasta absurdo. No estoy de acuerdo-, le confesé.

-Álex, es que no quiero estar aquí en Madrid-, insistió.

-Me sorprendes, de verdad. ¿A qué se debe ese cambio repentino?-, pregunté. Me mataba la curiosidad.

-A que quiero estar lejos de Alessa y los problemas que pueda ocasionarnos-, confesó.

-Entiendo, pero te prometo que no pasará nada. Confía en mí, en nuestro compromiso. No tienes nada que temer-, le expliqué para que se sacara esas ideas absurdas de la cabeza.

-Confiaré en ti, pero no creas que no haré lo posible por estar lejos de aquí-, me advirtió y terminó la conversación.

Cristina no era nada tonta. Sabía que Alessa estaba de vuelta y no descansaría hasta conseguir algo conmigo. De hecho, también me lo acaba de advertir. Nuevamente se me complicaban las cosas con estas mujeres. Además, estaba confundido.

Angélica notó mi angustia apenas se marchó Cristina y me dio una palmadita en la espalda. “Guíate por lo que te dicte tu corazón, muchacho, pero sobre todo, lo que te haga sentir feliz”, susurró y se retiró.

Alessa haría todo lo que estuviera a su alcance para que rompiera mi compromiso con Cristina, mientras que esta no se dejaría vencer así de fácil. Sin embargo, yo no tenía pensado cambiar las cosas. Quería lo mejor para los tres y lo mejor era casarme con mi prometida y terminar de olvidarme de esa niña que me complicaba la existencia, pero qué difícil era todo.

Cristina no me dejaba ni a sol ni a sombra, pero no me molestaba. En realidad ya estaba muy acostumbrado a su compañía, solo que ahora era más notorio su deseo de estar conmigo, cuando antes era defensora de su propio espacio. Por mi parte, comenzaba verle los defectos.

Me fastidiaba su manía de querer siempre tener el control, de no ser demasiado afectuosa o pensar solo en trabajar. Mientras que Alessa seguía siendo una chiquilla llena de picardía que aprovechaba pequeños instantes para hacerse presente. Bien fuera con una llamada, un mensaje o

sorpresas.

Mi prometida y próximamente esposa se fue llenando de inseguridades y aunque no le daba motivos, porque a Alessa no le correspondía sus miles de invitaciones, no paraba de imaginar lo que no sucedía. La armonía que antes me transmitía, ahora se había convertido en un tóxico que fue deteriorando la relación.

Eso me decepcionaba, no quería que la relación se deteriorara así, pero tampoco aceptaba que Alessa seguía en mis pensamientos. Por más que la rechazara y me hiciera el fuerte, por dentro moría por buscarla y estar con ella. Era cuestión de ser más sincero conmigo mismo, además, ese sentimiento se volvió más fuerte cuando Alessa dejó de insistir, algo que nunca esperé que pasara.

Una noche que le pedí a Cristina que se quedara a dormir en casa para pasar un momento de pasión, esta se negó. Por algún motivo que no entendía estaba molesta y su mejor idea fue castigarme sin darme sexo, cosa que obviamente quería, pero más que eso, necesitaba su compañía.

Quería estar con ella y convencerme de que era mi mejor decisión, pero se negó rotundamente y entendí que así no podía seguir con ella. La peor parte era pensar cómo podía romper el compromiso.

Me parecía cobarde mandarlo todo al demonio de un momento a otro, pero más lo era quedarme allí sabiendo que ya el amor estaba agonizando, así que esperé una semana más y al terminar la jornada de trabajo le pedí que se quedara para hablar al respecto. Con lágrimas en los ojos se marchó sin decir nada. Me entregó el anillo y se fue corriendo a casa.

Sentí que algo se desprendía de mí, pero a la vez estaba más aliviado. No se merecía a un cretino como yo, que todavía seguía enamorado de una niña, pero ¿qué le podía hacer? Alessa me embrujó para siempre.

CAPÍTULO VI

Aunque me habría gustado ir a por Alessa una vez haber terminado con Cristina, no lo pude hacer. Ella misma me había informado que estaba de gira con la agencia de modelos a la que pertenecía y regresaría en dos semanas, así que no quise decirle nada para que estuviera tranquila y también tener mi tiempo para reflexionar, sin dejarme dominar por las emociones. Ya tenía más de una lección aprendida.

Entre lo que ahora debía asumir era la mayor negativa por parte de Rubén para estar con su hija y la locura de Estela, que no soportaba que estuviera con Alessa. Por más que había pasado más de un año de los últimos acontecimientos, su obsesión seguía tan intacta como si apenas hubiera sucedido ayer.

Una vez que Alessa regresó la anuncié que había roto mi compromiso y enseguida me pidió que fuera a visitarla. Ahora vivía en su propio apartamento y no dependía ni de las órdenes y del dinero de Rubén. Se había independizado totalmente. Es que de hecho, había cambiado mucho. La madurez le sentó bien y a mí me encantaba aún más.

La visita no duró mucho tiempo, pues tenía asuntos que resolver en la empresa, a la que me dedicaba día y noche, pero entre lo que conversamos, quedó claro que teníamos que empezar nuevamente, como si nada hubiera pasado antes y me convenció. Era lo mejor para ambos, así que no fue de un día para otro que volvimos a construir una relación.

Comencé por cortejarla nuevamente, llevarla a la cama no me fue tan fácil como aquella noche después de su cumpleaños número 20. Ambos queríamos más que sexo y diversión, así que nuestras salidas e interacción se basaban en conocernos mejor y adaptarnos a las nuevas vidas que teníamos. Sin embargo, una noche no me pude resistir más a sus encantos y la seduje hasta tenerla nuevamente desnuda entre mis brazos.

Recorrerle a besos sus curvas, su piel perfumada, sus labios, sus pechos, era como reconectarme a un mundo en el que siempre quise vivir. Era más que disfrutarle el culo, su sexo o demostrarle que era buen amante.

Era más que esos deseos de dejarla sin aliento después de una buena embestida, era un sentimiento que nunca había experimentado. Ella me dijo que era amor y pues, debo admitir que fue muy lindo y quería seguirlo sintiendo.

Estábamos perdidamente enamorados y vivíamos días hermosos. Los miedos finalmente habían quedado atrás y nos sentíamos listos para llevar la relación a otro nivel.

Estábamos dispuestos a vivir juntos y así lo hicimos. Prácticamente éramos como marido y mujer, pero debo admitir que Alessa quería algo más, ella quería matrimonio, así que después de seis meses de convivir en pareja un día la sorprendí con un anillo de compromiso.

-¡Es hermoso! Claro que sí acepto, Álex. Siempre estuve esperando este día-, me indicó apenas le hice la pregunta mágica.

-Me gusta que te guste y pues, nos queda planificar la boda-, le comenté.

-Y es que ya mismo comenzaré con los preparativos, como siempre lo soñé. ¡Qué emoción!-, agregó.

-Pero esto sí tenemos que hablarlo con Rubén. Sigue siendo tu padre y todavía lo considero mi amigo. Aunque la relación no depende de su aprobación o no, esto es algo que tiene que saber-, le dije a Alessa.

-Tienes razón, pero no quisiera que se opusiera-, pronunció preocupada y la abracé.

Sé cuánto adoraba Alessa a Rubén y viceversa, pero no era tan fácil de convencerlo cuando una idea no le agradaba, así que antes, decidí llamarlo una vez más a su oficina. Necesitaba ganarme de nuevo su confianza.

-¡Rubén! Qué bueno que contestas. Sé que tenemos mucho de qué hablar, necesito que me escuches, por favor-, le dije apenas contestó el móvil.

-Pues, sí. Tenemos mucho por hablar y aclarar. A las 8 de la noche estaré en el bar que está justo debajo del edificio donde ahora tengo la empresa. Te espero allí-, respondió.

-Me parece perfecto. Estaré allí puntual-, le respondí.

-Vale, ahora debo colgar. Estoy muy ocupado-, sentenció y colgó.

Aunque no fue demasiado agradable, como antes, fue receptivo. Un punto a mi favor.

A las 8 en punto nos encontramos. Después de casi dos años finalmente volvíamos a estar frente a frente. Comencé explicándole cómo sucedieron las cosas anteriormente, haciéndole saber que nunca tuve la intención de hacerle daño a su hija y que por más que evité un mal rato, todo se salió de mis posibilidades, pero que en esta nueva etapa todo marchaba de maravilla y le anuncié la buena nueva.

Aunque entendió que ya Alessa era capaz de tomar sus propias decisiones y asumir consecuencias, se negó rotundamente a nuestro matrimonio. De hecho, dijo que no asistiría y no contaríamos con él. Que nos olvidáramos suyo, era lo mejor.

Aquello me sintió en lo más profundo, pensé que sus rencores habían quedado atrás, pero no se comparó con lo que le dolió a Alessa. Por más que ella tratara de hacerlo cambiar de parecer, empeoró su relación. Ahora no quería ni cruzar media palabra con ella, ni verla más nunca. Fue como una gran decepción. Absurda y exagerada, pero así lo veía él.

Los días corrieron y finalmente llegó el más especial para nosotros. Un 5 de agosto de 2016, cuando pactaríamos ser marido y mujer. Llegué puntual a la iglesia. Estaba emocionado. Toda mi familia y hasta doña Angélica estaba presente, también los familiares y amigos de Alessa. Solo faltó Rubén, pero el templo esperaba el casamiento con ansias, las cuales aumentaron cuando pasaban las horas y Alessa no llegaba.

La preocupación era notoria y sus amigas trataban de contactarla, pero su móvil estaba fuera de peligro. Lo peor que me podía imaginar era que se arrepintiera a último momento o que haya sucumbido ante las negativas de Rubén, aunque estaba seguro de que él no habría sido capaz de tanto, por más que no deseara nuestra unión.

Pasaron dos horas y ya me estaba resignando a quedarme plantado, cuando de pronto Rubén apareció en la iglesia, ensangrentado y hecho un desastre.

-¡Está herida, está herida!-, gritaba en medio del altar-, Alessa está gravemente herida. Sufrió un accidente en el camino. Mi niña está mal, Alex-, agregó mientras rompió a llorar desconsoladamente.

-¡Putra madre, Rubén! ¿Qué sucedió?-, pregunté mientras ambos salíamos de la iglesia.

-No lo sé muy bien, solo pude llegar al sitio del accidente donde vi el coche todo destrozado y lleno de sangre-, me decía entre lágrimas.

-¿Pero lograste ver a Alessa, Rubén? ¿A dónde está ella?-, seguía preguntando desesperado.

-No la vi, solo sé que ya la estaban trasladando a una clínica cercana, pero al parecer está grave-, insistió.

-Vamos hasta allá, ¡joder!-, exclamé y enseguida marchamos a toda velocidad hasta donde aparentemente estaba.

Cuando llegamos, los médicos nos dijeron que estaba siendo intervenida quirúrgicamente, pues, había sufrido múltiples fracturas y traumatismos. El pronóstico era grave y no nos quedaba más que esperar un milagro.

Sentí que el mundo se me venía encima, pero tenía que mantenerme firme. Mientras que Rubén estaba totalmente destrozado, no tenía fuerzas de nada. Nunca lo había visto tan mal. La familia Vallejo estaba destruida con lo que estaba aconteciendo.

Yo no sabía qué pensar, parecía todo injusto. Mi madre y doña Angélica me consolaban y daban ánimos, hasta que apareció el médico para darnos la peor noticia.

“No resistió la operación, acaba de fallecer”, pronunció y quedé en shock. No tuve capacidad para reaccionar, mucho menos me daba cuenta de lo que sucedía alrededor. Así estuve por unos minutos, que parecieron horas hasta que nuevamente volví en sí.

Cuando ya estaba consciente de lo que acaba de pasar, de inmediato pedí entrar a verla.

Entré a la morgue con ganas de morir también. Era lo peor que me podía pasar en la vida, pensé. Pero la sorpresa que me llevé fue indescriptible. Cuando me la mostraron, resulta que no era Alessa, era Estela. Y no lo entendía.

-¡¿Pero qué coño es esto?! Esta no es Alessa, ella es Estela-, le dije a los médicos.

-Pues, a nosotros nos han indicado que es Alessa Vallejo, señor-, respondieron.

-Pero, ¿cómo?, ¿quién les dijo?-, pregunté confundido.

-Señor, si no es su familiar, se puede retirar o incluso informarnos de quién se trata realmente, pero es mejor que abandone la sala-, dijeron y pues, salí corriendo a informarle Rubén. Teníamos que ir a por Alessa.

Por supuesto, todos los que estaban esperando quedaron sorprendidos cuando les dije, pero nada concordaba. Así que debíamos comenzar por el punto de partida y nos dirigimos hasta el departamento de Alessa.

Cuando llegamos, no había nadie del equipo de estilistas que la ayudarían a vestirse, solo el chofer que la llevaría hasta la iglesia. Estaba atado de pies y manos y con la boca tapada. “La chica está encerrada en el baño, también atada, apúrense”, dijo el hombre apenas le quitamos el parcho que lo tenía mudo.

Enseguida corrí hasta donde me dijo y allí estaba Alessa. Golpeada, maniatada y desmayada, pero al despertar contó todo.

Estela se había metido hasta su casa para impedir que se apareciera en la iglesia. Luego de que la encerrara, se colocó el vestido de novia y se dirigió hasta el altar, pero por conducir a máxima velocidad sufrió el accidente donde perdió la vida.

Sus deseos de impedir nuestra felicidad terminó cobrándole caro. Fue lamentable, pero afortunadamente nosotros pudimos posponer todo nuevamente y lo mejor, ahora teníamos la bendición de Rubén, quien luego, sí nos acompañó.

La boda fue todo un éxito, fue el día más feliz de nuestras vidas. Alessa estaba más que hermosa que nunca y finalmente yo me sentía contento de haber encontrado al amor de mi vida y concretar un matrimonio.

Lo que nunca había pensado que sucedería. Siempre fui un fiestero por naturaleza al que nada lo haría cambiar de vida, ni siquiera la responsabilidad de ser un exitoso empresario, pero descubrí que el amor te puede cambiar y en mi fortuna, para mejor.

La luna de miel la disfrutamos en un crucero por El Caribe y un viaje por México, pero más que pasear por sitios hermosos, mi goce fue de volver a tener a esa chiquilla conmigo. Ahora la tengo para siempre.

Lo que comenzó en encuentros sexuales de un amor prohibido, terminó como la mejor historia de amor de nuestras vidas. No puedo pedir más. Después de todo, logré lo que nunca nadie apostó que conseguiría.

Noche Eterna

Sexo, Pasión y Amor Verdadero

Durante años creí que el amor verdadero existía. De hecho, creí haberlo encontrado. Tres veces, para ser exacta. Veamos:

William. Mi novio del instituto. Estuvimos juntos toda la secundaria. Era un gran atleta, el mejor corredor que jamás había pisado el instituto. Con más músculos que cerebro y con un miembro del tamaño de un cacahuete, probablemente a causa de todos los esteroides que tomaba a mis espaldas.

En la noche de graduación me hizo vivir la reina de la noche, claro, tenía una meta. Robarse mi virginidad e irse. Al cabo de un tiempo me enteré de que había dejado el atletismo y estaba trabajando como carpintero en algún lugar sin nombre, tenía cuatro hijos y una mujer que ya no lo amaba.

Después vino el niño de mamá y papá, no éramos de la misma clase social. Supo cómo encantarme y enredarme. Se llamaba Paulo. Creía que aquel niño caminaba sobre las aguas, pero lo único que hizo fue pisotearme el corazón al tirarse a una de mis amigas. El “niño” se aprovechó. Pero no pasa nada. Ella se dejó ilusionar y decidió echar once años de amistad a la basura. Le hizo lo mismo que a mí, después de dejarla embarazada y huir como un cobarde.

Mi último error fue lo que podríamos llamar *la gota que colmó el vaso*, y la razón por la que acabé convencida de que el amor verdadero es algo que han inventado las empresas de tarjetas de felicitación y las personas que escriben novelas y comedias románticas. Se llamaba Olivier, pero debería haberse llamado Lucifer. Era un hombre de negocios con mucha labia. Lo de *hombre de negocios* es un decir. En realidad era un usurero.

—Por lo mismo creo que deberías aceptar el trabajo.

Mi mejor amiga, Stephanie, chilló de forma sonora en el auricular. Me aparté el móvil de la oreja.

—Es la única salida, Ana. ¿Cómo, si no, pagarás la hipoteca?

Bebí un trago de Gatorade de mandarina mientras el sol californiano transformaba las gotas en pequeños puntos de luz sobre la botella.

—No sé qué hacer, Steph. No tengo tanto dinero. No tengo nada ahorrado. —Suspiré con frustración. Sonó fuerte y dramáticamente exagerado, incluso para mí.

—Oye, tú siempre has estado enamorada del amor...

—¡Ya no! —le recordé a mi amiga de toda la vida.

A través del teléfono se oía el bullicio callejero.

—Ya, ya. Pero a ti te gusta el sexo, ¿verdad?

—No me hagas preguntas absurdas, por Dios...

En realidad, si no encontraba pronto la manera de reunir un millón de dólares, mi padre y mi hermana acabarían en la calle.

Stephanie gimió con cansancio.

—Pero si aceptaras el trabajo como dama de compañía, lo único que tendrías que hacer sería ser linda y tener mucho sexo, ¿no? Hace un tiempo que no coges con alguien.

Sólo Stephanie podría encontrar la manera de hacer que ser dama acompañante pareciera el trabajo que necesitaba.

Conecté los auriculares al teléfono, me los coloqué y lo guardé en el bolsillo trasero de mis jeans.

—No lo sé, Steph. —dije, volteando los ojos. No me sentía preparada para un trabajo así.

Me abrí camino hacia la salida del centro comercial mientras me hacía una cola alta en el cabello.

—Oye, sé que lo dices con buena intención, y la verdad es que no sé qué voy a hacer. No soy una fulana. O, por lo menos, no quiero serlo. —Sólo de imaginarlo, se me retorció todo—. Pero debo enfrentar esta situación y ver que hacer como sea. Tengo que conseguir ese dinero y lo más pronto posible.

—Te entiendo amiga... Bueno, ya me contarás cómo va la reunión en Ladies of Pleasure. Llámame cuando salgas de ahí si puedes. Mierda, voy a llegar tarde y todavía tengo que vestirme. —Su voz se volvió nerviosa y pude imaginarme como corría en dirección al trabajo, con el móvil pegado a la oreja y sin importarle que pensaba la gente que la viera corriendo como una cabra loca. Eso era lo que la hacía especial. Era directa y no le importaba nada nunca. Igual que yo.

Stephanie trabajaba ofreciendo espectáculos de pole dance en el Club Bahía de Los Ángeles. Mi mejor amiga tenía la estatura perfecta y era tierna como su nombre, y se trepaba en el tubo de maravilla. Hombres de todas partes del mundo asistían para ver el espectáculo.

—Qué raro, tú llegando tarde. ¡Mucha suerte, te quiero, imbécil! —dije con cariño mientras me apretaba un poco más la cola.

—Yo a ti más, idiota.

Salí del centro comercial, tomé un taxi y me dirigí hacia un futuro que no quería pero no podía evitar.

* * * *

—¡Ana! ¡Qué guapa! —dijo mi *futura* jefa mientras me rodeaba con sus brazos y me aplastaba a su pecho.

Era muy fuerte. Llevaba el cabello en un moño al estilo de una dona. Vestía una blusa de seda

metida en una falda de tubo alta que combinaba con sus tacones de plataforma. Era muy guapa. Más que guapa, parecía *costosa*.

—Señora Jessica, cuánto me alegro de verla.

Comenzó a rodearme, evaluándome como si fuera una obra de arte, una estatua, algo frío e impenetrable. Y tal vez lo fuera. Daba chasquidos con la lengua mientras me observaba.

—Levanta la cabeza.

Me dio un leve golpecito en la parte inferior de la barbilla para que hiciera lo que me pedía inmediatamente. Hizo lo mismo en la sensible zona de los riñones, enderecé la columna al instante y saqué pecho. Su sonrisa de labios rojos se amplió y mostró unos dientes perfectos y blanqueados.

—No hay duda de que eres preciosa. Y lo estarás aún más cuando te pongamos algo presentable y te hagamos algunas fotos para el portafolio.

Hizo una mueca de desagrado al ver mi vestimenta. Al parecer los jeans ceñidos y las camisetas estrechas no eran de su agrado.

Retrocedí y choqué con un mueble de cuero que estaba detrás y no había notado.

—Aun no he accedido a nada.

Jessica volteó los ojos hasta que apenas podía verlos.

—¿No dijiste que necesitabas mucho dinero y rápido? Creo recordar algo acerca de la hipoteca de la casa donde vives con tu familia.

Se sentó despacio, cruzó las piernas y apoyó los dos brazos con delicadeza sobre los reposabrazos de cuerdo de su silla.

Me mordí la lengua y la miré directamente a sus ojos azul pálido.

Me senté e inspire hondo.

—Sí, mi padre cayó en los vicios luego de la muerte de mi madre e hipotecó la casa para saldar sus deudas y seguir jugando.

Jessica cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Me la han hipotecado por un millón de dólares —le expliqué.

—Dios mío, qué barbaridad —susurró.

Me di cuenta enseguida que Jessica era una gran manipuladora y sabía controlar sus emociones. Ojalá yo tuviera ese talento. Lo necesitaba.

—Sí... Hace un par de semanas el gerente de recursos humanos del banco fue a verme a mi casa, para advertirme que el tiempo se me estaba agotando y lamentablemente tendría que poner la casa en venta para alguien que si pudiese pagar la hipoteca.

Jessica hizo una mueca y empezó a darse golpecitos con la uña del dedo índice sobre el pulgar. El repetitivo ruido me estaba poniendo muy nerviosa. ¿Cómo podía mostrarse tan cruel?

Jessica me miró con unos ojos llenos de una emoción desconocida.

—Puedes conseguirlo en un par de meses si lo haces bien. ¿Es suficiente?

Mientras fruncía el ceño me miraba, prestando mucha atención a cada acción o cosa que hiciera.

Las piernas empezaron a temblarme y sentía como el corazón me latía cada vez más fuerte. Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Tendría que negociar con el gerente del banco, no se veía mala persona. Podría convencerlo de que me de dos meses de plazo.

—Pues, visto lo visto, tendremos que ponerte a trabajar enseguida. Sólo con los socios de mayor caché. Hay que organizarlo rápidamente. Mañana te necesito a primera hora aquí para hacerte una sesión de fotos, haremos instantáneas, videos, entre otras cosillas. Le pediré a mis muchachos que las suban a nuestra página lo antes posible.

Me sentía como si estuviera en una balsa en mar abierto rodeada de tiburones, aunque manteniéndome a flote.

—Pero... ¿tendré que acostarme con ellos? Me refiero a que sé que hay distintos tipos de damas de compañía...

Respire profundo mientras recibía respuesta.

—Linda, no tienes que hacer nada que no quieras hacer. Pero si pretendes conseguir todo ese dinero, deberías considerarlo. Mis clientes y yo tenemos un contrato, por así decirlo. Si mis damas se acuestan con ellos, ellos añaden un veinte por ciento al pago. Ese porcentaje se deja en efectivo, en un sobre o va directamente a la cuenta de la dama. Eso no tiene nada que ver conmigo o mi *empresa*, ya que la prostitución no es legal en Estados Unidos.

Me ofreció una falsa sonrisa de compasión y lástima.

—Te buscaré clientes que estén buscando damas para un mes entero. Es la única manera de conseguir la cantidad que necesitas rápido. Quiero que quede claro que si te acuestas con ellos es porque quieres hacerlo.

Sonrió y se puso de pie. Rodeó su escritorio y se sentó. Se escondió tras la pantalla de su computador, diciéndome sin palabras que ya podía devolverme por donde vine. No sabía lo que iba a hacer. Iba totalmente contra mi moral.

* * * *

Al día siguiente me sentía fuera de lugar. Me veía en tercera persona. Me depilaron entera, me bañaron en cremas y bronceados corporales. Me dolía el cuerpo, no estaba acostumbrada a nada de ello, especialmente a las depilaciones *enteras*. Aunque el resultado fue fabuloso. Cuando me vi en el espejo quedé totalmente sorprendida.

Mi cabello largo y negro se veía más vivo que nunca; caía espectacularmente por mi espalda y sobre mis hombros formando ondas perfectas. Y la luz hacía que mi piel se viera perfectamente sana. El bronceado que nunca había conseguido durante tantas idas a la playa hacía que mis

facciones se vieran mucho más estilizadas.

Me había puesto un vestido que hacía que cada curva se viera como debía verse. Totalmente elegante y sensual. Sin darme cuenta ya le había tomado la movida a esto de las fotografías y me salía a la perfección ser provocativa o tierna sin mezclar las emociones. Así era como debía permanecer desde ahora: sin emociones.

Terminamos y volví a ponerme mi cómoda y casual ropa: unos jeans ceñidos y una camiseta ajustada. Fui hasta la oficina de la Señora Jessica.

—Preciosa, ¡estuviste impresionante! Desde que te vi sabía que estabas en el lugar correcto.

Volteó la pantalla de su computadora y me dejó ver lo que ella estaba viendo tan fascinada. Me quedé en shock al ver las fotografías que me habían tomado hace unos instantes.

—No puedo creer que esa sea yo. —dije sorprendida.

Jessica amplió su sonrisa poco a poco.

—Eres bellísima.

—¿Y ahora qué? —dije esperando que iba a suceder ahora.

No sabía lo que iba a venir. Estaba a la expectativa... Sólo quería salir de allí corriendo.

—¿Quieres ver a tu primer “cliente”?

Sentí escalofríos. Una sensación desagradable bajo por mi espalda, me puse a la defensiva y la miré fijamente.

—A ver qué tienes para mí.

Jessica soltó una carcajada y movió el ratón de su computador para mostrarme la foto de un hombre increíblemente atractivo. Mis ojos nunca en la vida habían visto a un hombre tan apuesto. Ni le sobraba ni le faltaba nada, estaba perfecto.

Tenía el cabello castaño claro, sus ojos te atrapaban en un vaivén de verde con amarillo, era imposible dejar de verlo. No entendía mucho. No parecía tener más de veinticinco años. Además, no era la clase de tipo que necesitara pagar para salir con alguien. Era el tipo de hombre que te bajaba las bragas solo con verlo.

—¿Por qué iba a... —voltee a la pantalla, señalándole al hombre más perfecto que habían visto mis ojos— necesitar de una dama de compañía?

Jessica se acomodó en su silla, jugueteó con sus manos entrelazadas y sonrió lentamente.

—Te ha escogido. —Imagino la confusión se demostró en mi cara, porque continuo rápidamente— Le envié personalmente las primeras fotos que te hemos tomado a él. En fin, le has encantado. Te mandará a recoger mañana a media tarde. Está cerca, pero tendrás que quedarte en su casa durante un mes.

—¿Un mes? —dije.

¿Qué pasaría con mi vida? ¿Cómo iba a manejar todo esto? Mi otros empleos... Mi padre, mi hermana, ¡mi vida!

Jessica me miró como que si tuviera tres ojos. Presionó los labios hasta que se volvieron una

fina línea y arrugo la nariz.

—Ana, vas a tener que dejar tu vida de lado si quieres ganar bastante dinero con este trabajo, después de todo tus trabajos aquí consiste en *estar* con el cliente. Eres una dama de compañía, no lo olvides. Dado que necesitas conseguir mucho dinero en muy poco tiempo, deberás aceptar los trabajos más exigentes. Tendrás una semana para ti entre cada mes para que puedas volver a tu casa, relajarte y recuperarte.

—¡No puedo creerlo!

De repente entendí que mi vida, tal y como la conocía, había terminado. Apenas tendría tiempo para ver a mi padre, a Sofia -mi hermana- o a Stephanie.

—Créeme, preciosa, no es ninguna broma. Que tu padre haya dejado hipotecar tanto tu casa ha tomado esta decisión por ti. Tienes suerte de que te estoy dando la oportunidad. No seas desagradecida. Ahora siéntate y cállate.

Su voz se había transformado al tono frío y formal de una empresaria.

—Lo siento.

Estaba intentado ayudarme, pero todo iba tan rápido. Increíble. Me dejé caer en el asiento y cubrí mi cara con mis manos. Por más que quisiera no podía cambiar el resultado de todo esto. Ahora era una chica de alquiler. Me asignarían un hombre distinto cada mes y, si me acostaba con ellos, sacarían un veinte por ciento más.

Negué y me reí, me estaba volviendo loca. Me relajé. Eso era lo que tenía que hacer. Dejar que un tipo sexy me llevara a aburridos eventos de negocios o a donde él quisiera. No tenía por qué acostarme con él y, ante todo, no debía enamorarme de él por nada del mundo.

Además, si cambiaba de hombre cada mes, no tendría tiempo de acabar enamorada de él hasta las nubes como lo había estado en el pasado. Sería una persona diferente cada mes, y la casa que nos había dejado mi madre estaría a salvo. Si conseguía que el gerente accediera a que le pagara a plazos durante dos meses, podría funcionar.

Respiré hondo, me levanté y estreché mi mano con la de Jessica. Su sonrisa era perversa, daba miedo. Se le daba muy bien su trabajo.

—De acuerdo, señora Jessica —dije enfatizando su nombre para darle a entender que estaba dispuesta a comprometerme—. Al parecer, soy tu nueva *Dama de Compañía*.

* * * *

David Arturo Smith. Me quedé mirando el nombre. Seguro que era el típico niño rico que tenía a la dulce mamá que no quería sentirse avergonzada por las zorrillas que solía llevar a sus eventos de alta clase.

Al menos, en mi cabeza ésa era la única explicación posible que le encontraba al hecho de que alguien tan bello y atractivo necesitara contratar a una Dama. Seguí leyendo hasta que por fin encontré la lista de normas que la señora Jessica me había dado el día anterior.

1. Debes estar siempre arreglada. Nunca dejes que el cliente te vea desarreglada. El cliente te dará un clóset lleno pero todo será de su elección. Su estilista personal ya tiene tus tallas.

Volteé los ojos y miré todos mis jeans que estaban arreglados en una silla de mi cuarto. ¿Estilista personal? Esa gente tenía demasiada dinero, qué ridiculez. ¿Tan difícil era escoger tu propia ropa? ¿Ya disponía de mis tallas? Perfecto.

Ahora el tipo sabía que necesitaba perder unos kilos que tenía de más. Medir un metro setenta me daba la ventaja de parecer más delgada de lo que estaba. Sabía que todos los hombres preferían una mujer que llevara una talla de treinta y cuatro. Yo llevaba una voluptuosa talla de; cuarenta y dos, a veces una cuarenta y cuatro. Probablemente se me consideraría talla grande en el mundo de la moda.

“*Te ha elegido a ti*”, me recordé a mí misma mientras arreglaba en un bolso con pocas cosas básicas: crema hidratante, maquillaje, perfume, y mis collares favoritos. No había nada de valor, pero eran mías, y necesitaba ser yo misma aunque fuera con algo pequeño.

Puse el bolso sobre la silla que tenía cerca del escritorio y continué leyendo el resto de la lista.

2. Sonríe siempre. Nunca te muestres molesta, triste o con algún problema existencial que no puedas resolver en tus pensamientos. Los hombres no contratan a mujeres para ocuparse de sus problemas emocionales. Contratan a mujeres precisamente para no tener que hacerlo.

No mostrar emociones. Este punto ya lo tenía controlado. Había mantenido una buena charla conmigo misma al respecto después de hablar con Jessica y de aceptar el trabajo.

3. No hables a menos que te estén hablando a ti. Estás ahí para ser linda y encantadora cuando él quiera que lo seas. Consulta con el cliente sus necesidades antes de acudir a algún evento social o profesional para que sepas cuál es tu papel.

4. Tienes que estar disponible en todo momento. Si el cliente quiere quedarse más rato, te quedarás con él. Sé respetuosa, sé linda y amable en todo momento. Si busca compañía, puedes ofrecerte a acostarte con él. El sexo no es obligatorio.

¿Quería que me “acostara” con el cliente cuando él lo que iba a querer era cogerme? Jajaja, no puede ser. Sería un momento interesante: Hola, ¿quieres acostarte conmigo pero nada de sexo? Solté otra carcajada y continué leyendo.

5. El sexo con los clientes no está incluido en el contrato. Eres libre de decidir si quieres tener sexo o no con ellos, y Ladies of Pleasure no se hace responsable de ello. También exigimos que todas nuestras chicas usen un método anticonceptivo que pueda demostrarse en un momento dado. Es posible que se te solicite que te sometas a un análisis de sangre.

¿De dónde sacaba tantas estupideces? ¡Por Dios! ¿Quién iba a querer quedarse embarazada de un hombre al que acababa de conocer y al que no amaba? Ah, claro, hombres ricos, mujeres estúpidas. La combinación perfecta para cometer una tontería. Pero yo no era una de esas mujeres. En cuánto mi casa estuviera a salvo y mi familia pudiera seguir viviendo en paz, volvería a mi vida. Aunque no tuviera muy claro exactamente que hacía con la misma.

Miré el reloj y vi que se acercaba la hora del encuentro.

Me vestí con mis jeans más ajustados, de esos que volvía loco a cualquier hombre, y un top

blanco un poco suelto. Me puse la chaqueta corta de cuero negro y unos tacones negros de tacón bajo. Sabía que Jessica me mataría si me viera así, pero necesitaba sorprender al individuo para ver a qué me estaba lanzando antes de aceptar voluntariamente ser su acompañante durante las próximas cuatro semanas

Mi móvil sonó, era un mensaje de un número desconocido.

De: Número desconocido

Para: Ana Mancuso

No puedo esperar conocerte. Parque Las Delicias. Busca la entrada cercana a la fuente. Nos vemos pronto.

¿Quería que nos viéramos en un parque frente a la playa a las tres de la tarde? Raro. Sin perder un momento, saqué mi iPhone y le pedí a Siri que me indicara la dirección al ver que ya eran las dos. La voz de la asistente virtual me informó que estaba a cinco kilómetros y medio al noroeste de Malibú.

Debía de estar cerca de su casa, porque desde mi casa hasta el parque en taxi era una hora exacta. Mi cuarto no era gran cosa. Eché un vistazo a mí alrededor y vi que lo había decorado de la manera más acogedora posible. Las paredes eran de un color blanco, de alguna manera todo encajaba.

Era el primer lugar que había tenido para mí desde siempre, y ahora tenía que dejarlo.

Le había dado la dirección exacta al taxista, el viaje me daría tiempo de prepararme y relajarme. No me di cuenta que ya habíamos llegado. Le pagué al señor y me bajé. Nunca había estado en ese parque. La entrada estaba algo apartada de todo y el taxista ya se había ido. Estaba sola. Era una cálida tarde de lunes, y el estacionamiento estaba vacío.

Quizás era porque el parque quedaba lo suficientemente lejos de la ciudad y no era muy visitado. No sabía qué pensar acerca de lo de encontrarnos allí, pero tampoco me molestaba del todo. La vista era fantástica, y la fuente era increíble. El cielo estaba en su máximo esplendor, y yo estaba fascinada además de un poco intrigada.

De hecho, esa era una de las pocas veces que había ido a Malibú. Me había pasado la mayor parte del tiempo intentando hacerme un hueco en el mundo de la pintura. El lugar no importaba. Sólo necesitaba largarme del desierto. Podía oler al océano y me recordaba a todo lo opuesto al seco calor de Las Vegas, y el mero contraste ya hacía que me resultase reconfortante estar allí. Era un lugar mágico.

Volteé hacia todos lados y solo encontré un Jeep aparcado pero nadie cerca. Igual no había llegado todavía.

Un hombre bien vestido de acercó a mí lentamente. Estaba tan distraída que debí haberlo pasado por alto. Él, sin embargo, parecía haberme estado esperando. Me dio una nota.

“Ana, cruza la avenida. Te espero en el mirador de la playa.”

Le quise preguntar al hombre de qué se trataba, pero cuando volví en mí ya no estaba y el Jeep se alejaba por la salida. No me quedó de otra que cruzar la avenida e ir al mirador.

En el agua, surfeando, había una figura solitaria. Observé cómo tomaba las olas como un

profesional sobre la larga tabla roja. Recorrí toda la playa, y no vi a nadie más. Seguro estaba escondido observándome. Saqué el móvil para ver la hora y llamar al número desconocido que me había mandado el mensaje al salir de mi casa pero no respondía.

Observé al surfista durante unos instantes más, mientras una ola lo llevaba hasta la orilla. Se bajó como si la tabla lo hubiese conducido delicadamente hasta la arena. Sacudió el pelo y se soltó una tira que mantenía su tobillo unido a la tabla. No apreciaba sus rasgos desde esa distancia. Como a cámara lenta, el surfista se abrió camino en mi dirección.

Me puse los lentes de sol para mirarlo mejor, el sol estaba muy fuerte y los rayos no me dejaban apreciar la escena, subí la mirada y vi cómo se bajaba la cremallera del traje de baño, dejando al descubierto una gran cantidad de músculos muy húmedos, fuertes y bronceados. Sacó primero un brazo y luego el otro y se dejó el traje colgando de la cintura. Después levantó la tabla, se la colocó bajo el brazo y trotó hacia el mirador.

Sentí como mis mejillas se sonrojaban al verlo subir la escalera hasta el mirador en el que me encontraba. Empecé a sentir unos fuertes zumbidos en los oídos. Era como cuando todas las ventanas del coche están cerradas y alguien abre una de repente.

Lentamente volteé y sacudí el cuello hacia atrás mientras me soltaba la cola para dejar que mi larga melena cayese libremente. Respiré profundo al ver que el hombre al que estaba esperando se detenía en lo alto de los escalones y se me quedaba mirando. Su mirada era... intensa, penetrante. Las gruesas gotas de agua que mojaban su pelo caían sobre sus anchos hombros y su torso, que parecían sacados de una revista.

Su mirada me recorrió desde mis tacones hasta mis piernas, y desde éstas hasta mi pecho. Luego me miró a los ojos.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo con una sonrisa.

—Sí, una sorpresa.

Me moje los labios, que de repente se habían quedado secos. Él se dirigió hacia su camioneta Pick Up negra. No era un coche caro, aunque parecía estar en buenas condiciones. Dejó la tabla en la parte de atrás sin problemas.

¿Serían ligeras las tablas? Suponía que no, pero él hacía que pareciese que no pesaba nada. Los músculos de sus brazos se tensaron y se estiraron mientras colocaba la tabla, y una ola de excitación tomó todos los poros de mi cuerpo.

—¿Eres Ana? —preguntó mientras salía del mirador.

Me aproximé y me aseguré de hacerlo meneando bien las caderas. Me pareció que sus ojos brillaban de admiración mientras deleitaba su mirada con mi figura.

—Sí. ¿Y tú eres David Smith? —Apoyé una mano en la cadera.

Soltó una carcajada y se recostó contra el lateral de la camioneta, lo que me proporcionó una vista aún mejor de su torso desnudo. Dios mío, era perfecto. Me estaba mirando a los ojos, y vi que los tenía de color verde oscuro con ligeros tonos amarillentos.

—Mis amigos me llaman Dave —dijo como si yo lo fuese.

—Y ¿yo soy tu amiga? —pregunté alzando la ceja.

—Todos podemos soñar, señorita Ana. —Me guiñó el ojo y se dio la vuelta.

Empezó a buscar algo en la cajuela del copiloto de la camioneta. Sacó una camiseta blanca y se la puso rápidamente, cubriendo su hermoso cuerpo. Casi le agradecí la distracción.

—¿Estás lista?

—Tú pagas, tú decides dónde y cuándo —le respondí.

Dave se lamió los labios, me miró de nuevo, sonrió y negó con la cabeza.

—Adelante. —Me dijo mientras me sostenía la puerta de la camioneta abierta.

* * * *

El portón se abrió y avanzamos lentamente en la camioneta. Dave se detuvo delante de una vivienda que parecía más típica de montaña que de playa. No es que fuera una cabaña, pero estaba hecha de piedras gigantes entremezcladas con madera.

Salió del coche, rodeó el mismo y me abrió la puerta. Agarré mi bolso y lo seguí por la pedregosa escalinata. La puerta ni siquiera estaba cerrada con llave cuando la abrió.

Entramos en una sala inmensa y estaba rodeada de ventanas. Tenía una gran biblioteca y las paredes descendían con colores vibrantes que se complementaban. No era para nada lo que habría esperado de un hombre que se suponía que tenía veinticinco años. Me dije mentalmente que tenía que preguntarle a qué se dedicaba en algún momento. Había que ser muy listo o ser hijo de mamá y papá para tener tantas cosas.

—Esta casa es increíble —dije mientras me acercaba a los ventanales.

Desde allí se veían las ondulantes montañas y unas amplias vistas que parecían extenderse sin fin hasta el horizonte. Al vivir en el centro de Los Ángeles, no tenía la oportunidad de apreciar el sur de California de esta manera.

Dave sonrió y me tomó de la mano. La suya era cálida y suave. Era agradable.

—Ven. Te enseñaré qué fue lo que me gustó más de este lugar.

Me llevó por el balcón hasta el otro lateral de la inmensa casa. Cuando por fin llegamos el paisaje me dejó sin aliento.

—Qué belleza... —susurré totalmente encantada.

Me apretó la mano con firmeza y sentí cómo una corriente eléctrica recorría mi espalda hasta el cuello. Desde allí se veía a la perfección el océano Pacífico; al punto que parecía que flotábamos sobre él. Mientras señalaba la zona que había junto a un terreno rocoso, Dave se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Ésa es la playa que está junto al parque Las Delicias — dijo tan cerca de mí que sentí cómo su aliento besaba la piel de mi cuello. Casi podía ver el lugar en el que había estado surfando desde allí.

—Es... —No encontraba las palabras.

—Increíble, lo sé —dijo, pero no con aires de superioridad.

Parecía admirar aquellas vistas tan encantado como yo, cosa que me sorprendió. A pesar de vivir allí y de verlo todos los días, seguía fascinado. Entonces me di cuenta de que tal vez me apresuré al juzgarlo como el típico niño rico y mimado. Sus ojos reflejaban madurez, lo hacían parecer mayor de lo que era. Me agarró de la mano otra vez y me llevo hacia la casa.

—Deja que te enseñe tu habitación.

Lo seguí a través de aquella casa de varios cientos de metros cuadrados. Pasamos junto a un montón de cuartos corriendo. Se me hacía raro que siguiera agarrando de la mano, pero no dije nada por miedo a que la soltara. Me resultaba agradable notar su palma, grande y caliente, sobre la mía. Hacía muchos años que no me sentía tan segura y protegida.

Dave me guio hasta una puerta doble. Me soltó la mano y abrió las dos puertas a la vez.

—Éste será tu hogar durante el próximo mes. —Sonrió mientras yo entraba.

La habitación era grande, con paredes blancas y muebles en tono pastel. Fruncí el ceño sin darme cuenta.

—¿No te gusta? —Dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo. Se acercó y abrió otra puerta doble. Dentro había una cantidad gran de ropa, de distintos colores, texturas y materiales. Esto ya me gustaba más. Podría mudarme tranquilamente a ese vestidor. Parecía lo bastante grande. Pasé los dedos por la ropa colgada. Todas las prendas conservaban su etiqueta.

—Es preciosa, gracias. ¿Por qué no me hablas un poco de los motivos por los que estoy aquí? —pregunté mientras salía del vestidor y me sentaba en la cama.

Dave era un hombre alto y fuerte, elegante y guapo. Medía más de un metro ochenta y era esbelto. Poseía el cuerpo de un nadador que pasaba bastante tiempo levantando pesas en el gimnasio.

Respiró hondo, se llevó la mano a la barbilla y se sentó en la cama, apoyando el codo en el brazo del sillón.

—Mi madre —dijo, como si eso explicara todos los secretos del universo. Sacudió la cabeza—. Durante las próximas semanas tengo que asistir a muchos actos profesionales y particulares. Llevar a una mujer del brazo me ayudará a mantener a raya a las personalidades y cazafortunas que suelen competir por mis atenciones y que me impiden establecer los enlaces sociales que me interesan. A mi madre le pareció buena idea contratar a alguien para que se encargara de ello.

—Entonces ¿necesitas a alguien para espantar a las zorras que sólo pretenden conquistarte para quitarte un poco de tu fortuna? —Solté una carcajada, me crucé de piernas y me quité uno de los tacones.

Dave asintió mientras observaba, por lo visto hipnotizado, cómo yo movía los dedos de los pies.

Se recostó contra el respaldo y entonces cruzó los tobillos. No me había dado cuenta de que iba descalzo. Tenía los pies largos, bonitos y bien cuidados. Llevaba un poco de arena en el arco del empeine. El deseo que había conseguido dominar minutos antes y que había logrado ocultar se

asomó nuevamente y empezó a fijarse en los más mínimos detalles del hombre que estaba delante de mí. Qué injusticia.

—Tú eres, probablemente, una de las mujeres más hermosas que he tenido el placer de contemplar. Estoy deseando verte desnuda. —Soltó y me empezó a desnudar con la mirada.

Observé cómo se levantaba. Nos sostuvimos mutuamente la mirada.

—Bueno..., me alegro de que pienses que soy lo bastante guapa como para estar aquí. Me tendrás aquí por un mes, así que... Un momento... —De repente caí en la cuenta de lo que acababa de decir— ¿Disculpa? ¿Que estás deseando verme desnuda? —Las palabras salieron atropelladas de mis labios—Eso no está incluido en el contrato...

—Soy plenamente consciente de lo que dice en el contrato —respondió él acercándose a mí. Después deslizó una mano por mi cintura, me levantó y me pegó a su cuerpo.

Quise gritar al notar lo firme de su enorme erección contra mi vientre. Vio mi expresión y se inclinó hacia mi rostro hasta estar tan cerca que sentí su aliento contra mis labios.

—Si consigo que te desnudes, no será porque te pagué por ello.

Me quedé completamente quieta, y un intenso placer se disparó desde todas mis extremidades. Una ola de calor se instaló entre mis piernas.

—Te quitarás la ropa para mí cuando lo quieras. Ni siquiera tendré que pedírtelo —susurró y se apartó. —Tengo trabajo que hacer. Estás en tu casa, no dudes en darte una vuelta por ahí, tomar el sol o usar la piscina. Necesito que estés lista y con un vestido de cóctel a las cinco en punto. Tenemos que asistir a una cena de negocios.

Mierda. Esto no entraba en mis planes. Controla las emociones Ana, controla las emociones...

* * * *

Usé mi tiempo libre para trabajar en mi bronceado y realizar algo de ejercicio nadando un rato. David, o Dave, como le gustaba que lo llamaran, no salió en ningún momento. Me lo imaginaba detrás de una de las numerosas puertas cerradas por las que había pasado de camino al patio.

Mientras me secaba expuesta al sol, una mujer amable salió al patio. Ella sonrió y se acercó a una cesta que había en una esquina junto a la puerta.

—Aquí tienes, querida —dijo mientras me entregaba la toalla.

Su cabello entrecano y sus cálidos ojos marrones me recordaron a una Mary Poppins algo mayor.

—Hola, soy Ana. Me cubrí por completo con la toalla para ocultar el minúsculo bikini que había encontrado en el vestidor. Había muchos más, pero eran todos igual de pequeños, así que había tomado uno al azar.

Mary Poppins sonrió y me tendió sus pequeñas manos.

—Yo soy la señora Gómez. Me ocupo de la limpieza, así como de cocinar para el señor Smith.

Asentí, me sequé el exceso de agua del pelo y me lo recogí en una cola de caballo.

—Quería traerte un pequeño snack, presentarme e informarte que, si necesitas algo, puedes llamarme pulsando el botón de asistencia de los interfonos instalados en todas las habitaciones. — Señaló el panel de botones que había en la pared —. Me aseguraré de darte las actividades del señor Smith para que puedas estar preparada. ¿Te parece bien que te lo meta por debajo de la puerta por las mañanas?

Estaba allí contratada, igual que ella, sólo que a mí me pagaban por estar guapa y ahuyentar a las niñas ricas con complejo de zorrillas. Ambas teníamos suficiente que soportar.

—Como quiera, soy bastante fácil de complacer.

La señora Gómez me miró de arriba abajo. Una amable sonrisa adornó sus finos labios.

—Tengo la sensación de que eres de todo menos fácil de complacer, querida. —Me guiñó el ojo—. Esto va a ser interesante —comentó vagamente antes de darse media vuelta.

Disfruté de las vistas una vez más mientras divagaba en pensamientos... Parecía que me había tocado la lotería con este trabajo. Miré el reloj que había en la cocina y vi que tenía una hora y media antes de que el surfista rico y guapo necesitara de su nueva “acompañante” en mi primer día. Decidí que iba a poner todo mi empeño en sorprenderlo.

El señor Smith llegó a mi puerta, la golpeó y entró sin esperar a ser invitado. Nota mental: no te vistas en el cuarto o puede que le regales un striptease al señor de la casa. Aunque algo me decía que no le habría importado en absoluto, visto el modo en que sus ojos recorrieron mi figura de arriba abajo, no una, sino dos veces.

Las vistas a ese lado del cuarto tampoco estaban mal. Vestía un traje negro hecho a medida y estaba más elegante, guapo y delicioso de lo normal. Llevaba una camisa blanca con el cuello abierto que dejaba ver un poco su masculina garganta. Sostenía tres corbatas al tiempo que observaba el vestido que había elegido.

Me había puesto un vestido de cóctel de color morado oscuro. Tenía pedrería en el cuello, que descendía en dos líneas de tela por encima de mis pechos, dejando el centro abierto, mostrando un escote que hacía desear. Después se cruzaba a la altura de las costillas, con más pedrería, y dejaba unos seductores cortes en la parte más estrecha de mi cintura.

Jamás había llevado nada tan sensual, elegante y caro. La falda caía en forma de A y acababa recatadamente a la altura de la rodilla. Aunque tengo un pecho generoso y no podía ponerme sujetador, ya que llevaba la espalda al descubierto, todo quedaba en su sitio, pues el vestido contaba con una especie de sujetador incorporado. Me sentaba muy bien, pero lo mejor de todo es que me sentía guapa por primera vez en mucho tiempo.

El pasmo se reflejaba claramente en su atractivo rostro de rasgos marcados. Levantó las tres corbatas y luego me las mostró.

—¿Cuál? —dijo, y tragó saliva para aclararse la garganta.

Sonreí con malicia, satisfecha de haber utilizado ese comodín por sorpresa.

Todas las corbatas eran muy bonitas, y una combinaba mejor que el resto con mi vestido, pero en lugar de seleccionar una, agarré el cuello de su camisa con las dos manos, se lo levanté y se lo coloqué por encima del traje.

—Mejor sin corbata. Estás guapísimo.

No veía razón para no ser sincera. Estaba guapísimo.

Su boca formó una sonrisa insoportablemente sexy. Me mordí el labio y sentí que el encaje de mis bragas se humedecía. Si no paraba, me terminaría lanzando a él.

—A mi madre no le gustará —susurró antes de agarrarme de la muñeca y tirar de mí.

Me tambaleé y caí encima de él, de manera que nuestros pechos quedaron pegados.

Cuando levanté la vista, me estaba mirando.

—Y... ¿siempre haces lo que te dice tu mamá? —lo reté.

Se echó a reír y sus ojos se tornaron de un precioso verde claro y los tonos amarillos resaltaron más. Pensé que podría quedarme mirando esos ojos durante días y sentir que había ganado un premio.

—No, pero es un evento que ha organizado ella. Me gusta ser un buen hijo cuando toca. —Se inclinó e inhaló profundamente junto a mi cuello—. Por Dios, hueles a sol y a la fresca brisa de verano —dijo recorriendo mi barbilla con los labios.

Una excitación instantánea hizo que se me pusiera todo el vello de punta, desde las raíces del pelo hasta los pies.

—Y estás como para comerte —continuó, y me besó en la comisura del labio, sin que nuestras bocas llegaran a tocarse. Estuve a punto de quejarme, pero imagino que todo aquello formaba parte de su juego, y se le daba muy bien. Disfrutaba del arte de la seducción. Y en esos momentos, estaba dispuesta a seguirle el juego.

—Será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde —le dije.

Dave sonrió y me acercó hacia él, dándome media vuelta y guiándome fuera del cuarto. Apenas me dio tiempo de agarrar el bolso a juego en el que tenía el móvil, el pinta labios y mis documentos. Cuando llegamos a la puerta para irnos, la señora Gómez nos estaba esperando allí.

—Estás perfecto, muchacho.

—Gracias, Nancy. —Se inclinó hacia adelante y la besó en su arrugada mejilla. Después se volvió hacia mí, me miró de nuevo de arriba abajo y se volvió una vez más hacia su criada/cocinera/ama de llaves..., no tenía muy claro qué era—. El vestido es perfecto —continuó, dándole las gracias.

Luego me guio hasta la limusina que nos esperaba frente a la casa.

¿Nancy ha comprado la ropa?... Al ver el tamaño de la limusina, todos mis demás pensamientos desaparecieron de repente y me quedé boquiabierta. Era larga, más larga que nada que hubiese visto jamás. Nunca había ido en limusina pero, conforme nos acercábamos, Dave volteó y me miró con una sonrisa divertida.

—¿Habías montado en una limusina antes? —preguntó, y era evidente que se estaba burlando.

Enderecé los hombros y caminé hacia el vehículo como si fuese algo que hubiera hecho un millón de veces.

—Pues claro que sí —respondí, y abrí la puerta.

Se llevó una mano a la boca y se echó a reír. Sentí vergüenza al no saber qué le resultaba tan chistoso.

—Entonces ¿por qué razón estás intentando entrar en el asiento del acompañante? —dijo señalando hacia la puerta que yo mantenía abierta.

Me asomé y vi el volante del conductor. Cuando corregí mi postura, me di cuenta de que había un caballero vestido con lo que debía de ser el negro uniforme de un chófer sosteniendo abierta la puerta trasera.

—No iba a sentarme —aclaré—. Sólo quería preguntarle al conductor adónde íbamos —y me dirigí hacia la puerta abierta roja como un tomate.

Una vez sentados, me ofreció una copa de champán.

—Gracias.

Sonrió y se sirvió una también. Chocamos las copas.

—¿Por qué brindamos? —pregunté.

—Porque seamos amigos, ¿qué te parece? —Sonrió y puso su cálida mano en la parte superior de mi muslo, mucho más arriba de lo que lo haría un “amigo”, pero me gustó sentirla ahí —. Buenos amigos.

Me mordí el labio, y me miraba la boca hambriento.

—¿Amigos con derechos? —dije subiendo una ceja para conseguir un mayor efecto mientras cruzaba las piernas.

Él subió la mano unos centímetros más, hasta que empezó a tocar mi muslo desnudo.

—Eso espero —susurró, y se inclinó hacia mí.

Con el fin de frustrar sus planes y mantener mi cordura, levanté la copa de champán, me la llevé a los labios y bebí un buen trago del burbujeante líquido. Le había frustrado el beso.

Dave se apoyó en su asiento de nuevo, gruñó y se acomodó la entrepierna de una forma muy poco sutil. Me lanzó una mirada asesina mientras negaba con la cabeza y sonreía. Sí, iba a disfrutar de ese juego del gato y el ratón. Aunque, en ese momento, no estaba segura de quién era el gato y quién el ratón.

Llegamos a una mansión en las colinas de Malibú, no muy lejos de la casa de Dave. Subiendo los escalones pude ver a la gente reunida a través de las ventanas. Todo el mundo iba de punta en blanco y tenía una bebida en la mano. La mayoría de las mujeres presentes parecían tener mi edad, cosa que me pareció curiosa, ya que los hombres eran mayores.

—¿A qué te dedicas, por cierto? —susurré mientras me llevaba hacia el bar.

Cuando entramos caí en la cuenta de que tenía muy poca información sobre qué se suponía

que debía hacer, aparte de mantener a las zorritas fuera del alcance de Dave.

—Soy abogado. —dijo sin darle importancia mientras esperábamos a que nos atendiera el camarero.

Se me hacía raro que hubiese un bar dentro de la casa de alguien, pero la sala en la que nos encontrábamos era enorme, parecía un salón de baile, así que quizá no fuera tan extraño.

Me pasó otra copa de champán.

—¿Resuelves casos especiales? — pregunté mientras inspeccionaba el área.

Al instante vi a una manada de chicas dispuestas a atacar desde un rincón. No perdían de vista a Dave.

—Resuelvo la mayoría de los casos en California.

—¿Estarás detrás de uno de los casos donde he sido arrestada? —Bromeé y me volteé hacia él y sonrió.

—Probablemente —respondió con una risita, y bebió un trago de una bebida de color ámbar de un vaso de cóctel.

Podía oler el whisky a un kilómetro de distancia, y no me traía buenos recuerdos. Me estremecí y centré de nuevo la atención en unas muchachas que parecían buitres.

Dave situó una de sus manos sobre mi hombro descubierto y volteó los ojos.

—¿Qué pasa?

Me obligué a poner de lado la frustración que sentía con respecto a mi padre y su adicción a la bebida y al juego, que me habían metido en ese lío en primer lugar. Sacudí la cabeza.

—Nada.

Me levantó el rostro apoyando un dedo en mi barbilla y me miró a los ojos.

—Te pasa algo. No voy a volver a preguntártelo —me dijo.

Le quité importancia con aire despreocupado.

—No soporto el olor del whisky, no es nada importante.

Dejó el vaso sobre la barra y le hizo un gesto al camarero.

—He cambiado de idea. Querría una cuba libre, por favor —dijo, y el hombre asintió.

—No tenías por qué hacer eso — empecé, pero Dave me interrumpió levantando una mano hasta mi mejilla.

—Quería hacerlo. Ven, voy a presentarte a madre.

Lo seguí con pesadez. Lo único que quería en ese momento era salir por la puerta doble, dirigirme a la playa, meterme en el agua y ahogarme.

Dave me guiaba a través de la multitud. Los hombres me miraban con admiración al verme; sus mujeres, no tanto. Además, mi vestido no dejaba casi nada a la imaginación.

—Madre, padre —dijo él dirigiéndose a una pareja.

La mujer tenía el pelo rubio claro, casi blanco, y unos llamativos ojos azules. Tenía los labios generosos, como su hijo, y cubiertos de un pintalabios que iba muy bien con su tono de piel y los colores de su vestido. Lucía un collar y unos pendientes de perlas. Era la encarnación de la elegancia clásica.

El Smith de más edad le dio una palmada a su hijo en la espalda.

—Hijo —dijo con orgullo.

Su madre lo besó en ambas mejillas sin que sus labios llegasen a tocarle la piel.

—Madre, padre, ésta es Ana Mancuso, mi acompañante. —Sonrió, y yo les ofrecí la mano—. Ana, éste es Javier Smith, mi padre, y mi madre, Amparo.

—Encantada de conocerlos, señor y señora Smith.

—Ana y yo los veremos en el baile de la semana que viene —dijo Dave dirigiéndose a su padre.

—Ah, no. De eso nada. Quiero conocer un poco más a Ana, querido —recalcó, y puso una de esas sonrisas maternas que te hacen sentir que no hay nada más amado en el mundo que tú.

—Madre... —dijo Dave.

—Ay, cariño, relájate. Sé que Ana sólo es una amiga. Así que no va a pasar nada porque la traigas al almuerzo del domingo, ¿verdad? —preguntó usando un tono que yo sabía que haría que se sintiera muy culpable.

—Allí estaremos. ¿A la hora de siempre? —preguntó mientras intentaba relajarse.

Nos dirigimos de nuevo al bar.

—Necesito una copa —dijo Dave mientras me guiaba.

Me eché a reír sin poder evitarlo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¡Que siempre haces lo que te dice tu mamá! —Me volví a reír.

Cuando llegamos a la barra, me acerqué a él.

— ¡Eres un niño de mamá! —le dije al oído.

* * * *

Cuando volvimos a la casa horas más tarde, fingí estar cansada y prácticamente me dirigí corriendo a mi cuarto, pasé el seguro. Me quedé un rato esperando junto a la puerta, esforzándome por escuchar a través de la madera si Dave me seguía. Por mucho que deseara estar con él, debía mantener las distancias entre nosotros.

No había tiempo suficiente para autoconvencerme de que no debía involucrarme de un modo sentimental con él. Era tan agradable y tan normal. Aun así, debía recordar cuál era mi lugar. Yo

no era más que alguien a quien había contratado para ayudarlo con un asunto en concreto.

Aunque, por otro lado, ¿por qué no podía pasarla bien? Yo era una mujer adulta. Los dos éramos jóvenes e íbamos a pasar casi un mes entero juntos. No me vendría mal echar una buena cogida, relajarme un poco. Había pasado un año desde la última vez que había practicado sexo, y mi vibrador ya no me satisfacía. Necesitaba esa conexión física. Un cuerpo caliente y masculino.

Según el reloj de la mesilla de noche, era muy tarde. La una en punto de la madrugada. Lo habíamos pasado genial. Había jugado a contar la cantidad de veces que se le acercaba una cazafortunas y la cantidad de veces que me miraban mal. Veinticuatro. Veinticuatro “admiradoras” en una noche. Ahora entendía por qué me había contratado.

De repente me encontré a mí misma recorriendo la casa a oscuras. Cuando llegué al salón, me dirigí a un pasillo que no había visto antes. Sólo había una puerta de doble hoja al final. Pegué la oreja a la madera y oí el sonido de un televisor. Para mi propia sorpresa, toqué.

—Pasa —respondió Dave.

Respiré hondo y seguí. Dave no dijo nada cuando por fin fijé la vista en él. Tampoco se había movido ni un milímetro. De repente, mi corazón bombeaba con fuerza en mi pecho, y estaba convencida de que podía oír mis propios latidos. En lugar de fingir que había ido a preguntarle algo o que me había perdido y volver a mi habitación, me llevé la mano al cuello y me desabroché el cierre del vestido.

En un instante, el vestido cayó al suelo formando una pila de seda morada. Dave tragó saliva al ver cómo me apartaba el pelo que me había caído sobre la parte delantera del cuerpo y lo echaba sobre mi espalda. Me quedé totalmente quieta, vestida sólo con una braga negra de encaje y unos tacones de aguja.

—Ven aquí —ordenó Dave, su voz sonó profunda y excitada.

El tono despreocupado que había adoptado cuando nos conocimos y durante la fiesta había desaparecido y se había transformado en un tono de control, de deseo y de lujuria, mis tres cosas favoritas.

Con esfuerzo, me acerqué con paso lento hasta un lado de la cama y me detuve a medio metro de él. Dave recorría cada milímetro de mi cuerpo con la mirada, mis pezones se endurecieron hasta un punto casi doloroso, y el espacio entre mis piernas se humedeció. Con cada movimiento de sus ojos sobre mi piel desnuda, mi clítoris palpitaba y ansiaba sus caricias.

—Date la vuelta.

Yo me quedé callada. Aún sobre mis tacones, me volví y le di la espalda. Justo cuando creía que estaba a punto de morir, sentí una ligera caricia que empezaba en el cuello y bajaba lentamente por mi columna.

Sentí su aliento sobre mi cuello cuando me apartó el pelo hacia un lado. Rodeó mi cuerpo con el otro brazo y me agarró un pecho con fuerza justo cuando sus labios rozaron la parte más sensible de mi cuello. No pude evitarlo. Sus dedos pellizcaron la punta erecta de mi pezón, dejé escapar un gemido.

—Nena, tenemos que establecer unas reglas básicas —dijo contra mi piel.

—¿Reglas básicas? —dije mientras disfrutaba de la habilidad de sus dedos sobre mis pechos.

—Regla número uno: vamos a tener sexo como locos este mes. —Presionó con fuerza ambas puntas a la vez.

Lancé un grito de dicha, y el calor entre mis piernas empapó el hilo de tela que llevaba puesto.

—¿eso es una regla? —dije sin aliento, inclinándome más hacia atrás hasta pegar el culo a su pene erecto.

Me parecía una regla maravillosa.

Dave gruñó de placer y respondió retorciéndome los pezones, ejerciendo la presión justa para proporcionarme una cantidad perfecta de gozo y de dolor.

—La regla número dos es que, no nos acostaremos con nadie más.

Me mordí el labio y me concentré en menear las caderas contra lo que parecía un muy grande y grueso bulto.

—Hecho.

Apartó las manos de mi pecho por un momento y después volvió a colocarlas sobre él, algo húmedas. Las deslizó suavemente alrededor de cada aureola y me derretí. Apenas era capaz de mantenerme en pie.

Si seguía haciendo eso, me correría sin que llegase a penetrarme. Llevé el brazo hacia atrás y lo agarré por detrás del cuello. Intenté volverme para besarlo, pero la fuerza con la que me tomaba de la cintura y la firme presión de su parte delantera contra mi trasero me lo impidió.

—Regla número tres: nunca dormiremos en la misma cama. No debemos confundir esto con algo que no es. Me gustas, Ana. Mucho. No tengo ganas de hacerte daño dejando que creas que estoy dispuesto a mantener una relación. ¿Entendido?

La mano que rodeaba mi cintura empezó a bajar lentamente hasta que llegó ahí, justo donde más deseaba tenerlo.

—Dios, sí, entendido —respondí, y empujé las caderas hacia adelante para recibir las caricias de su dedo.

Lo entendía muy bien. Ambos queríamos lo mismo. Amistad y coger.

De repente, me dio la vuelta, se puso de rodillas y me bajó las bragas de un tirón, que quedó a la altura de los tacones que aún llevaba puestos. Cuando nuestras miradas se encontraron, me abrió con los pulgares y empezó a lamerme el clítoris.

Me quedé sin palabras. Sólo era capaz de expresar monosílabos y jadeos. Habría jurado que estaba diciendo algo entre lametones, pero me costaba un mundo prestarle atención.

Al final, se apartó de mí y pude concentrarme. Lo agarré del pelo e intenté empujarlo de nuevo hacia mí clítoris.

—Regla número cuatro. —Sus ojos brillaban mientras se lamía los labios como si estuviese degustando la gran exquisitez que estaba a punto de disfrutar—. No te enamores —dijo con una sonrisa.

Después tomó mi palpitante sexo en su boca y jugueteó con mi clítoris dándole unos

toquecitos con la lengua.

Casi me caigo al suelo. Me incliné hacia atrás, y él me ayudó a tumbarme sobre la cama, con las piernas colgando por el borde y bien separadas. Dave se posicionó entre ellas.

—Puede que eso sea imposible... —susurré mientras hundía la lengua en mi sexo.

Estaba a punto de correrme cuando se detuvo en medio de una combinación perfecta de movimientos con los dedos y la lengua. Me quejé.

—¿Disculpa? —dijo con voz tensa.

—Relájate, Dave. Estoy enamorada de tu lengua. Ahora métemela y haz que me corra para que pueda devolverte el favor.

En su rostro se dibujó la sonrisa más sexy que jamás había visto.

—Contratarte ha sido la mejor decisión de mi vida.

Se lamió los labios y se inclinó de nuevo hacia mi carne mojada.

Levanté las caderas.

—Demuéstralo —lo provoqué.

Y lo hizo, una, y otra, y otra vez.

* * * *

La noche anterior, después de que hiciera que me corriera varias veces con la boca, le devolví el favor haciéndole una mamada de primera. Cuando terminó, nos bañamos juntos y hablamos mientras nos lavábamos el uno al otro.

En cuanto vi que se le endurecía otra vez, me arrodillé y me encargué de él. Entonces, él me hizo otro dedo hasta que quedé saciada una vez más. Resultaba extraño, pero esa mañana me había dado cuenta de que no habíamos llegado a practicar el coito ni una sola vez.

Es más, ni siquiera nos habíamos besado. Había sido, de lejos, la mejor experiencia sexual que había tenido hasta la fecha, y ambos habíamos dejado a un lado la parte emocional.

¿Tal vez ésa fuese la clave? Lo que mi mejor amiga, Stephanie, y todas mis demás amigas habían descubierto ya.

Coger... sin ataduras emocionales.

Parecía que iba en contra de mi naturaleza. Aunque yo misma me consideraba una mujer dura, con personalidad y con objetivos, siempre me había enamorado de todos los hombres con los que me había acostado.

Después de que terminé de bañarme, él permaneció en el baño y yo me dirigí al pasillo, atravesé el salón y me metí en mi cuarto. Recuerdo de forma vaga que Dave me tapó, me besó en la sien y me dijo: Buenas noches, nena.

Esa mañana me había despertado al oír la hoja con el programa de la semana deslizándose por debajo de la puerta. La señora Gómez nos había servido tanto a Dave como a mí mientras yo repasaba la agenda semanal. Dave me había explicado los detalles, como por ejemplo si un evento era informal o no, y yo había tomado notas sobre la ropa, los programas y el objetivo de cada uno de los actos.

* * * *

Por fin ya la cena con su cliente había acabado.

Apenas habíamos cruzado la puerta cuando Dave me dio la vuelta y usó su cuerpo para atrapar me contra la pared. Al instante, pegó los labios contra la piel sensible de mi cuello. Con la lengua, hizo una larga línea entre mi clavícula y la parte trasera de mi oreja. Se me puso todo el vello de punta y cerré los ojos.

Metió las manos por debajo de mi falda y por encima de mi culo desnudo mientras me levantaba una pierna y luego la otra y me las colocaba alrededor de su cintura. Sostuvo mi alta y voluptuosa figura con su cuerpo y me presionó con más fuerza contra la pared.

—Te la voy a meter tan profundo que la vas a notar en la garganta —dijo.

—Mierda —exclamé sin darme cuenta mientras me llevaba en brazos hacia mi cuarto.

—Exacto.

Me dejó sobre la cama y se me quedó mirando.

—Quítate el vestido —me ordenó.

Tenía las pupilas tan dilatadas por el deseo que los ojos se le veían totalmente negros. Supe que se estaba tomando unos momentos porque abría y cerraba el puño con fuerza y los tendones de su cuerpo sobresalían con ansias.

Me saqué el vestido por la cabeza y me quedé de rodillas sobre la cama con un conjunto de sujetador y tanga azul oscuro.

—Te toca. Quítate el traje —dije mientras recorría mi propio cuerpo con las manos hasta agarrarme los senos.

Dave apretaba los dientes mientras se apresuraba a sacarse la chaqueta y la corbata y se desabotonaba la camisa para revelar ese torso bronceado que tanto me gustaba. Me mordí el labio.

—Todo. Quiero que te lo quites todo —dije con voz grave.

Él sonrió, se sacó lentamente el cinturón y a continuación se desabrochó los pantalones. Sacó un condón de su bolsillo, rompió el envoltorio con los dientes y cubrió con él su dura erección, todo eso sin apartar los ojos de los míos. Entonces, me llevé una mano a la espalda y me desabroché el sujetador, que cayó al suelo justo al mismo tiempo que sus pantalones.

—Joder, me da vergüenza mirarte — dijo intimidado—. Eres tan perfecta...

—Tú tampoco estás mal —le contesté mientras disfrutaba de las vistas.

—Demuéstralo —me provocó con una sonrisa.

Gateé hasta el borde de la cama y coloqué las manos sobre su pecho firme. Me incliné y lamí el disco plano de su pezón. Él gimió y, después, hundió las manos en mi pelo y acercó mi rostro al suyo, a unos milímetros de su boca, lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir mi aliento contra sus labios. Los humedeció, preparándose para ese primer contacto. Pero no se lo puse tan fácil y lo besé justo en la comisura de la boca.

—¿Estás jugando conmigo? —me preguntó con un tono travieso.

Me dirigí a una de sus mejillas, se la acaricié con la barbilla y le lamí y mordisqueé el lóbulo de la oreja.

—¿Por qué lo dices? —susurré asegurándome de soltar bastante aire contra aquel punto sensible para dejarle bien claras mis intenciones.

Me agarró de las caderas y deslizó los dedos por debajo de la goma del tanga. Luego tiró de él hacia abajo con brusquedad y me quedé sin aliento al notar el aire en la humedad entre mis piernas.

—Me da esa sensación —respondió, y me empujó, dejándome caer en la cama.

Justo cuando abría los ojos sentí sus manos sobre mis rodillas. Me separó las piernas por completo y gruñó al ver mi sexo hinchado y mojado. Pasó un dedo por la humedad. Un gemido escapó de mis labios cuando jugueteó con mí clítoris.

—Voy a comerte —dijo mirándome a los ojos—. Pero antes necesito estar dentro de ti, mira como te penetro por primera vez.

Y lo hice. Observé cómo me penetraba lentamente, centímetro a centímetro. Los labios de mi vagina se estiraron para dejar entrar a su pene, y su grosor hizo que me sintiera llena, ensanchada al máximo de mi capacidad.

Gruñí y eché la cabeza atrás, incapaz de seguir mirando mientras introducía aquel último centímetro. Ya lo sentía hasta lo más hondo.

—Ana —susurró con voz firme.

Abrí los ojos de golpe y observé su lujuriosa mirada. Él se apoyó sobre los codos y colocó las manos sobre mis mejillas. Retiró las caderas y empujó hasta el fondo al tiempo que pegaba su boca a la mía. Unidos en ese momento como un solo ser, ya no había una Ana y un Dave, sino un nosotros.

Lo rodeé con las piernas y los brazos, aferrándome a él mientras me penetraba. Su pene alcanzaba lugares de mi interior que ni siquiera sabía que tenía. Me provocaba sensaciones tan intensas que grité y me agarré a él cuando llegue al primer orgasmo.

Dave me penetró durante mi orgasmo, pero seguía sin terminar. Me lamió los labios y salió de mí. Sin darme tiempo de quejarme y me dio la vuelta.

—Qué culo tan perfecto. —Me dio una nalgada y volvió a hundirse en mí.

Dave me agarró de las caderas y me penetraba con un ritmo que me hacía querer más.

—¡Necesito sentir esa presión en mi pene, Ana!

Sus dedos bajaron hasta mi clítoris, y llegué al clímax de nuevo. Después de tres rápidas entradas y salidas de su pene en mi vagina, todo su cuerpo se detuvo pegado a mi cuerpo, y comenzó a latir dentro de mí.

Se dejó caer a mi lado y me abrazó, parecíamos adolescentes. Me acomodé en su pecho mientras me preguntaba qué pasaría ahora.

* * * *

Los siguientes días los pasé sola porque Dave estaba trabajando en un caso que, al parecer, trataba de una estafa gubernamental. Cuando llegaba cenábamos juntos, veíamos una película o él leía un libro.

Después teníamos sexo como locos hasta que uno de los dos se levantaba y se iba a su propio cuarto. Me estaba divirtiendo mucho, y disfrutaba de un sexo que jamás había probado y no me quejaba. Lo que más me gustaba era que no habían sentimientos de por medio. Cada vez me gustaba más este trabajo.

Me dejé caer sobre un lado de la cama después de haber montado a Dave como una experta.

No pasaron ni cinco minutos y se inclinó sobre mí y me besó. Me mordió los labios haciendo que no me despegara de él, se puso debajo de mí y con sus manos me volvió a colocar encima de él.

* * * *

Eran las diez de la mañana y la verdad que hubiera querido quedarme en cama. Después de la noche anterior, estaba más muerta que viva. Pero, ya habíamos quedado con la madre de Dave y debíamos ir al almuerzo de los domingos, que al parecer era una rutina de los Smith.

—Hoy estás hermosa, Ana—me halagó la madre de Dave, y me dio un abrazo.

—Gracias, señora Smith. Su casa es muy bonita.

Una vez que me presentaron a toda la familia nos sentamos a la mesa, empezó la diversión.

—Dime, Ana, ¿a qué te dedicas? — Me preguntó Gabriela, la hermana de Dave—. ¿Se conocieron por trabajo?

—Podría decirse que sí —respondí.

—Claro que se conocieron por trabajo. Ana es una Dama de Compañía—soltó sin más Amparo Smith y en tono despreocupado.

Gabriela abrió los ojos tanto que parecía doloroso.

—¿Eres prostituta?

—¿Disculpa? — Dije. Me quedé pálida.

—Entonces ¿no te acuestas con mi hermano? —preguntó Gabriela.

—Pues... —empecé a responder.

—Eso no es asunto tuyo. —Respondió Dave.

Comimos en silencio y unos minutos después había sido como que si fuese pasado nada. El resto de la tarde transcurrió tranquilo. Me reí más esa tarde de lo que lo había hecho en todo un año. Para alguien como yo, que nunca había tenido una auténtica familia, aquel ambiente alegre resultaba un poco raro.

Cuando ya nos íbamos, Amparo le hizo prometer a Dave que volveríamos el domingo siguiente. Él accedió.

Ya el coche estaba en marcha y no habíamos cruzado palabras desde que salimos de la casa de sus padres.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Preguntó de repente.

Era demasiado pronto. No estaba preparada para compartir mi carga con nadie. Dave era tan buena persona que probablemente querría solucionarlo, quizá pagar la hipoteca o alguna locura por el estilo. Pero era mi problema. Me limité a mirar por la ventana, ignorando su pregunta.

—¿Me lo contarás algún día? —Insistió.

—Sí —dije.

* * * *

—Despierta, nena —oí justo después que me dieran una nalgada tan fuerte como para dejarme la piel de la zona palpitante.

Me incorporé de un brinco y agarré el edredón para cubrir mis partes íntimas

—Pero ¿¿qué coño te pasa?! —grité.

Me respondió con una sonrisa en lugar de una disculpa.

—Levántate y ponte algo cómodo. ¡Nos vamos a la playa! — exclamó entusiasmado.

—¿Cómo que vamos a la playa? ¿Eres consciente de que es enero y hace un frío cómo para congelarse? —Me cubrí la cabeza con el edredón.

Sentí cómo el colchón se hundía y me abrazaba. Dave me quitó el edredón de la cabeza de un tirón. Luego se inclinó y me dio un beso lento, húmedo y tan profundo que no pude evitar apretar los dedos de los pies. El espacio entre mis muslos comenzó a calentarse y a palpar. No había duda de que sabía besar. Retiró algo más el edredón y me acarició los pezones, primero con la nariz, y después llevándose la punta a la boca y tirando de ella.

—Así es como se despierta a una mujer —dije conteniendo los gemidos.

Me recompensó chupando con verdadera intensidad mis senos.

—Lo recordaré la próxima vez. Si hago que te acabes, ¿estarás de mejor humor?

Dándome suaves besitos, su cabeza descendió desde mis senos hasta mis costillas, y después por el centro de mi abdomen hasta que llegó... justo ahí, y me dio todo lo que quería y más.

Después empezó a frotar mi clítoris con la lengua una y otra vez, hasta que me vine. Arquee el cuerpo y levanté las manos en el aire para aferrarlo contra mí. Disfrutando del momento tanto como yo. Puede que incluso más, por el modo en que me penetró.

Llegamos a la playa una hora después, y allí nos estaba esperando un hombre, un instructor de surf llamado Gregorio.

— ¿Me has traído aquí para que los vea surfear? —pregunté después de darle la mano al hombre.

Dave miró a Gregorio, después me miró a mí y sonrió.

—No —dijo—. De hecho, te he traído aquí porque tú y yo vamos a surfear. Gregorio me ayudará a enseñarte en qué consiste esto.

Miré a Dave. Su pelo castaño claro ondeaba en el frío aire de la mañana.

—¿Estás hablando en serio?

Asintió y señaló a Gregorio.

El instructor se dio la vuelta y sacó un traje de baño completo -de los que usan los surfistas- que parecía de mi talla.

—Éste te debe de quedar. ¿Cuánto mides? ¿Uno setenta y cinco? Y ¿cuánto pesas? ¿Sesenta y tres kilos?

—Uno setenta. Y ¿no te enseñó tu madre que no se le debe preguntar el peso a una dama?

Gregorio sacudió la cabeza y se echó a reír.

—La verdad es que no.

—Pues muy mal —dije muy seria—. Es de muy mala educación, y a las mujeres no nos gusta. ¿Estás casado? —Negó con la cabeza—. ¿Tienes novia? —Volvió a negar con la cabeza, sonriendo todavía— No me extraña — le dije con ironía.

Dave se echó a reír.

—Tiene razón, Gregorio —le dijo.

Me probé el traje y después de varios intentos de meter mis tetas en el, estuve lista. Gregorio empezó a explicarnos cosas básicas pero importantes y la verdad no le estaba prestando mucha atención. Dave me veía con ganas de comerme ahí mismo después que salí del vestidor.

¡Yo sólo quería meterme en el agua y probar de qué se trataba eso de una vez!

Por fin, Gregorio terminó con su introducción al surf y Dave me guio hasta la playa.

—Puedo llevar mi propia tabla, ¿sabes? —le dije.

—Estoy convencido de que hay muchas cosas que puedes hacer, nena. Pero no me sentiría lo suficiente hombre si no ayudara a mi chica.

¿Su chica? ¿Acababa de decir eso?

—¿Tu chica? —pregunté antes de que aquello se convirtiera en algo sentimental. Sonrió.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir —dijo sin importancia.

Eh... no. No tenía ni idea de qué quería decir. Gregorio nos dio las instrucciones, o bueno, me dio las instrucciones de remo y como tomar las olas.

Una vez que los nervios de la novedad desaparecieron, descubrí que podía tomar olas pequeñas estando boca abajo. Remé de vuelta a la orilla y lo vi ahí súper orgulloso de mí.

—¿Has visto eso?! —grité entusiasmada mientras corría en su dirección.

—¡Claro que lo he visto! ¡Ha sido increíble!— dijo con los brazos abiertos.

Me lancé a sus brazos y ambos caímos al suelo. Un segundo después, sus labios estaban pegados a los míos, y sus manos hundidas en mi pelo mojado. Su boca sabía a sal y a mar. Era algo mágico.

Seguimos besándonos durante unos minutos, hasta que un ronco carraspeo nos interrumpió. Dave había desplazado las manos de mi cabeza a mi culo, y me presionaba de tal manera que sentía su firme erección justo donde más quería tenerla. Nos separamos lentamente, ambos sonriendo como idiotas al ver la expresión divertida de Gregorio.

—Estuviste genial—dijo con orgullo, y me acarició la mejilla con el pulgar antes de darme un besito en los labios.

—¿Podemos volver? —pregunté emocionada me encantaba la idea de volver a enfrentarme a las olas.

—Por ti, lo que sea. Mi dulce Ana.

* * * *

Ya era la tercera semana en la que mi vida se había tornado alrededor de puras reuniones, eventos y salidas importantes con Dave. No me molestaba salir y beber un poco de champán caro y comer cosas ricas, pero era un poco aburrido estar detrás de Dave apartando a zorrillas que se le pretendían insinuar.

Dejé en un plato el pastel de hojaldre que había pedido y me bebí de un trago el resto de la copa de champán.

—¿Estás intentando emborracharte? —Volteó los ojos, pero una leve sonrisa en la comisura de su boca confirmaba que quería jugar.

—¿Por qué lo dices? ¿Vas a aprovecharte de mí si lo hago? — pregunté mientras presionaba con firmeza mis tetas contra su pecho.

—No lo dudes —respondió.

—No juegues conmigo. No es justo, teniendo tú negocios que atender —dije, y le di un beso a un lado del cuello, asegurándome de arrastrar los labios.

—¿Cómo voy a dejar que te vayas dentro de ocho días? — Sus ojos confirmaban la sinceridad de su comentario.

Lo miré directamente a los ojos, a esos ojos que había llegado a adorar por encima de todos los demás.

—Las cosas son como son. Como tienen que ser —le recordé.

Se inclinó hacia adelante y pegó su frente a la mía.

—Y ¿qué pasa si yo no quiero que sea así? —dijo refiriéndose a aquello que los dos habíamos acordado que no debía suceder.

La idea, la pequeña sugerencia de que pudiera haber algo más, iba en contra de todo lo que habíamos negociado cuando había firmado el contrato. También iba en contra de las normas que él mismo había establecido la primera vez que nos habíamos acostado hace dos semanas.

—Shh —dije.

—Está bien —dijo

Yo no tenía otra opción. Incluso si quisiera algo más, cosa de la que todavía no estaba segura, no sería posible.

—Vamos a bailar —sugirió Dave.

Mientras bailaba junto a él, pensé en nuestro tiempo juntos. Las últimas dos semanas habían sido un sueño hecho realidad.

Me iba a costar dejar a Dave.

—Oye, te has puesto roja. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Hace calor. Y tú me das aún más calor. —Apoyé la barbilla en su pecho y levanté la vista.

Tenía la mirada fija en mi rostro, y sus ojos admiraban los rasgos de mi cara.

—¿Sabes? Creo que eres la mujer más valiosa que he conocido en toda mi vida, aparte de mi madre y de mi hermana.

—¿Valiosa? —pregunté confundida.

—Sí, me importas Ana.

Lo abracé con fuerza. Quería que sintiera lo mucho que me importaba él también, no encontraba las palabras para expresarlo.

—Ana, tienes que saberlo.

No quería oír que me confesara unos sentimientos a los que yo no podía corresponder.

—Ana, escúchame... —lo miré y esperé a que dijera lo que iba decir—. Que no vayamos a

estar juntos como pareja cuando te vayas no significa que no podamos seguir en contacto, como amigos.

Sentí una sensación de alivio y una gran sonrisa se dibujó en mi rostro.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad, ahora, tomemos algo y disfrutemos del resto de la noche.

* * * *

Le importaba. Se me inundó el corazón de felicidad al pensar en lo que había pasado hace unas noches, cuando Dave me había confesado sus sentimientos.

No sabía qué pensar o cómo tomarme esa información. Habíamos quedado en no involucrarnos sentimentalmente. Aunque, para ser sincera, yo no podía afirmar que no sentía nada por Dave. Claro que lo sentía. ¿Estaba enamorada de él? No lo creía. Me había pasado todo el tiempo tan obsesionada con no enamorarme que no me había dispuesto ni siquiera a abrir mi corazón.

—¡Cielo, ya estoy en casa! —La voz de Dave sonó por toda la casa y llegó hasta el exterior, donde estaba en la piscina, relajándome, tomando el sol.

Salió al patio, vestido de traje y con una sonrisa en la cara. Siempre estaba guapo, pero cuando se ponía elegante tenía algo que me volvía loca.

Salí de la piscina impulsándome sobre el borde y me senté encima de éste.

Dave dejó de caminar hacia mí y se quedó quieto, justo al otro lado de la piscina. Me estaba mirando, pero no a los ojos. Me apoyé en las manos y me incliné hacia atrás, arqueé la espalda, levanté el pecho hacia el cielo y eché la cabeza atrás. El pequeño bikini que llevaba puesto no dejaba nada a la imaginación, y cuando levanté la vista para ver si mi pequeño show estaba funcionando, vi que se había lanzado a la piscina.

Llegó al borde de la piscina sin salir a respirar y tiré de él entre mis piernas. Él me puso sus manos sobre las rodillas y me las separó.

Me besó como si no fuese a tener otra oportunidad de hacerlo, como si se muriera por saborear mis labios. Metió los dedos por debajo de los diminutos triángulos del bikini y apartó la tela para dejar mis senos al descubierto. Lamió la punta de uno de ellos con la lengua antes de chuparlo con fuerza. Solté un grito de placer y mis manos se aferraron a su cabeza.

Cuando me llevó al borde del orgasmo jugando con mis tetas, cosa que le encantaba hacer, me empujó hacia atrás. Sus dedos hallaron las tiras laterales de la parte baja del bikini y tiró de ellas.

En el momento en que su lengua rozó la parte más sensible de mi clítoris, mis manos se aferraron a su cabeza para mantenerlo ahí. Él me las quitó y me las colocó en el suelo.

Con la punta de los dedos, me separó los labios y usó la lengua para llevarme al límite del placer.

—Dios mío, Ana, podría pasar todo el día comiéndote —dijo con los dientes apretados y chupó con fuerza mi clítoris.

Llegue al segundo orgasmo. Me temblaba todo, hasta que Dave me agarró de la cintura, levantó mi peso y me metió en el agua.

Antes de recuperar del todo la razón, rodeé su cintura con las piernas y apoyé la espalda contra el borde de la piscina.

—Voy a hacértelo tan bien que voy a asegurarme de que me sientas incluso cuando ya no estés aquí, nena —dijo, y me penetró con fuerza.

—Recuérdame —dijo con fuerza, y me penetró llegando a ese punto con el que me provocó el orgasmo más intenso y más largo de mi vida.

Ya no era dueña de mi propio cuerpo. Mi voz ya no era mi voz. Me vine con su boca contra la mía, besándonos, sintiendo cada caricia, cada roce de lengua contra mis labios.

Me llevó, mojada y cargada en sus brazos, hasta su cuarto y me dejó sobre la cama. Se quitó la corbata y la camisa empapadas, y después se colocó de rodillas encima de mí. Me separó las piernas y se deslizó entre mis piernas hacia mí clítoris hinchado una vez más. Conectados. Estábamos totalmente conectados. Esta vez no me cogió fuerte, sino que me hizo el amor de una manera lenta y dulce.

* * * *

—¡Hola, idiota! ¡Cuánto tiempo! —me saludó Stephanie por teléfono.

—He estado trabajando, zorra.

—¿Vas a venir a casa? —preguntó Steph mientras me ponía el vestido que iba a llevar al acto social de esa noche.

Dave iba a llevarme a una especie de fiesta del cine con sus colegas.

—Ojalá. Pero me voy directamente a Seattle tres días después de dejar Malibú. La señora Jessica me ha enviado el boleto por email y me pasó toda la información de mi próximo y último cliente.

—Prométeme que vendrás pronto, te echamos de menos.

—Lo haré, lo haré. ¡Adivina! —dije emocionada al recordar todo lo que había pasado con Dave y así desviaba un poco el tema, la verdad es que yo también los echaba de menos pero debía sacar a mi familia de esta. No quería que quedáramos en la calle.

—¡Dime!

—¡Dave me ha enseñado a surfear!

—¡Que genial! Yo nunca he visto el mar —se quejó—. Cuando te hagas rica siendo Dama de Compañía, ¿me llevarás para que vea el océano?

Me eché a reír, adoraba sus ocurrencias.

—Te quiero, imbécil. —me despedí.

—Yo a ti más, ridícula. ¡Ven pronto! —gritó y colgué.

La extrañaba muchísimo y a mi hermana, Sofía, también.

* * * *

El Darlyn's Restaurant de Malibú era un sitio de cache. Era como entrar en tu propio mundo *caro* privado.

Cuando llegamos, una amable chica nos guio hasta una zona privada que se encontraba fuera. El enorme patio tenía un suelo de madera natural y estaba cubierto por unos inmensos muebles de piel.

Desde cualquier punto de aquel sitio había vistas de todos los ángulos de la playa. El sol se estaba poniendo, y los colores del cielo se reflejaban en el mar. Era una imagen increíblemente bella, magnífica. Dave me sorprendió por detrás y me estrechó entre sus brazos mientras yo me agarraba a la barandilla. Me abrazó contra su torso.

—Hermosa —me dijo al oído, y me acarició el cuello con la punta de la nariz.

—Sí, es una vista muy bonita — respondí.

—No me refería a la vista, sino a ti.

Me dio un beso justo en ese punto en el que el cuello se une con el hombro que hace que se te pongan los pelos de punta por los escalofríos y al mismo tiempo te llena de excitación.

—Exagerado. —Le pellizqué los vellos del antebrazo mientras sonreía cuando él intentaba quitar su brazo y no lo dejaba.

—¡Ay! Ésta es la última vez que le regalo un cumplido a una mujer —dijo siendo dramático mientras se sobaba el brazo.

Me volteé, lo agarré del cuello y lo besé. Nada que no pudiese hacer delante de sus colegas, sólo un besito en los labios. Lo había echado de menos todo el día mientras estaba en el trabajo, y ésa era la primera ocasión que tenía de estar cerca de él.

Se apartó y se me quedó mirando. Negó con la cabeza y sonrió. Yo sabía que quería decirme algo, pero en ese mismo instante supe que iba a ser algo que me costaría sobrellevar. De nuevo el tema de los sentimientos y la verdad es que sí creía sentir algo por él también.

—¿Vamos a comer y a beber algo? —me adelanté.

Él dejó caer los hombros decepcionado. Había interrumpido el momento.

—Claro —respondió, y me cogió de la mano y me llevo hasta el bar.

Pedimos nuestras bebidas y, en ese momento, un camarero se acercó y nos ofreció unas mini pizzas hawaianas. Mientras estábamos hablando y comiendo, la mujer más guapa, elegante, bella,

femenina que había visto en mi vida se abrió paso entre la multitud. Llevaba un vestido de cóctel sin tirantes de color beige oscuro que resaltaba perfectamente sus grandes atributos.

La falda le llegaba justo unos tres dedos por encima de la rodilla y mostraba sus espectaculares piernas largas. Tenía una cabellera negra muy parecida a la mía, aunque su cabello lucía unos preciosos rizos sueltos que caían sobre su perfecta piel bronceada. Unos labios beige brillante y los ojos ahumados completaban el look.

Esa mujer era el sueño de cualquier hombre y también la pesadilla de cualquier mujer. Excepto la mía. ¡Yo quería ser ella!

—Corina. —Dave alargó la mano hacia la despampanante mujer—. Te presento a mi amiga, Ana Mancuso.

La mujer abrió los ojos como platos y en sus labios se dibujó una sonrisa al oír la palabra amiga. Puso una mano sobre el hombro de Dave, lo devoró con una mirada llena de deseo, luego se volteó hacia mí. Dave estaba completamente babeado con ella. Y yo también. Una belleza natural como la suya no se veía todos los días.

—Corina Espinoza. —Me tendió la mano y se la estreché—. Los amigos de Dave son mis amigos. —Su voz sonaba como si estuviese cantando en tonos dulces, sólo que con un tono femenino muy sensual. Después de darme la mano, se puso delante de mí y presionó con descaro su pecho contra el de Dave.

—Estoy deseando empezar a trabajar en el caso contigo. Tu argumento es fascinante. — Levantó la mano y le acarició el cuello de la chaqueta. Él se quedó mirando a aquella mujer tan sexy a los ojos, incapaz de decir alguna palabra.

Me sentía casi como si estuviera metiéndome en un momento privado. Era evidente que sobraba en la conversación. Y, a pesar de lo que me había prometido a mí misma, me estaba poniendo celosa. No, oficialmente no tenía ningún derecho sobre Dave, pero era su acompañante durante los pocos días que quedaban. Intenté aclararme la garganta, pero no conseguí romper el enlace que la mujer, -al parecer colega de Dave- ejercía sobre él.

—Tal vez podríamos repasar el caso en mi casa unos días antes de la presentación en la corte, ya sabes, para que no haya malinterpretaciones. —Se mordió el labio inferior y sentí como me ponía roja de la molestia.

¡¿Quién coño se creía que era?!

—Bueno... claro. Sí, suena... eh... — Empezó a decir Dave y fue la gota que rebasó el vaso. La aparté de en medio, interrumpiéndolos cortésmente.

—Cielo, tengo hambre. ¿Nos sentamos a comer? —Usé su mismo truco y pestañeeé, pero estaba convencida de que mi gesto no había logrado el mismo efecto. Dave me miró, sacudió la cabeza y sonrió. Sus ojos se iluminaron y me abrazó hacía su pecho, agarrándome de la cintura.

—Por la señorita Ana, lo que sea — dijo, y me besó en la frente—. Si nos disculpas, Corina...

Miré a la hermosa víbora de pelo negro. Se había quedado boquiabierto, como si no pudiese creer que me hubiera entrometido entre ellos cuando, en realidad, era ella la que lo había hecho.

—¿Ana? ¿Fue de ella de quién estabas tan emocionado de haber conocido? —Dijo.

Dave me miró con una sonrisa de las que hacen que se te caigan las bragas al suelo.

—Sí, Ana es la chica de la que nunca dejes de hablar—dijo sin mirar a Corina.

Ese gesto me llenó el corazón de alegría y tristeza a la vez al saber que pronto me iría.

—¿Por qué lo dice como si te fueras pronto? —me preguntó Corina directamente a mí, cruzándose de brazos por encima de sus generosos pechos.

Respiré hondo y cerré los ojos.

—Me voy Seattle —respondí, y vi cómo Dave se ponía incómodo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Por cuestión de trabajo. —No se me ocurría nada mejor que decir. Era la verdad, pero no iba a contarle a esa víbora que estaba allí contratada, ni que Dave era técnicamente un hombre libre. Ella puso los ojos en blanco.

—¿A qué te dedicas?

—Bueno, en este caso voy a hacer de modelo para un artista mientras me retrata durante un mes.

Corina esbozó una sonrisa falsa.

—Y ¿llevarás ropa puesta mientras te pinta? —dijo dando justo dónde quería llegar.

—Creo que ya es suficiente, Corina. Nos vemos en la sala de reuniones dentro de una semana. Vamos, Ana, vayamos a buscar un sitio donde sentarnos y a comer algo. —Dave me agarró de la cadera y me dio la vuelta mientras se abría camino hacia la dirección opuesta a la bella pero ácida colega de él.

Llegamos a una mesa que había en un rincón y que tenía unas vistas aún mejores del océano por la noche. Un camarero se acercó, nos sirvió nuevas bebidas y nos puso un platito con pequeños bocados de sushi. Agarré un bocado y dejé que se me deshiciera en la boca. Entonces, Dave me abordó con varias preguntas.

—Así que Seattle, ¿eh? —Asentí. No me apetecía hablar de aquel tema con él—. Y ¿ha acertado Corina con sus preguntas de mal gusto?

Me comí un bocadito de pescado y me costó un mundo no gemir de placer. Dios mío, ese sitio era increíble.

—Contéstame, Ana. ¿Vas a posar desnuda delante de ese artista mientras te pinta? —insistió Dave. En lugar de responder, me hice más pequeña en mi asiento—. Es una pregunta muy sencilla —añadió apretando los dientes.

—Puede ser, es probable. Pinta algunos desnudos, así que es una posibilidad —dije pensando que esa respuesta era mejor que decirle la verdad absoluta o una mentira directa. Dave sacudió la cabeza y bebió un gran trago de cerveza.

—Necesito una puta bebida de verdad. —Se levantó y se fue muy molesto hacia la barra.

Me dejé caer sobre el respaldo de la silla y entonces recapitule sobre cómo estaba yendo la noche.

Primero yo me había puesto celosa por él, y ahora él estaba celoso de un tipo que ninguno de los dos conocía. ¿Qué coño estaba pasando? Cuando volvió, lo hizo con un vaso lleno de un líquido ámbar que consiguió que se me revolvieran las tripas. Desde la primera noche que salimos, había tenido la consideración de no beber whisky, cosa que agradecía. Pero ahora se lo estaba bebiendo como si fuera agua.

—¿Por qué estás molesto?

Negó con la cabeza.

—No lo estoy —dijo apretando los dientes, y vi cómo le temblaba de rabia la mandíbula.

—Me parece que sé distinguir cuándo estás molesto y cuándo no lo estás. Hemos estado viviendo juntos casi todo el mes.

—¿De verdad quieres hacer esto? —preguntó por fin.

—No es que si quiero hacerlo o no. ¡Tengo que hacerlo! —dije inclinándome hacia adelante.

Él miró a su alrededor.

—No tienes que hacer nada que no se te venga en gana. Siempre se puede elegir. Puedes quedarte. —Y ahí estaba. Quería que me quedara, aunque sabía que no podía hacerlo.

—No...

—¿Por qué no?! ¿Porque haría que sintieras algo? —dijo desbordando ira.

Me levanté y me retiré. Dave no me siguió.

El fuerte sonido de un vaso de cristal partiéndose me despertó de un sueño profundo. Me levanté y recorrí el pasillo de puntillas para no hacer ningún ruido, hasta que descubrí a Dave riéndose, con media chaqueta puesta y la otra media retorcida alrededor de su mano, como si hubiese estado intentando quitársela. Me acerqué a él y lo ayudé a quitársela.

Fue una mala idea.

Una vez libre, me aprisionó contra la pared, con los labios en mi cuello. Me mordió con fuerza y grité mientras intentaba apartarlo.

—Ana, Ana, Ana..., te deseo tanto... No quiero perderte..., por favor —me rogó, pero no tenía ni idea de qué quería decir realmente con aquellas palabras ebrias y arrastradas.

—Estas muy mal, vamos a la cama —dije intentando que recobrarla la compostura. Dio unos cuantos pasos. Entonces, se detuvo y me abrazó contra él. Golpeé una pared con la espalda. Esta vez me agarró un pecho y me retorció el pezón cómo sólo él sabía. Gemí.

—Sí, Ana. Me encantan esos ruiditos que haces. Son algo entre un gemido y un lamento. Me ponen muy duro el pene.

Y la dura erección que empujaba contra mi cadera demostraba que no estaba jugando. Sin darme tiempo a moverme, me agarró una pierna y me la colocó alrededor de su cadera. Incluso borracho, sabía perfectamente lo que se hacía, sólo que sus movimientos eran algo más torpes y menos coordinados.

—Dave, aquí no. Tenemos que llevarte a la cama.

—¿Vienes conmigo? —dijo en tono de súplica mientras me lamía y me mordisqueaba el cuello—. Quédate conmigo hoy.

—Sí, claro. Cogemos en tu cama esta vez —le contesté mientras lo guiaba hacia su cuarto.

Una vez allí, se puso delante de mí, me agarró de las caderas y me besó. Incluso a pesar del whisky, el único licor que no soportaba, sabía a gloria.

—No —dijo—, quiero que duermas conmigo. Toda la noche. Quiero despertarme contigo a mi lado por una vez —me rogó llevándome hasta la cama.

Se sentó, me bajó las bragas y yo me quité la camisa del pijama, quedándome como vine al mundo delante de él.

—Adoro este cuerpo.

Su mano bajó desde mi clavícula hasta uno de mis senos. Me dio un pequeño toque y continuó bajando hasta la curva de mi cintura, por encima del hueso de mi cadera y hasta mi muslo. Me estremecí cuando completó el recorrido hasta la parte interna y rozó mi flor.

—Sólo por hoy, quédate toda la noche. Deja que amanezca a tu lado. — Se inclinó hacia adelante y se llevó uno de mis pezones a la boca. Una corriente eléctrica recorrió mis extremidades y encendió el placer, seguido rápidamente por el deseo y la necesidad.

—Sólo por hoy —dije.

Esa noche hicimos el amor por segunda vez, un amor desesperado y doloroso. En algún momento Dave se despertó sobrio y me tomó de nuevo. Me dijo que quería repetir todo lo que habíamos hecho para asegurarse de recordarlo. Yo sabía que jamás me olvidaría. Cuando desperté, Dave me estaba mirando. El pelo, castaño claro y enmarañado, le tapaba los ojos, y se lo aparté para poder contemplar su rostro bajo la bonita luz de la mañana.

—¿Por qué eres Dama de Compañía? —me preguntó.

No me estaba juzgando. Sólo me lo preguntaba, como si fuese algo que hubiese estado deseando saber desde el primer día. Y era probable que fuese así. Había llegado la hora. Merecía saber por qué no podía darle más. Sé que quería que me quedara a vivir con él para ver cómo salía la cosa estando juntos de verdad.

Él sabía que a mí no me importaba que estuviera tan ocupado, que era la razón por la que se negaba a tener relaciones sentimentales. Sabía buscarme la vida, y lo había demostrado. No era la típica mujer dependiente, como la mayoría de aquellas mujeres que aparentaban ser felices al lado de alguien con mucho dinero para no hacer nada más el resto de sus vidas.

Pero ése era el tema. Yo no quería ser una mujer interesada, ni una novia, de hecho. Necesitaba encontrar mi propio camino, ser yo misma. Y, en esos momentos, no podía hacerlo porque tenía que sacar a mi familia de ese rollo para no quedarnos en la calle. En lugar de esquivar la verdad o de inventarme algo creíble, se lo conté.

—Mi casa ha sido hipotecada, mi padre cayó en los vicios del alcohol y el póker e hipotecó la casa para poder seguir con su vicio y saldar las cuentas en las que se metía. El gerente del banco fue a hablar conmigo un par de semanas antes de que te conociera trabajando en... esto. Y es mucho dinero.

—Yo tengo mucho dinero —dijo tranquilamente.

Los ojos se me humedecieron al oírlo. Me volteé hacia él, uní las manos como si fuese a rezar y me las puse debajo de la mejilla. Él imitó mi postura.

—Sí, lo sé, pero es tu dinero. Mi padre nos ha metido en un lío con el banco porque es adicto al juego. Estoy trabajando para pagar esa deuda.

—¿Cuánto te dijo el gerente qué era?

—Un millón.

Exhaló despacio.

—Yo tengo dinero de sobra, Ana. Podría ayudarte.

Negué con la cabeza. Sabiendo la clase de hombre que era Dave Smith, estaba segura de que, en cuanto descubriera que mi familia tenía problemas, iba a querer ayudar. Pero ese problema era mío, no suyo.

—Lo sé, pero no te he pedido ayuda —dije seria.

Yo no era ninguna princesa en apuros, ni él el caballero blanco que iría a rescatarme. Los cuentos de hadas no existían, y menos para las chicas de California con muchos problemas.

—Pero ¿y si yo quisiera ayudar?

—Eres muy amable, Dave.

Sacudió la cabeza y se tumbó boca arriba.

—No, Ana, no lo soy. Soy egoísta. No quiero que te vayas. No quiero que poses desnuda para ningún artista rico de Seattle. Quiero que te quedes aquí, conmigo, en mi casa, y en mi cama. Y pagaré lo que haga falta para conseguirlo.

—¿Me quieres, Dave?

Me miró a los ojos al instante.

—Eh... —Se lamió los labios y se los mordió. Tenía ganas de besárselos—. Sé que me gustas. Me gustas mucho.

Sonreí ampliamente y recorrí su nariz desde el puente hasta la punta con el dedo índice.

—Tú también me gustas, Dave, mucho. Pero tengo que hacer esto. No sólo por mi familia, aunque es el motivo principal, sino también por mí. Y lo que menos necesitas en este momento son distracciones. Uno de los casos más importantes del país te lo han asignado y es la semana que viene, y por primera vez serás el que estará de cabecilla...

Dave se pasó la mano por el pelo.

—Soy muy consciente de ello, y sigo queriendo que te quedes.

—Lo sé. Y, para serte sincera, yo tampoco quiero irme, pero voy a tener que hacerlo. Y tú y yo continuaremos siendo amigos, ¿verdad?

Suspiró, y entonces me tomó y me colocó encima de él. Apoyé los brazos sobre su pecho y la barbilla sobre mis manos.

—Por supuesto que sí. Eres la mejor amiga que he tenido jamás.

No estaba segura de a qué se refería esa vez con lo de amiga.

—Quiero decir amiga, amiga.

—Entendido —dije, y le di un beso en los labios.

—Entonces, ¿te irás dentro de dos días y no hay nada que pueda decir ni hacer para que te quedes?

Negué con la cabeza, me apoyé contra su corazón y, mientras escuchaba sus fuertes latidos, me quedé medio dormida. En el fondo sabía que sí había una cosa que podría hacer que considerase el hecho de quedarme: que me quisiera. Era innegable que me estaba enamorando de él, pero me echaba para atrás el saber que el amor, en este caso en concreto, no era una opción.

No después de haberme enamorado de todos los hombres con los que me había acostado. Esta vez, con Dave, había protegido mi corazón con tanto afán que sólo había conseguido robarme algunos pequeños trocitos durante esos días que había pasado con él. Sin embargo, la mayor parte estaba a salvo y bajo mi pleno control.

—Y ¿dónde nos deja eso? —Dijo mientras bajaba las manos por mi espalda, me las puso sobre las nalgas y me dio un apretón.

Eso me recordó lo mucho que iba a echar de menos sus habilidades sexuales. Volver a tener un novio que funcionara al cien por cien no era una de mis prioridades en la lista de cosas que hacer en Seattle.

—¿Lo dejamos en amigos?

Se encogió al oír la palabra.

—¿Mejores amigos? —dije como sugerencia.

Me levantó de la cintura, centró su pene duro entre mis muslos y yo me dejé caer sobre ella.

—Con derechos —susurré cuando dio un fuerte empujón, y sonrió—. Mejores amigos con derechos —repetí, e incliné la cabeza hacia atrás, me aferré a sus perfectos pectorales y lo estrujé desde mi interior.

Dave se tensó.

—Eso ya me gusta más. —Me agarró de las caderas, me levantó y tiró de mí hacia abajo con fuerza. Ambos gritamos—. Ahora cabálgame.

* * * *

—¿Qué quieres hacer hoy? —me preguntó Dave cuando entré en la cocina para desayunar.

Para mi sorpresa, estaba cocinando, dándole la vuelta a las tortillas, para ser exacta. Miré a mí alrededor en busca de la señora Gómez.

—¿Y Nancy?

—Le he dado el día libre. Como es tu último día, quería pasarlo a solas contigo. —Sonrió de oreja a oreja y me guiñó el ojo.

Me senté en el banco delante del mesón donde estaba terminando de preparar nuestro desayuno. Las tortillas no estaban quemadas y olían de riquísimo. Me quedé mirando fascinada el pequeño montón. La mantequilla goteaba por los bordes.

Después echó por encima un poco de nata, haciendo una especie de diseño en la parte superior. Con un breve movimiento de la muñeca, deslizó el plato delante de mí. Lo que había dibujado era una cara sonriente.

—Tortillas felices. —Meneó las cejas y me eché a reír.

Ese hombre era la división perfecta. Adicto al trabajo, surfista, contratante de chicas de compañía, rico, y preparaba tortillas con caritas felices.

—¿Qué? —Apoyó los codos en la mesa y volteó la cabeza.

Tenía esa barba de recién levantado que ya me había acostumbrado a ver y que tanto adoraba. Acaricié la áspera superficie con las puntas de los dedos. Sacudí la cabeza y empecé a cortar una de las cinco tortillas perfectamente redondas.

—Que me asombas —respondí—. Cada vez que creo conocerte, me sorprendes con otra cosa.

Dave se encogió de hombros y mordió una de sus tortillas.

—¿Qué voy a hacer? Me gusta mantenerte intrigada.

Sonrió, y pensé que todas esas películas estúpidas y románticas tenían razón. Un buen hombre podía iluminar una habitación y hacer que el resto del mundo desapareciera, como si sólo existieran ellos dos en ese lugar y en ese momento.

—Volviendo a tu pregunta inicial — dije con la boca llena de las mejores tortillas que había probado en mi vida, incluidas las mías propias—. Me gustaría ir a dar una vuelta por mi cuenta propia —dije y él asintió.

—¿Adónde vamos?

Sonreí mientras me arreglaba el pelo despeinado por encima del hombro.

—A donde nos lleve la moto. Lo que cuenta no es el destino, sino el viaje.

—¿Moto? —Respondió sorprendido.

—No eres el único al que le gusta mantener a las personas intrigadas.

Dave se acercó, se sentó y me miró. Yo también lo miré, pensando que iba a besarme. Era lo primero que solía hacer por la mañana, pero ese día era diferente. Todo lo que rodeaba a mi último día tenía un aire tenso, lo inevitable de una despedida. En lugar de un beso, me puso un montón de nata montada en la nariz.

—Qué profundo —dijo muy serio. Le di un empujón.

—¡Idiota!

Se echó a reír.

—Por Dios, Ana. ¿No es el destino, sino el viaje?... ¿De dónde has sacado esa ridiculez? Sé sincera. Lo leíste en la pegatina que te dieron cuando compraste la moto, ¿verdad?

—¡Pero es verdad! —dije, sacudí la cabeza y seguimos desayunando.

A cada segundo me daba un codazo en el costado. No tan fuerte como para hacerme daño, sólo lo justo para hacerme saber que estaba ahí. Debía ser sincera conmigo misma, iba a echar de menos a Dave. Más de lo que deseaba admitir. Mucho más.

* * * *

—¡Qué! —gritó cuando entré en el garaje donde había dejado aparcada la moto.

Me miró de arriba abajo. Desde la chaqueta negra de cuero que llevaba puesta sobre mi camiseta de tirantes hasta mis botas de motera, pasando por mis vaqueros ceñidos.

—¿Te gusta? —le pregunté mientras sacaba la cadera hacia un lado, consciente de que de ese modo acentuaba esa figura de reloj que tanto le gustaba.

Me había dicho varias veces lo encantado que estaba de mi cuerpo. A Dave le gustaban las mujeres con algo de carne. Las chicas anoréxicas no llamaban su atención. Al menos, eso era lo que él decía. Pudo haberme contestado algo, pero su rostro ya me indicaba de forma clara que le gustaba lo que veía. No tardo ni dos segundos en darme una respuesta a su manera.

Tenía su boca sobre la mía. Para Dave, besar era algo más que un juego entre lengüetazos y pequeños mordiscos. Era una especie de marca, algo que grababa en mi piel y que permanecía conmigo a lo largo de todo el día. Jamás olvidaría ninguno de sus besos. Eran todos perfectos.

Y sus manos..., ay, sus manos eran increíbles. Sabía exactamente dónde debía acariciar, pellizcar y apretar, que era justo lo que estaba haciendo con mi culo y mi seno. Con una mano en cada cosa. Le chupé la lengua y le mordí el labio hasta que gimió. Se apartó y apoyó la cabeza contra mi frente.

—Creía que íbamos a dar una vuelta —respiré fuerte contra sus labios y, después, lamí la comisura de ellos.

—Sí, hasta que te he visto vestida así. Ahora *mi amigo* tiene otros planes.

Pegó sus labios a los míos. Podía sentir su erección a través de sus jeans. Con gran esfuerzo, me aparté, coloqué las manos sobre sus mejillas y me quedé contemplando sus preciosos ojos verdes con esos destellitos amarillos que tanto adoraba.

—Después. La espera hace todo mejor. —Terminé dándole otro mordisquito en los labios. Intentó atrapar los míos, pero lo esquivé.

Me alejé mientras meneaba de modo exagerado las caderas para que me viera bien el culo y pasé una pierna por encima del asiento de mi moto.

—Hola, guapa. —Acaricié uno de los retrovisores —. ¿Estás lista para enseñarle a Dave de lo que eres capaz, bonita? —le dije con dulzura a Mili. —Así la apodé desde que la compré. Ese día estaba aburrída Dave me había dejado sola y decidí salir a ver motos en una agencia y Mili

me enamoró. Tenía años que no montaba una. También quería sorprender a Dave.

—Creo que tienes que moverte un poco hacia atrás para que pueda montarme yo. —Dave me hizo un gesto para que me sentara detrás.

—Debo de haberte oído mal. ¿Estás insinuando que vaya yo detrás? — Alcé exageradamente las cejas y volteé los ojos.

Dave puso una mano sobre el manillar y dejó caer la otra junto a su costado.

—Si eso significa que vas a aferrarte a mí con esas piernas y que voy a poder sentir tu calor por toda mi espalda, pues sí, eso es justo lo que estoy insinuando.

Se lamió los labios y recorrió mi cuerpo con la mirada una vez más. De nuevo, no se me pasó por alto que sus ojos bien podrían haber sido manos, porque podía sentirlos sobre mi piel cada vez que miraba en mi dirección.

—Bueno, entonces creo que tenemos un problema, porque Mili es mía, y sólo la conduzco yo. Así que me temo, amigo mío, que vas a tener que envolverme tú a mí con esos fuertes muslos. — Me senté más hacia adelante y le hice sitio atrás —. A menos que tengas algún problema con respecto a tu masculinidad.

Dave me sorprendió. Pasó la pierna por encima del asiento. Entonces, antes incluso de arrancar la moto, me puso a cien a mí. Encajó su figura contra mi espalda y deslizó una mano por mi parte delantera, por debajo de mi camiseta de tirantes, me levantó el sujetador y lo apartó para poder tocar mi piel desnuda.

Después empezó a jugar con mi pezón duro con las puntas de sus dedos. Gemí cuando acercó la boca a mi cuello y comenzó a lamerlo y a mordisquearlo con suavidad. Arqueé la espalda hacia atrás y apoyé la cabeza contra su hombro mientras me pegaba a su erección. Justo cuando volví el cuello hacia él, me desabrochó el botón del vaquero y me bajó la cremallera.

—Dave —susurré al sentir sus manos directamente por debajo del pantalón. Deslizó sus dedos expertos y éstos encontraron mi clítoris.

Me metió dos de ellos mientras acariciaba mi clítoris, ansioso por recibir sus atenciones, con el pulgar. Dave no me defraudó. Con sus fuertes brazos, arqueó mi cuerpo ayudándose de mi sexo y de mi pecho.

Me metió los dedos hasta el fondo, hasta que grité y cerré los ojos con fuerza, sintiendo las contracciones que indicaban que mi orgasmo estaba cerca. Seguido de ello, me clavó los dientes en el cuello y yo levanté las caderas, apoyándome sobre los tacones de mis botas.

Sabía que él mantendría la moto derecha con sus fuertes piernas, así que presioné hacia arriba con fuerza, luchando por alcanzar el clímax.

—Súbete en mí, nena —susurró soplando en mi cuello.

Su voz grave me excitó más. Lo obedecí. Sin ningún pudor, me incliné hacia adelante sobre él y empecé a menear las caderas, obligando a sus dedos a que me follaran con más fuerza. Su mano se convirtió en mi caballo entre mis piernas mientras me masturbaba cabalgándome en ella.

Entonces me pellizcó un pezón, me mordió el cuello y hundió aún más con los dedos en mi interior, formando un gancho con ellos y aplastando mi clítoris con la palma de la mano. Y me

corrí.

—Eso es, nena, vuelve conmigo — me dijo Dave al oído mientras seguía masajeándome el clítoris con el pulgar, provocándome agradables convulsiones que se dispersaban en todas las direcciones mientras yo regresaba a la tierra—. Lo retiro —me susurró antes de girarme el cuello y besarme.

—¿El qué? —pregunté desde mi estado de inconsciencia todavía.

—El destino ha estado bien, pero lo que más he disfrutado ha sido el viaje. Ver cómo te deshacías de placer entre mis brazos sobre esta moto es algo que jamás olvidaré.

Yo tampoco. Recorrimos la autopista, admirando las vistas entre Malibú. Dave señaló hacia un desvío que había cerca de un cartel desgastado que indicaba una playa pública. La entrada estaba retirada, pero él sabía a dónde íbamos.

Detuve la moto y cuando llegamos allí, Dave se descolgó su bolso y sacó una delgada manta de ella. La extendimos sobre la arena y nos sentamos a observar la inmensa extensión del océano. Era un sitio público, pero estaba desierto. No había ni una casa ni una persona a kilómetros de distancia. Dave rebuscó en su bolso de nuevo y sacó unos sándwiches.

—¿También has preparado la comida? Mira que una chica puede acostumbrarse a estas cosas. Unas tortillas deliciosas, ¿y ahora esto? Deja que adivine: ¿jamón de pavo, queso blanco y rodajitas de tomate? —Subí y bajé una ceja, y él se tapó la boca mientras reía disimuladamente.

—Vuelve a intentarlo, princesa — dijo, y me pasó medio sándwich.

—¿Mantequilla con mermelada de fresa?

Me quedé mirándolo y sacudí la cabeza. Después di un bocado al cremoso sándwich. Tenía la proporción perfecta de ambos ingredientes. Dave sonrió y me pasó un termo. Creía que sería agua, pero resultó ser jugo de naranja natural. Era perfecto.

—¿Jugo de naranja?

—Para usted sólo lo mejor, señorita Ana. —Le dio un buen mordisco a su sándwich y bebió del termo.

—¿Sabes? Éste es mi sándwich favorito. —Abrió los ojos como platos —. En serio, lo es. Me encanta. Y, ¿sabes qué? Me encanta esto: estar sentada aquí contigo después de un largo paseo en moto. Es..., bueno, no lo olvidaré, Dave. Estar aquí contigo. Este mes ha sido el mejor de mi vida. Y no sólo por el sexo. —Subió las cejas—. Bueno, está bien, puede que el sexo tenga mucho que ver.

Ambos nos echamos a reír. Bebió otro trago de jugo y respondió:

—Sé a qué te refieres. Estar contigo es fácil. —Volteé los ojos y él sonrió —. No me refiero a que tú seas fácil, sino a que es... agradable. No necesito esforzarme contigo. Tus necesidades son sencillas, y no eres ni un poquito dramática. No sabía que las relaciones podían ser así.

—Para mí tampoco han sido fáciles. Siempre había algo que fallaba — admití.

Él se quedó mirando el horizonte mientras yo observaba su perfil. David Arturo Smith era increíblemente guapo. Ni siquiera tenía que esforzarse por estarlo. Poseía una belleza natural. Con ropa informal, elegante..., incluso cuando acababa de despertarse y tenía los ojos llenos de

lagañas, seguía siendo guapo. Pero en esos momentos, compartiendo aquel pedacito de playa y una parte de su intimidad conmigo, estaba del todo irresistible, totalmente puro.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le pregunté.

Me miró con una leve sonrisa en los labios. Se dejó caer hacia atrás, reclinado sobre los codos, y negó con la cabeza.

—No, creo que no. Hubo un par de veces que pensé que lo estaba, pero, como ya te he dicho, nunca fue fácil. Creo que si quieres a alguien debe ser fácil. Todo debe encajar, ¿entiendes lo que quiero decir?

Asentí.

—Los planetas, los satélites y las estrellas se alinean y todo es perfecto, ¿no?

Se echó a reír.

—Sí, algo así. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Te has enamorado? —Pensé y reflexioné largo y tendido sobre la pregunta. Tanto fue así que él me puso una mano en el hombro y me dio un tierno apretón—. No tienes por qué contármelo.

—No, no es eso. Es que sería más fácil que me preguntaras si no me he enamorado. En cierto modo, me he enamorado de todos y cada uno de los hombres con los que he estado. Pero, por desgracia, ahora que estoy sentada aquí contigo, me pregunto si estaba enamorada de verdad o si era sólo deseo.

—Y ¿por qué crees que es?

Me eché a reír, me llevé las piernas al pecho y metí la barbilla entre las rodillas.

—No estoy segura. Contigo todo es diferente.

—Has pasado un mes entero conmigo. Has admitido que ha sido el mejor sexo que has tenido en toda tu vida. —Puse los ojos en blanco al oírlo, sin embargo él siguió—. Reconoces que conmigo es diferente. Eso... ¿Significa que me quieres?

—Puede —dije con sinceridad, sin saber qué otra cosa responder.

—Bueno, entonces cógeme.

—Eso lo haremos después, ¿recuerdas? —le recordé.

Dave se rio, y entonces se puso de lado y apoyó la cabeza sobre su mano.

—¿Y si te dijera que estoy enamorándome de ti?

—Dave... —dije, advirtiéndole. Sabía que no debía ir por ese camino.

—No, vamos a hablar de esto un momento. —Me obligó a imitar su postura de lado para que pudiéramos mirarnos a los ojos—. Si “puede” que tú me quieras, y yo estoy enamorándome de ti, ¿no podríamos hacer algo al respecto?

Sonreí.

—Ya lo estamos haciendo. Vamos a continuar siendo amigos. Tú vas a trabajar y seguir adentrado en el mundo del Derecho. Seguiremos en contacto, y una vez pagada la deuda... —Lo miré profundamente a los ojos y me interrumpí.

—Una vez pagada la deuda, ¿qué?

—Volveré a mi casa aquí en California, cerca de ti —dije.

—Pero mañana te irás.

La tristeza que reflejaban sus ojos verdes con amarillo me robó el aliento. Tardé bastante en poder responder.

—Sí. Mañana me iré.

Asintió y bajó la vista.

—Y, cuando vuelvas... —Esta vez no terminó la frase.

—No quiero que me esperes, Dave. Si encuentras algo bueno con alguien, disfrútalo, diviértete. A un hombre como tú, y con tu aspecto físico, no le costará encontrar a alguien que caliente su cama.

—¿Es eso lo que vas a hacer tú? ¿Dejar que tu próximo cliente te caliente la cama? —Su tono era serio, más de lo que había esperado, pero sabía que estábamos pisando terreno peligroso.

Todo lo que habíamos vivido durante el último mes y lo que quizá tuviésemos en el futuro podía echarse a perder en ese momento. Debía pensar y responder cuidadosamente si no quería perderlo.

—Sólo estoy diciendo que durante este tiempo iremos por caminos separados. Ambos haremos lo que queramos.

Dave respiró larga y lentamente.

—Eso significa que tú no me vas a esperar —dijo.

Negué con la cabeza.

—No. Haré lo que considere que tengo que hacer llegado el momento. Y quiero que tú hagas lo mismo. Pero no quiero que desaparezcas de mi vida.

Se lamió los labios, me agarró de la mano y se la llevó a la boca para besarla.

—Yo tampoco quiero perderte. Pero es que... estoy intentando convencerme de que debo dejarte ir, porque no lo consigo.

Esta vez fui yo quien agarró su mano con fuerza y me la llevé a la boca para devolverle el beso.

—A mí también me cuesta mucho, pero es lo que va a suceder. Por favor, respétalo. Hazlo por mí. Y, en el futuro, ya veremos qué ocurre. Tendremos que conformarnos con lo que hay.

—Pues no me conformo para nada, Ana. Pero, si no me das otra opción, no me queda más remedio.

Me abrazó con fuerza. Yo me aferré a él, sabiendo que muy pronto tendría que soltarlo.

* * * *

Todas mis cosas estaban ya empacadas, y vi cómo el vehículo se alejaba del acceso de la casa de Dave en dirección a mi apartamento. Le había dado la llave de mi casa al conductor para que dejara allí mi ropa. Después le dejaría la llave al portero. Dave esperaba que estuviera allí cuando volviera a casa para que pudiéramos cenar juntos por última vez.

Pero, por desgracia, yo no podría haberlo soportado. No. Eso me derrumbaría totalmente. Después del rato que pasamos el día anterior en la playa, volvimos a su casa y estuvimos toda la tarde, hasta que anocheció, haciendo el amor. Eso es lo que fue. No fue coger ni practicar sexo.

Hicimos el amor una y otra vez hasta que, cansados, nos quedamos dormidos, acurrucaditos en su cama. Esa mañana había recibido una llamada que lo había obligado a ir a una conferencia en la corte. Había dicho que volvería a casa a las seis para llevarme a cenar fuera por última vez.

Pero yo no estaría allí. Me costaría demasiado despedirme de él así después de todo lo que habíamos vivido juntos. En lugar de hacerlo, decidí compartir mis pensamientos con él sobre el papel, escribiéndole carta de despedida.

En efecto, básicamente, fui una cobarde.

David Arturo Smith: Quiero darte las gracias por este mes. Esperaba detestar cada segundo de este trabajo y, en lugar de eso, ha resultado ser la cosa más emocionante que he hecho en mi vida. Conocerle ha sido una bendición. Tú eres una bendición, Dave. Sé que suena cursi, y he estado a punto de borrarlo, pero necesito oírlo –leerlo- de alguien a quien le importes. Y a mí me importas. Mucho. Más de lo que debería.

Estar contigo, pasar este tiempo juntos, me ha cambiado, creo que a mejor. Ahora siento que podré sobrevivir a este trabajo y aprender algo de él, además de recuperar la casa de mi familia. Creo que voy a salvarme a mí misma. Si me quedara y dejara que te ocuparas de mis problemas, que pagaras la deuda de mi casa, me arrepentiría todos los días de mi vida. Siempre pesaría sobre mis hombros y sobre nuestra relación.

Al irme así, me voy a mi manera. Y lo hago mientras seguimos siendo buenos amigos. Los mejores amigos. ¿Amigos con derechos?, ¿Me entristece irme? Sí. No quiero hacerlo, pero tú eso ya lo sabes. Sé que lo que estoy haciendo no nos lo merecemos ninguno de los dos, pero también sé que es la única forma que tengo de ser verdaderamente libre.

¿Cómo era aquel dicho? “Si amas a alguien, déjalo ir, y, si no vuelve, nunca fue tuyo.” Espero volver algún día.

Si tiene que ser, será, ¿verdad? Si no, siempre nos quedará la amistad. Espero que lo entiendas y también el porqué te digo todo esto. Te deseo lo mejor.

Esta mañana, cuando te ibas, me has besado pensando que estaba dormida y me has dicho en voz baja: “Recuérdame”. Dave, te prometo que jamás olvidaré el tiempo que hemos pasado juntos pero, sobre todo, nunca te olvidaré a ti. Desde lo más profundo de mí ser,

ANAM.

Después, besé la carta justo al lado de mi nombre, dejando una marca de pintalabios rosa. Un último beso para Dave. Los dos días siguientes fueron una pesadilla de citas que la Señora Jessica me había programado antes de que conociera al artista, en Seattle.

El rato de peluquería y manicura fue agradable. Me gustan las cosas bonitas tanto como a cualquiera, pero pasarme cuatro horas arreglándome el pelo y otras dos arreglándome los pies y las manos me parece absurdo.

Después de eso, Jessica me había reservado cita en la esteticista. Y quien dice esteticista dice torturadora. Empiezan con una relajante limpieza facial, en la que invaden tus sentidos con agradables esencias, música tranquila y un masaje en el rostro. Después te ponen una luz horrible en toda la cara y no te queda más remedio que cerrar los ojos si no quieres quedarte ciega.

Lo de obligarte a cerrar los ojos es un truco para ayudarte a soportar la excavadora, quiero decir, el extractor, también conocido como la pala que te quita todos los puntos negros de la cara formados por la asquerosa mugre que te deja en la piel el maquillaje diario. Es aterrador, pero he de decir que nunca había tenido la piel tan limpia, radiante, y suave como el culito de un bebé.

Después, el resto del día fue una auténtica mierda. Tenía que depilarme. Todo. El artista había sido muy específico. Si yo iba a quitarme la ropa y él iba a pagar veinticinco mil dólares más, tenía que pelármelo todo menos la cabeza. Sobrellevé bastante bien lo de quitarme la pelusa de los brazos. Sin embargo, el vello de mis partes íntimas ya era otra cosa.

Si nunca has tenido el placer de hacerte las brasileñas, considérate afortunada. En primer lugar, tu agresora, quiero decir, la esteticista, te cubre todas tus partes con cera caliente, casi a la temperatura de la lava. En cuanto se ha enfriado y se ha convertido en una superficie dura, te sujeta la carne al tiempo que procede a arrancarte una capa de piel y, con ella, todos tus pelos, y te deja la zona calva y suave, más como la de una niña que como la de una mujer.

* * * *

Mi teléfono sonó en mi bolsillo. Había recibido un mensaje de texto. La gente todavía estaba abordando antes de despegar, de modo que podía consultar el mensaje, y tal vez incluso me diera tiempo a contestar.

De: Dave Smith

Para: Ana Mancuso

Leí tu carta. Siento no haberte dicho nada antes. Pensé que sería mejor que dejara pasar un poco de tiempo. Espero que tengas un buen viaje. Hay algo para ti en el bolsillo delantero de tu bolso. Te llamaré pronto. Recuérdame.

Sonreí y saqué el bolso de debajo del asiento que tenía delante. Dentro del bolsillo había una cajita negra de unos ocho centímetros de ancho y tres de largo. Cuando la abrí, lo que vi dentro me hizo sonreír tanto que creía que la cara se me quedaría así.

Dentro de la caja había una llave. Era la llave que había estado usando durante mi estancia con Dave. Mi llave. Sólo que ahora había algo más en el llavero: un brillante corazón rojo

colgaba junto una tabla de surf. En el fondo de la caja había también una nota. La abrí.

Ana:

Te has dejado la llave. Abre mucho más que una puerta. Espero que la uses algún día.

DAVE S.

Saqué el llavero que tenía con las llaves de la moto y mi casa y agregué la tabla de surf y la llave de casa de Dave. Sus intenciones no podían estar más claras. Si quería volver con él, tendría que estar preparada para entregarle mi corazón, porque él ya me había entregado el suyo.

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Timida, levanta la mirada y sonríe. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

— Quieres desayunar algo?—pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale—dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

 Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decor rselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y all . Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo,  verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gru e un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que se is amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío,  eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que est  demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, s  que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se

está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

*[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

*[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Sumisión Total – Alba Duro](#)

*[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*